

PLANETAS O MONEDAS



Comerciante en MUNDOS

John BRUNNER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



JOHN BRUNNER

COMERCIANTE EN MUNDOS

Título de la obra en inglés: THE WORLD SWAPPERS

Traducción de**:** SESEN

Portada, ANDREU

I

Counce lanzó al aire la colilla de su cigarrillo con un gracioso papirotazo. Chisporroteó tras cruzar la borda del bote y se apagó con un chirrido debilísimo en el agua verde del Pacífico medio. Él no realizó ningún otro movimiento.

Estaba medio sentado, medio acostado, con la espalda apoyada en la dura y caliente cubierta de un propulsor, sobre la que caía un sol despiadado. Una pierna, en exceso larga, se extendía a lo largo del pallete de la borda, casi hundiéndose en el plástico resinoso; la otra colgaba pon encima de la tolva del reactor.

Una gaviota que había estado describiendo círculos para mirarle desde arriba, y que casi había decidido que no valía la pena dedicarle su atención, vio el blanco objeto arqueado sobre la borda, efectuó una elipse y casi saca del mar la culata del desintegrador. Casi enseguida dejó caer aquella cosa de gusto acre con un grito, casi un maullido, de desaliento, dirigió a Counce una mirada de dignidad ofendida y se alejó con aire majestuoso. Counce siguió su vuelo perezosamente durante varios metros.

Luego su rostro perdió de súbito todo rastro de negligencia, como si él mismo se hubiera obligado a volver a la realidad del presente. Durante un rato permaneció inmóvil por completo, como si escuchase, antes de que su mano derecha se extendiera y aferrara a la vez el timón y las palancas aceleradoras. El bote describió un cuarto de vuelta y volvió a su posición de descanso, oscilando ligeramente en sus propias ondas, el vapor del propulsor colgando en torno a la popa como un retazo de limitada niebla. Los cristales de las gafas de sol de Counce se volvieron hacia el azul horizonte, fijándose en un punto del que nadie hubiera esperado ver algo. Es decir, nadie excepto quien hubiese llegado a aquel preciso punto con esta precisa razón.

Tras él ahora, a pesar de hallarse muy lejos, los tentáculos de las plantas de purificación y extracción se extendían anualmente cada vez más al sur; a su derecha, en cierto modo más cerca, estaban las granjas de algas al servicio de Nutrición del Pacifico; a su izquierda, y todavía más cerca, aunque por debajo de la línea del firmamento todavía, se hallaba el distrito elegantísimo y en cierto modo snob y residencial de Sealand. En la dirección hacia la que se encaraba Counce no había nada a no ser una barra de desperdigadas islas ocupando una extensión de dos mil kilómetros.

Luego allí se produjo un resplandor como si Venus se hubiera hecho visible en medio del día y demasiado lejos del plano de la eclíptica era muy débil y el sol competía con él, pero las gafas oscuras le ayudaron y la distancia menguaba con rapidez, a casi mil ochocientos kilómetros por hora, estimó.

El resplandor tomó forma gradualmente. Primero apareció el casco como una burbuja oscura; luego las alas, sus aristas directores brillando con un rojo sucio; y por último las líneas delgadas de las hidroaletas. Counce

asintió aprobador mientras la espacionave se inclinó hacia el agua. El piloto conocía su oficio ya que él, Counce, difícilmente hubiera elegido por sí mismo un mejor ángulo de aproximación.

La primera hidroaleta mordió el agua y la velocidad del navío disminuyó de manera brusca. Estaba aún a más de treinta kilómetros, pero un bajel capaz de transportar una docena de tripulantes en saltos de a cien pársec no podía ser muy pequeño indudablemente.

La espuma del segundo juego de hidroaletas se convirtió en vapor cuando tocaron y volvieron a salir del agua brevemente; con un grito de metal torturando las alas incandescentes se pusieron rígidas y duras. La nave resbaló por el océano, acomodándose despacio a su postura normal mientras derivaba hacia el bote de Counce. Primero lanzó un ancla marina, luego, cuando sus detectores hubieron revisado el perfil del fondo, un rayo tractor enfocó la cresta del picacho submarino más próximo. La espacionave se detuvo por completo a menos de un kilómetro y medio.

Y desapareció.

Counce suspiró al quitarse las gatas Oscuras y guardárselas en el bolsillo de sus pantalones cortos. La cubierta del bote ardía debajo de él, lo que significaba que alguien a bordo de la espacionave había sumado dos y dos de manera inspirada y poco corriente. ¿Acaso alguien había prevenido a Bassett en contra suyo? Counce lo consideraba improbable, pero tendría que dejar cierto espacio para considerar la posibilidad.

Hizo acopio de fuerzas en un único movimiento y se arrojó en pos de la colilla de su cigarrillo precisamente cuando el sónico encontró la resonancia crítica del casco metálico y el bote retembló y se convirtió en una nube de fragmentos vaporosos. De inmediato el peso del blindado propulsor cayó al fondo del océano, sus guardas automáticas capsulares hacia arriba con una sucesión de agudos y tintineantes ruidos. A aquella profundidad no valdría la pena tratar de recuperarlo.

Notando la breve onda calórica procedente del bote vaporizado en torno a su cuerpo, Counce nadó con fuerza y miró fijamente al lugar en donde había estado la espacionave. Incluso con las guardas alzadas el propulsor habría emitido suficiente radioactividad en su inmediata vecindad como para nublar durante un rato a los detectores, así que se hallaba él en condiciones de proceder a su comodidad en el trabajo de superoxigenar su torrente sanguíneo con profundas aspiraciones antes de que necesitara zambullirse y bucear. Supuso que ellos habrían apantallado tanto la parte inferior de la nave como la superestructura por si acaso alguno, de los guarda—peces locales en sus aparatos sumergibles lo localizaban y lo recordaban posteriormente. Sin embargo, el modo lógico de aproximarse era desde abajo puesto que no podía volar.

Esquivando a un enjambre de asustados peces que llevaban la marca de las Dateline Fisheries *en sus aletas* dorsales, Counce empezó a nadar hacia el punto en el que se había desvanecido la nave, Llegó al borde de la barrera más

pronto de lo que se esperaba y volvió a bracear en el agua cuando sintió las sacudidas con que la frecuencia eléctrica le saludaba al alcanzarle en las puntas de los dedos. Ellos la habían ajustado al máximo alcance, lo que significaba que no querían correr riesgos. Excepto, claro, aquellos que desconocían.

Efectuó un cálculo rápido. Había estado sumergido ya durante seis minutos, tres segundos, y los seis minutos adicionales poco más o menos que tardaría en vérselas con la barrera le acercarían peligrosamente a su margen de seguridad. Si podía debería salir a la superficie, pero el problema de navegar por estas pantallas parcialmente en un líquido y parcialmente en un gas añadía complicaciones innecesarias al trabajo, Desde abajo no era sólo el camino lógico, sino el único.

Hizo oscilar a su brújula mental, cerró los ojos y deliberadamente se entregó a su propio sistema inercial de guía. Se forzó desechar todas *las* impresiones sensoriales excepto el cambio de presión del agua sobre su piel y la posición del fluido en sus canales semicirculares, diciéndole dónde quedaba la parte de arriba. La única cosa que podía esperar que permaneciera constante dentro de la barrera era la gravedad; *la* nave estaba sobre la Tierra y Counce sabía perfectamente bien que pensaba permanecer allí durante algún tiempo, así que, por lo menos ellos, no querrían andarse haciendo tonterías con el valor de g. Pero si él se desviaba del camino recto, iba a verse metido *en un* buen apuro.

Exactamente seis minutos más tarde emergió y abrió los ojos a la luz verdosa que era lo único que conseguía filtrarse por entre la barrera —la luz de “abajo” de la superficie, no la de arriba—. Halló a dos hombres mirándole. Eso implicaba que Bassett no tenía fe ciega en sus excelentes defensas y que en su lugar indicaba que, después de todo, había oído hablar de Counce. Counce continuó braceando en espera de la muerte.

Los hombres que estaban plantados sobre el ala de la espacionave le miraron con curiosidad mientras llenaba de aire sus pulmones. El de la izquierda tenía un arma apuntando al pecho de Counce, no al punto en que parecía estar su pecho; aquel individuo parecía conocer muy bien las leyes de la refracción. El otro, calculó Counce, debería ser Bassett. Muy interesante.

Por último, el que tomó por Bassett hizo un gesto a su compañero, que bajó el arma. Counce sintió un enorme alivio. Es un axioma antiquísimo el de que poco se puede temer de un hombre que se acerca desnudo y sin armas, pero Bassett había llegado hasta donde llegó gracias a no hacer caso de los axiomas como aquel.

—Está bien, usted —dijo el hombre del arma—. Suba a bordo.

Dio una patada al asa de la escalerilla de desembarco y las patas de hiduminio salpicaron en el agua a pocos metros de Counce.

Fingiendo estar más cansado de lo que se hallaba en realidad, nadó hasta la escala y se dejó izar goteante. Miró hacia la nave y la encontró muy semejante a lo que se esperaba; la forma inconfundible del casco de la

casamata de control abombada de popa implicaba un impulsor Metchnikov, que estrictamente hablando no debería encajar en un navío particular, pero Bassett tenía la llave de muchos e improbables almacenes.

—¡Lecoq, entrega una toalla a ese tipo! —gritó el hombre armado.

Y al momento alguien lanzó la prenda pedida a través del escotillón. La mano de Counce la esperaba y la agarró al vuelo. El significado de aquel *hecho no* fue advertido por los dos hombres de vigilancia. Se frotó rápidamente, pero aún dejaba huellas húmedas de sus pisadas cuando juzgaron que se demoraba mucho al secarse y le apremiaron para que entrase.

Los ojos curiosos del hombre que estaba en el panel detector le siguieron mientras bajó por un estrecho pasaje y entró en una estancia sita en el centro de la nave. Dos de las cabinas originales debían haber sido transformadas en una sola sala para conformar aquel compartimento de tamaño considerable, pensó Counce, e inmediatamente se preguntó si la tripulación sabía lo que aquella reforma influiría en la fortaleza de una nave que entrase en el hiperespacio. Aparentemente si lo sabían; una segunda mirada reveló módulos grises soldados a lo largo de la línea del tabique que faltaba, los extremos visibles de una docena de compensadores.

—Siéntese —invitó Bassett, a su espalda, y la puerta se cerró,

Counce obedeció y su involuntario anfitrión dio un rodeo para colocarse ante él y sentarse al otro lado de una mesa transparente en cuyas profundidades se veía enclavado un juego de ajedrez tridimensional. Las piezas estaban colocadas para que las blancas dieran mate en nueve jugadas.

Counce miró directamente a su antagonista, viendo que era un hombre alto, delgado, de cabello color arena, rostro flaco; con ojos hundidos de color gris, manos fuertes y de cortos dedos. Con la clase de tratamiento geriátrico que tal hombre podía costearse, Bassett podría tener cualquier edad entre los cuarenta y los cien años; aunque Counce sabía que se hallaba más bien cerca del extremo inferior de la escala, que del superior.

Arrellanándose en su asiento, captó la incomodidad de Bassett por haberle dejado tomar a él la iniciativa. El silencio se prolongó elástico mientras Bassett miraba al intruso de abajo a arriba y se daba cuenta de que no se parecía en nacía a un hombre corriente.

Por último, dijo:

—Bien. ¿Qué es lo que desea?

Counce halló luminosa la elección de la pregunta. Se habría esperado que Bassett dijera, ¿Quién usted? Pero Counce no reaccionó de manera perceptible; se limitó a responder:

—Creo que sería mejor que le dijese primero que ya sé yo lo que usted quiere.

El Rostro de Bassett reveló una leve turbación que le traicionaba.

—De acuerdo —asintió—. Dígame qué es lo que quiero.

—Usted quiere gobernar la galaxia —concretó Counce.

II

¿La Galaxia...?

Un buen nombre para designar aquello, porque la gente que apenas se había acostumbrado a pensar que el jardín o huerto posterior de su casa pertenecía a la Tierra, antes tenía que ajustarse a la idea de la Tierra como un planeta del sistema solar y entonces de que dicho sistema perteneciese a un simple rincón del Universo. El vocabulario se había quedado atrás con respecto a los hechos desde que la primera oleada de verdaderas conquistas barrió a la humanidad.

La Galaxia, entonces, aunque fuese sólo una pequeñísima parte de ella. De manera específica, los treinta y un planetas dentro de un radio de doscientos pársec o así que habían sido poblados por el hombre: Escasamente, cierto —diez millones aquí, cien millones en algunos otros mundos más viejos —, pero poblados.

La Galaxia, versión humana: Un segmento relativamente estrecho de las medianas estrellas centrales sobre Sagitario, pero lo bastante amplia. Lo bastante amplia para haber aceptado la ciudadanía del pueblo cuando los conductores o impulsores fueron predestinados al principio, para haber ofrecido escapatoria a la gente que sentía pánico, a los desplazados, hambrientos, idealistas, que necesitaban escapar a aquel infierno. Eso se había considerado como una válvula de seguridad.

Ahora la caldera comenzaba a entrar de nuevo en ebullición.

Así, entonces, era la Tierra en el siglo veintiséis: gruesa, flácida, bien cultivada, aunque forzada al adoptar medios especiales para conseguir ese fin; sintiendo el más débil y fantasmal punto de incomodidad, preguntándose el último si había estado o no nunca tan bien, pero si iba a continuar estándolo en el futuro.

Tres o cuatro siglos antes, los hombres de la Tierra se habían ido por centenares de millares a buscar nuevos mundos. Los habían encontrado y dejaron de ser hombres de la Tierra. Naturalmente. Por eso es por lo que Bassett estaba aquí. Por eso es por lo que Counce había estado esperándole.

Bassett se sintió abatido y para taparse un poco ese abatimiento mientras meditaba sobre la retadora observación de Counce, abrió una caja que descansaba sobre el tablero transparente de la mesa. Era un recordatorio de la visita que acababa de hacer; incluso si no hubiese sabido dónde había estado Bassett, Counce pudo haberlo deducido porque la caja estaba fabricada en Boreas. Por una cosa; estaba decorada con plata y sólo un mundo colonial pobre podría desperdiciar de aquella manera metales de alta conductividad. La caja contenía delgados cigarrillos oscuros; Counce aceptó uno.

—¡Gracias! —dijo muy decidido—. Mis cigarrillos se mojaron cuando ustedes hundieron mi bote de manera tan inusitada.

Bassett ignoró la observación, cerró la caja después de tomar un

cigarrillo para sí y pasó por encima de la mesa a su prisionero un encendedor.

—Está usted en posesión de habilidades físicas que escapan a lo corriente —musitó—. Yo había presumido que tuviera también peculiares fuerzas de inteligencia si no hubiese hecho tal observación falta de contenido. ¿Y si le pregunto qué es lo que trataba de decir?

—Pues repetir también que sé por qué acaba de visitar Boreas —respondió Counce de manera indirecta y Bassett frunció el ceño.

—Mi compañía desarrolla un amplio comercio extramundial en artículos de lujo —exclamó—. He estado en buena cantidad de mundos con los que tenemos contacto.

—Pero nunca anteriormente para renovar un contrato que le ha hecho perder el dinero de manera continuada durante más de un año —interrumpió Counce—. Supongamos que dejamos de irnos con rodeos. Mirémoslo de este modo. En el curso normal de los acontecimientos, usted, siendo un hombre muy capaz, podría esperar llegar a lo alto de todo aquí en la Tierra dentro del espacio de otros cuarenta años. Usted sería todavía lo bastante joven como para disfrutar de algunas décadas de poder. Pero es impaciente, así que es dudoso que la perspectiva le viera satisfecho de algún modo. Sin embargo, la cuestión apenas promete nada más, porque usted aprendió tiempo atrás que cuarenta o cincuenta años de ahora en adelante la Tierra estará pasando por una crisis muy grave. Con arreglo a los cálculos más optimistas, la población con su curva de crecimiento va a acortar el modo de vivir, o nivel de vida medio hasta estados increíbles. Las personas se encontrarán insatisfechas, incómodas, buscarán sitios en donde ir y no habrá ninguno a menos que alguien se los prepare.

—Fuera de aquí hay treinta y un mundos habitables y escasamente poblados. Prácticamente sin excepción, odian de corazón a la Tierra, porque sus padres fundadores esperaban que la Tierra se sintiese ahogada en su propia población y se hundiese hacia la pobreza, mientras ellos, los Coloniales, se alzarían hasta alturas increíbles. Tome a Ymir, por ejemplo. Los pioneros salieron en una embestida de correcta indignación, se instalaron en el primer terrón de barro con aire respirable al que pudieron llegar por casualidad, descuidando el hecho de que estaba en mitad de un período glacial.

—Pero eso fue hace trescientos años y las llamas están muriendo. Los ymiranos no pueden admitir para sí mismos que sus antecesores eran locos por dejar pasar su oportunidad de una parte en la paz y comodidad del siglo veintiséis terrestre; no obstante, por debajo de la superficie, nos envidian tanto que hasta se encuentran asqueados. Ellos indudablemente tienen recursos naturales en abundancia, sólo que la mayor parte de ellos están bajo cien metros de hielo sólido.

—Hay descontento e inquietud aquí en la Tierra incluso ahora. Cuando llegue la crisis dentro de unas cuantas décadas, las personas mirarán en su torno para encontrar una escapatoria, no importará que ahora, con el impulsor

Metchnikov, pueda usted colocar a toda la población entera de Río o del gran Tokio alojada en un único navío. Usted subirá contra el formulismo de la ley. Dentro del radio del espacio explorado no hay mundos vírgenes habitables para que la gente vaya a ellos.

—La respuesta evidente es reabrir los mundos coloniales ya instalados para que sean de nuevo una válvula de escape a los terrestres: Y eso es lo que usted se propone hacer; usted intenta comprar la buena voluntad de los planetas coloniales con la técnica y otras ayudas, para cuando llegue el momento usted pueda ser el hombre que pueda ofrecer el camino de escape a la gente que está, estará buscando.

—Pero habrá conflicto. Sus cerebros electrónicos lo presienten, y lo intuyen, y tienen razón. Los recién llegados forcejearán con los colonos; porque los recién llegados tendrán la prisa de todos los pioneros y los colonos están desilusionados, eso hará que ganen los recién llegados, y ellos le deberán a usted la máxima lealtad

Counce acabó su largo discurso con el mismo tono que había usado durante él y miró a Bassett, preguntándose cuál sería su reacción, Tardó bastante en llega, pero fue una admisión tácita. Esa era otra razón por la que Bassett estaba en su camino hasta la cima: no desperdiciaba tiempo en cosas así como negativas inútiles.

—A grandes rasgos, es correcto —dijo—. No pretendo imaginarme cómo lo sabe, pero si eso es su motivo para decir: que yo deseo gobernar la Galaxia, está equivocado, claro. Uno no puede gobernar la Galaxia.

—Eso es tan cierto como una quijotada —asintió Counce—. Sin embargo, no necesitamos meditar acerca de lo que significa en la actualidad la palabra gobernar.

Bassett asintió.

Pero yo sigo queriendo saber por qué ha venido usted.

—Vine para decirle que su misión en Boreas ha sido una pérdida de tiempo. A la vista del hecho de que Boreal era uno de los pocos mundos exteriores con amable disposición hacia la Tierra, usted saltó a la evidente, pero equivocada, conclusión de que era el mejor lugar para comenzar a comprar su buena voluntad hacia el futuro. Sus cerebros electrónicos le dirán eso, pero yo no he venido a verle para darle ánimos, usted ha carecido de datos suficientes y eso es lo malo y quizás habría que pasar otros diez meses o un año dando tumbos lejos del problema antes de abandonar. Usted puede incluso para entonces haberse encontrado lo bastante, desanimado como para volver a un problema que es genuinamente insoluble, como impedir la próxima crisis de la Tierra.

—Mire usted —dijo Bassett todavía no hemos tenido ocasión de evaluar nuestros descubrimientos. Usted, y quien quiera que esté tras su persona, no pueden concebiblemente haber poseído un informe adelantado. Para empezar, este es uno de los más rápidos navíos civiles del espacio y dudo si alguien en su grupo, quien quiera que sea, tiene acceso a un impulsor

Metchnikov.

—¡Verdad! —admitió Counce, sin mencionar que se arreglaba muy bien sin necesidad de los impulsores Metchnikov.

El implícito tributo a su capacidad deductiva conmovió la perfectamente humana vanidad de Bassett.

—Usted sabe —dijo— que he oído historias de vez en cuándo, que parecían increíbles pero que me hicieron abrir los ojos. Usted puede decir, sospecho, que he estado esperándole.

—Oh, que, era yo el que le esperaba a usted le recordó Counce.

Dejó que sus palabras se clavaran hondo y diesen a la herida de la autoestima de Bassett una oportunidad de que empezase el escozor antes de continuar.

—Su mayor dificultad es que usted no sabe cuál es en realidad su problema.

—¡Caramba! —exclamó Bassett—. ¿Y por qué derecho pretende usted saberlo mejor que yo?

—Digamos —murmuró Counce— que mis amigos y yo hemos estudiado el asunto desde un tiempo más atrás que usted. Por eso es cosa secundaria. Voy a decirle directamente que la solución del problema no se encontrará en Boreal, sino en Ymir. Una vez hecho eso, le daré a usted dos alternativas. Puede decidir que desea que yo abordé el problema ymiriano en su favor y le traiga su respuesta, en cuyo caso usted puede ganar tiempo en el programa Falconetta sobre Video India, ningún mensaje especial, sería bastante conspicuo. Sé que usted nunca patrocina el espectáculo con su anuncio; no le gusta las limitaciones que Ram Sing coloca al uso de los sinópticos. Me he enterado de eso. Alternativamente, usted puede echarme por la borda y olvidarse de mí.

Alzó la mano para reprimir una pregunta que estaba formándose en los labios de Bassett.

—No hay una tercera alternativa —dijo—. Usted no puede por sí mismo dar solución al problema ymiriano. Incluso para mí, que soy especialista en tales problemas, sería difícil,

—Con toda seguridad es usted experto en zanjarlos —reconoció Bassett —. Pero yo mismo no carezco de práctica, claro. Presumo que su mente está bien blindada además, o sino jamás se hubiese aventurado a venir aquí solo. Eso implica que no hay ningún modo rápido por el que yo pudiese extraerle el conocimiento mental que usted posee. Pero soy la bastante paciente como para recurrir a un modo largo y lento si es preciso.

La amenaza no tenía nada de velado. Counce se puso en pie y miró al otro desde la otra parte de la mesa transparente.

—Ya le dije que no había tercera alternativa, Bassett —espetó—. Compruebe usted su tablero detector. Hay un submarino de las Dateline Fisheries describiendo estrechos círculos en torno a los límites de su carrera. Métase en la mollera que ningún verdadero submarino pesquero sabría que

aquí había una nave. Obraría usted prudentemente dejándome que me marchase a nado.

—¿Eso es cierto? —preguntó Bassett hacia el aire; bueno era de esperar que tuviese escuchas para tan importante conversación.

—Sí —respondió una voz desde el techo—. ¿Pero qué diablos podría hacer un submarino contra nuestras pantallas? ¡Supongamos que saltamos un par o tres de kilómetros!

—Yo no lo haría —dijo Counce, con una pizca de diversión rebordeando su tono.

Según su perfil psíquico, Bassett debería encontrarse lo bastante abrumado por la extrañeza de la llegada de Counce para no ver lo evidente que ningún submarino podría hacer nada contra ellos a través de tantas pantallas. Counce advirtió que su tensión interior crecía.

—Pienso que ha sido usted lo bastante ingenuo —dijo Bassett, por último—. Sí, Lecoq, sea como sea salta un par de millas.

Counce suspiró y apagó su cigarrillo.

—Y envíame un par de hombres —ordenó Bassett.

Entraron; eran gigantescos y musculosos y decididos y cuando Bassett señaló a Counce con la cabeza se cerraron sobre él, tratando de hacerle prisionero. Casi con lástima Counce les golpeó a cada uno de ellos debajo de la barbilla con la fuerza suficiente para dejarlos inconscientes; golpeó al de la izquierda con demasiada violencia y la sangre apareció por entre la dentadura cuando el individuo cayó.

—¡Lecoq! —gritó Bassett, poniéndose en pie.

—Coloco este navío en órbita —dijo la voz desde el techo—. ¡Qué nadie se atreva a disparar ahí dentro una pistola!

Tembloroso, Bassett retrocedió tan lejos de Counce como pudo, cerca de un metro y medio.

—Ya le dije que, no había tercera alternativa —exclamó Counce de nuevo, esta vez con agudeza, logrando imponer el tono con el que hablaría a un, niño que adoleciera de retraso mental.

Seguidamente, desapareció.

III

Ascendían a más de cincuenta las personas que trabajaban en la excavación y, sin embargo, nunca en su joven vida Anty Dreean se había sentido tan completamente solo. Más allá de la áspera luminosidad de los arcos eléctricos, brillaban las estrellas desconocidas y extrañas del firmamento de Regis con destellos de gemas, destacando en la noche polar. Su aliento, y el de todos los otros hombres y mujeres presentes, formaba una neblina húmeda nada más exhalarlo; el frío les obligaba a golpearse una mano con otra y a dar insistentes patadas al suelo, a pesar de los gruesos «parkas» y los pantalones de piel que vestían.

Permaneció plantado ante el panel de control del sistema de alumbrado, alerta para responder cualquier petición para aumento de la iluminación en la galería ante él. Aquella galería tenía una longitud de más de treinta metros y quizá doce de ancho en su parte más amplia, Moviéndose metódicamente a lo largo de su piso, portando instrumentos sensibles de detección, había media docena de hombres y mujeres. Ocasionalmente rompían el sistema de sus idas y venidas para soltar con sus herramientas algún pedazo prometedor del suelo, machacarlo, examinar los resultados y arrojarlo a un lado antes de proseguir en su tarea.

Un intruso se habría imaginado que aquello no era más que una investigación arqueológica en la cúspide de sus actividades. La deducción habría tenido su parte de verdad. Porque este era Regis, el puesto avanzado más solitario de la raza humana, más distante de la Tierra que cualquier otro planeta que hubieran visitado los hombres y la gente había llegado hasta allí tan últimamente y en tan reducido número, que nada extraído del suelo habría dicho nada con respecto a generaciones anteriores.

Pero, no obstante, también habría habido algo de verdad en la deducción. La técnica era similar a la empleada en las excavaciones arqueológicas; La penosa y exhaustiva investigación era idéntica, Pero los investigadores no iban tras algo tan inocuo como el saber científico puro por sí mismo, estaban buscando desesperados cualquier advertencia de peligro. Un peligro que podía ser el más grande con que se hubiera enfrentado la raza humana.

A pesar de percibir las posibles consecuencias, Anty Dreean se encontró deseando que la espera terminase y que por último pudieran hallar la certeza de lo que se temían.

Al extremo del pozo más próximo a donde estaba plantado Anty, Wu, el director de la expedición en Regís y su ayudante principal, Katya Ivanovna, se movían como grotescas y gigantescas muñecas. En las manos de Wu había un detector sonar; su fantasmal ojo fijo parpadeaba y cambiaba cuando su rayo registraba la presencia de materia sólida en las paredes de la galería y Katya lo extraía con una barrena. Anty se inclinó hacia adelante,

preguntándose si aquello iba a ser lo que se temían.

Bruscamente, se vio reincorporado a su trabajo, obedeciendo una orden viva —probablemente la voz pertenecía a Lotus Scharf. Levantó la palanca de iluminación del extremo opuesto de la galería y la gente que lo ocupaba, como si se moviera a impulsos de la premonición, dudó y se volvió para ver lo que había ocurrido.

Algo relucía en las enguantadas manos de Lotus. Ella llamó con premura a Wu, que se apresuró a cruzar hasta ella. Durante pocos instantes sus encapuchadas cabezas quedaron inclinadas y juntas, mientras conferenciaban.

Desde el borde de la excavación alguien formuló una pregunta que había estado quemando desde largo rato en la mente de Anty; quien se esforzó para poder escuchar la respuesta.

Un poco rígido, un poco solemne, Wu alzó la cabeza y habló:

—Se trata de un receptáculo contenedor de alimento —dijo—. Una lata vacía, y que no es de ninguno de nosotros.

Así que los otros habían estado en Regis. Y eso significaba que podían volver.

La reunión comenzó a disolverse; alguien se acercó al transfax y lo puso en marcha, así que el chorro de luz procedente de su tremendo campo de amplificada energía hizo que el panorama quedara iluminado como si fuera de día. Wu entregó su detector sonar por encima de la boca del pozo y salió de él trepando, como hicieron los demás trabajadores. Sólo Anty Dreean pareció quedarse inmóvil, como petrificado.

En los pocos segundos que transcurrieron mientras Wu y sus compañeros salían del pozo, *Anty* tuvo tiempo para revisar la serie completa *de* acontecimientos que allí habían llegado a su clímax, *ahora, en* la tundra congelada del polo norte de Regis. Había empezado a muchísima distancia, en el mundo natal de Wu, llamado K'ung-fu-tse, cuando *un* trabajador de los laboratorios ocupado en medir ciertas frecuencias atómicas resonantes encontró que sus resultados quedaban perturbados por vibraciones ocurridas en la misma contextura del espacio.

Había allí miles de juegos de vibraciones como aquellas de ahora, extendiéndose por la galaxia como la estela de tantísimos navíos. Eso era exactamente lo que era, la estela de navíos, viajando más deprisa que la luz y perturbando la estructura del universo. Podía ignorárseles, claro; no producían efectos notables en nada a una distancia mayor que unos cuantos miles de kilómetros. Excepto cuando se trataba de operaciones tan delicadas como el estudiar interior del núcleo atómico.

Había una técnica standard para tratar el problema, aburrida, pero adecuada, que consistía en determinar la fuente de las vibraciones hasta un alto grado de exactitud y luego calcular lo que podría hacerse o suceder por su influencia. Maldiciendo, el operario de los laboratorios procedió a aplicar el método y descubrió que el origen de las alteraciones no estaba donde debía

estar.

Quedaba hacia Regis. Y porque ocurrió que él —gracias a un milagro pequeño— era amigo de Wu y conocía en parte una buena cantidad de secretos desconocidos por la mayoría *de* la gente, el trabajador sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca.

No debería haber vibraciones de esta clase en la vecindad de Regis. Ningún navío de construcción humana estaba *en* Regís. Claro es que los hombres visitaron el planeta, pero viajaron por una ruta diferente.

Así que dio la alarma.

Ellos sabían desde hacía muchísimo tiempo que sólo las leyes de la probabilidad afirmaban que el *hombre no* era la única criatura inteligente en el cosmos; en alguna parte deberían haber otras criaturas con ansia de conquistar las estrellas y capacidad técnica suficiente para satisfacer ese anhelo. Durante un tiempo más corto habían sabido que tales especies no humanas viajeras espaciales existían y progresaban. Por eso los hombres fueron a Regís, un mundo idealmente situado para base desde la que vigilar a sus competidores en potencia.

¡Pero ahora!

Los otros habían estado ya en Regis. ¿Qué pasaría si volvían? La mayor parte de la superficie de aquel mundo estaba temperada y, por tanto, demasiado cálida para su comodidad; aquí en el polo el clima era, sin embargo, completamente apropiado, y si incluso el medio ambiente que prevalecía en el planeta hacia improbable que se decidieran a colonizarlo, siempre había una posibilidad, un riesgo de que instalaran una base. ¡Miren lo que los hombres habían hecho en Ymir, aquel mundo que era como una enorme nevera!

Anty, sintió un escalofrío no del todo causado por el clima polar en que se hallaba.

Poco a poco volvió a la realidad que le rodeaba *y oyó* que le llamaban por su nombre. Habían cortado la energía de los reflectores y ahora trabajaban con el resplandor del campo del transfax; su fulgor se alzaba irregular desde el verde hasta el blanco y cuando, estaba en la fase verdosa todo parecía fantasmal. Alguien le hacía señas con el brazo desde junto la plataforma del transfax. Era Katya.

Dudoso pero con interés, Anty respondió.

—Anty, me sabe muy mal hacerte esto —dijo Katya cuando llegó al alcance de sus oídos—. Sólo que no parece haber otro remedio. Voy a Pedirte que te quedes aquí un poco más y veas qué otra cosa puedes hallar que se hayan dejado los otros. Tenemos que realizar unos planes a toda prisa.

—Y vosotros podréis realizarlos mejor si ya no estoy por el medio —repuso Anty con un acre sarcasmo—. ¿Para qué queréis el resto de sus basuras? ¿No es bastante prueba lo hallado?

El ancho rostro eslavo de Katya reflejó una momentánea indecisión; luego pasó su regordete brazo de manera amistosa en torno a los hombros de

Anty.

—Cariño, sé cómo sientes, créeme. ¿Pero qué podemos hacer sino esforzarnos en todo lo posible? No tratamos de apartarte de nuestro camino; es sólo que necesitarnos cada retazo de información que podamos sacar de este agujero Lo numerosa que fue la expedición visitante; cómo iba equipada, ¿entiendes?

Anty aspiró profundamente y logró dominarse.

—Lo siento, Katya. Es... bueno, es que todo se acumula, me imagino. Al ser el recluta más novato aquí y ser también la única persona no nacida en la Tierra.

Katya iba a decir algo, pero Anty se lo impidió prosiguiendo:

—Sí, sé lo que ibas a contestarme. Todos nosotros hemos de pasar por la experiencia de ser novatos durante algún tiempo y hay más gente en la Tierra que en todos los demás mundos juntos y que es natural que yo esté solo y que con mi falta de experiencia puedo ser más valioso haciendo el trabajo sucio que ayudando a elaborar una política. ¡Lo sé, maldición! Lo malo es que no he podido aún hacerme a la idea.

—Katya le dirigió una amplia sonrisa.

—Ya tienes ganada la mitad de la batalla, Anty. A ciertas personas les lleva muchísimo tiempo aprender a hacer admisiones sinceras como esa tuya. Pero hay otra cosa que deberías meterte en la cabeza y si lo consigues te sentirás perfectamente equipado.

Anty asintió, los ojos fijos en la cara de Katya.

—La mente humana, Anty —y recuerda que la palabra «humana» te incluye también a ti —no está adaptada para vivir con la certeza de un desastre irremediable veinticuatro horas al día. Uno tiene que hallar alguna clase de alivio o se derrumbaría en pedazos. ¡Reír! ¡Cantar! ¡Expansionarse!

—¿Reír? —repitió Anty sombrío—. ¿De qué?

—Busca algo. La expresión del rostro de Counce, por ejemplo, ¿no te lo puedes imaginar oyendo cómo sus planes cuidadosamente elaborados para manejar a Bassett se derrumbaron en pedazos? ¿Y crees que eso es divertido? ¡Yo diría que fue una verdadera vergüenza!

Katya se encogió de hombros.

—Es parte de la manera de ser del universo. Para darte un ejemplo más claro: hace media hora no sabíamos que los otros habían estado en Regis. Ahora lo sabemos. Tú piensas que es un desastre. ¡Pero, maldición, no lo es! El desastre lo habría sido *si no* lo hubiéramos descubierto; el actual descubrimiento es un alivio.

Anty dio vueltas a aquello en su cerebro y por último, de mala gana, asintió. Katya le palmeó la espalda con aprobación.

—Lotus se quedará aquí también, contigo —dijo—. Prescindiríamos de más gente si pudiéramos, porque necesitamos de manera desesperada averiguar qué es lo que hay en ese agujero. Pero no nos es posible, así que la cosa queda reducida a ella y tú.

Anty volvió a admitir y, con una sonrisa de despedida, Katya se dio la vuelta y trepó por el transfax de regreso a la Base Principal.

Prácticamente todos ya se habían ido; durante el tiempo que él pasó hablando con Katya los demás transportaron a mano el equipo rampa arriba hasta la plataforma del transfax y se quedó sorprendido al ver que no quedaba nada excepto tres palas, un gran reflector y la propia Lotus. Ella le estaba ofreciendo una de las palas.

—¿Nos ponemos a trabajar? Sugirió la jo*ven* con, su voz seca precisa. Cuanto antes empecemos, más pronto saldremos de este infierno.

Anty asintió, aceptó la pala y saltó dentro del pozo. ¡Excavar! ¡Apartar a un lado aquel terreno duro con sus propias fuerzas! Podía muy bien haberse quedado en su casa, en Boreas y vivir una existencia cómoda sin saber nada del transfax ni tampoco de los Otros y de los ciento un secretos inconfortables en que había sido iniciado desde su llegada a Regis.

El transfax desapareció y la noche regresó a la zona. Mirando en su torno, Anty se vio sorprendido por la estéril fealdad de la escena. No obstante para los visitantes extraños el panorama no habría sido tan repulsivo; quizás aquel suelo desnudo y cubierto de hielo y con retazos de nieve les habría sido familiar.., hasta puede que hermoso.

Trató de imaginarse la visión a través de los ojos de los extraños.› Allí habría estado su nave; ellos se habrían dedicado a explorar el planeta y lo hallarían inhabitable e inhabitado a excepción de los retazos de protoplasma primario en sus mares jabonosos; luego, con toda seguridad, habrían elegido el lugar más confortable para un aterrizaje, acamparon allí y se dedicaron a su asunto.

Cuando hubieron terminado, enterraron sus desperdicios y esterilizaron el suelo local por miedo de contaminarlo con sus propios microorganismos simbióticos. Y se habrían ido. Quizás para nunca volver. Había más mundos explorados y descartados por los hombres que planetas en los que decidieron instalar colonias. Trabajó largo rato sumido en estos pensamientos que le servían como válvula de escape, como el alivio que le preconizara Katya con sus palabras de consuelo. Su pala tintineó contra algo y no tardó en sacar al aire el primer artefacto construido por los seres extraños que tuvo jamás en sus propias manos. Lleno de aprensión lo recogió, lo alzó y lo miró.

No era nada más que un tubo de rayos catódicos roto, destrozado quizás por manejarlo de manera descuidada. Pero había sido concebido por una mente extraña, por un cerebro no humano. Y eso es lo que importaba.

La melancolía de Anty se evaporó como se evapora el rocío bajo los fuertes rayos del sol primaveral. Aquella pieza inútil de material que tenía en la mano era reconocible, aunque también era *distinta.* ¿Cómo comunicar la excitación que esa diferencia le inspiraba? En pocas palabras allí estaba el problema: cómo hacer que las personas encontrasen diferencias excitantes como aquella y no sintieran miedo. Podía hacerse, ¿no era verdad? *Tendría* que hacerse.

IV

El interior del sumergible —que era en realidad una nave corriente guardapesca tomada prestada de manera extraoficial para la ocasión las Dateline Fisheries— estaba muy atestado. La mitad del espacio asequible estaba ocupado por la plataforma del transfax; el robot mecánico supervisando su funcionamiento bloqueaba los accesos al pasillo principal y el resto de la cabina estaba casi completamente lleno por Ram Singh y su abundante barba blanca y por Falconetta con su aspecto ordinario de una belleza descorazonadora.

Al llegar Counce, sin embargo, se vio obligado a permanecer en la plataforma del transfax. Al principio nada dijo. No se percibía más sonido que el murmullo del propulsor y el zumbido de los ventiladores mientras operaban con el girador del calorífico para que funcionase el campo del transfax.

Durante aquel denso silencio, Counce se quitó el cinturón de sus pantalones cortos que constituía una unidad de auriovisión diminuta capaz de permitir a los demás que percibiesen lo que él hacía. El aparato consistía en una tira flexible de plástico cubierta por un circuito impreso y extensiblemente decorada con dos remaches multifacetados a ambos lados de la hebilla. Bassett la había descuidado sin examinarla por completo. Eso era casi la única cosa que había ocurrido exactamente de acuerdo con el plan.

Sopesando, meditativamente, la unidad en su mano, Counce inclinó el cuerpo hasta ponerse en cuclillas y dijo:

—Alguna vez, Ram, vamos a tener que imaginar qué es lo que falta en un perfil psíquico. ¿No me aseguró usted que Bassett quedaría lo bastante confundido por las circunstancias de mi llegada que me dejaría ir sin hacerme preguntas?

Ram inclinó su noble cabeza como para eludir la mirada de Counce.

—Hay siempre un factor impredecible, cual es la reacción de un individuo ante la actual presencia física de una persona. Siento que usted considere que le fallé, Saïd. Mientras tanto, sin embargo, creo que deberíamos irnos de aquí antes de que Bassett vuelva; él colocó su navío en órbita a unos dos mil kilómetros y no le costará mucho rato volver a aterrizar.

Rígido el hombre anciano volvió al pupitre del piloto y se perdió en la maniobra cuidadosa de la nave. Counce colgó el cinturón en un perchero próximo y se sentó con la espalda apoyada contra la pared.

—Creo que no fue usted muy amable —dijo Falconetta, pasándose la mano derecha por su abundante cabellera negra. Las trenzas brillaron sobre su sari bordado en oro.

Counce se encogió de hombros.

—De acuerdo. Lo siento. Solo es que no me hallo de humor para excusarme ahora. Después de todo, confiábamos en Ram.

—Exactamente. Si alguien de la galaxia hubiera podido preparar un

plan realizable, ese era Ram. Que su idea no saliese bien con exactitud muestra que todos hemos cometido un error al subestimar a Bassett. Eso no va en detrimento de las habilidades de Ram. —Volvió sus ojos amarillo humo de manera especulativa en dirección al pupitre del piloto—. Él sabe muchísimo acerca de psicología aplicada, yo a veces me pregunto por qué no se ha erigido en dictador de la Tierra en lugar de dedicarse a productor de un espectáculo de video.

—Sabe usted perfectamente bien por qué no lo ha hecho. Como el noventa y nueve por ciento de los machos susceptibles de la Tierra, él está desesperadamente enamorado de usted y no querría instalarse como dictador de la Tierra si no pudiese ser dictador de su persona también. Cosa imposible para él.

—Creo que tiene razón —dijo Falconetta con una pizca de cansancio —. Pero me he acostumbrado a hacer que la gente se enamore de mí tanto que es un alivio positivo estar con usted, Saïd. Sé que no le importo nada a usted de un modo u otro.

—Hola, ser humano —exclamó Counce y chasqueó los labios.

—Humano usted mismo —respondió Falconetta con una radiante sonrisa—. Seriamente, sin embargo, Saïd, sé que yo no tengo nada que decir en el asunto, pero creo que podría ser también no tan bueno para mí, ponerme fea la próxima vez, si es que usted me sigue. —Ella se miró su esbelto y gracioso cuerpo y sacudió la cabeza—. Puede que echase de menos esto, pero estoy desesperadamente temerosa de haber confiado demasiado en los atractivos físicos y no lo bastante en mi propia habilidad.

—No creo que haya mucho riesgo en eso. Pero trataré de hacerme un poco de cargo. ¿Era usted hermosa antes?

—No tan hermosa como lo soy ahora. A mi paso hacía volver unas cuantas cabezas de varones. Pero cuando me encontré así, fue una verdadera sorpresa, ¿comprende?

Counce asintió.

—Siempre es una sorpresa. Siempre es distinto. Pero adaptarse a la diferencia es como ir en bicicleta o nadar, una vez que uno ha aprendido, el talento del ajuste queda con él. Debería saberlo bien.

Falconetta afirmó con la cabeza.

—¿Cuántas veces ha muerto usted, Saïd? Creo que no se lo he preguntado nunca.

—Cinco. —Los ojos de Counce parecieron perderse por un momento y desenfocarse como si estuviese recordando—. La primera vez es siempre la, peor.

Falconetta se estremeció.

—Eso espero. ¿No ha vuelto usted nunca atrás y se ha mirado a sí mismo?

—No. ¿Y usted? —Counce la miró con curiosidad; ella asintió despacio.

—Fue en Shiva, donde nací. Fui a mirar a la losa de mi propia tumba. Pero el pensamiento de que allí estaba el nombre del que yo llamaba el mío propio y la idea de que bajo aquella piedra estaba la carne en la que yo había vivido... ¡Uf! Jamás lo volveré a hacer.

Ram acabó de ajustar el curso en el pupitre del piloto; ahora volvió a su silla para encararse a los demás y Counce hizo un pequeño movimiento, aceptándole la discusión.

—¿Dónde exactamente nos equivocamos? —preguntó Ram—. Le seguimos por la pantalla, claro, pero hay cierta información... atmósfera, si usted lo prefiere, que no encaja por completo.

Counce extendió sus manos de manera desvalida.

—Principalmente, creo que fracasamos al darnos cuenta de lo hombre inteligente que es Bassett. Y por inteligente quiero yo entender como ajustado a los hechos y tal y como se presentan por sí mismos. Su nivel selectivo de descuido debe ser increíblemente bajo.

—Desearía que pudiésemos darle los hechos —musitó Falconetta—. Él es la clase de hombre que necesitamos.

—No del todo. Si la inteligencia bastase, podríamos recurrir a él, la inteligencia, después de todo, es lógica. El orgullo y la autoestima son los que presentan las dificultades y Bassett tiene de eso en abundancia —Counce dio un puñetazo sobre la palma de su mano—. Le necesitamos a él y a lo que pueda hacer por nosotros. Él nos necesita también, a pesar de que no sabe para qué, que no lo admitiría si lo supiese... y en cualquier caso tampoco se lo podemos decir. Paradójico, ¿verdad?

Ram exhaló un suspiro de inquietud.

—Sí —dijo—. Como los hombres muy inteligentes, él es experto en cuidar de sí mismo. Lo que implica que usted y yo nunca nos quedaremos catalogados muy alto en la escala de inteligencia práctica.

—¿Por qué pasamos una estúpida cantidad de tiempo preocupados por las otras personas? —sugirió Falconetta.

—Exacto. Revisé los archivos escolares de hace siglos, los genios infantiles han llegado a ser gigantes en los negocios y gobernantes notables, no reformadores sociales, artistas, poetas. Es la inteligencia manifestada como sentido común.

—No del todo —objetó Counce—. El sentido Común debería prevenir a Bassett de hacer lo que intenta. Si sus planes se materializan, la cosa que más le complacería seria que él fuese el hombre que abriese los mundos exteriores, que hiciese de esos mundos otras Tierras. ¡Y esos es la ficción más peligrosa de todas, porque no lo son! Un habitante del mundo exterior es un ser humano, pero no es un terrestre y Bassett le trataría como si lo fuese. Uno no puede reducir millones de individuos únicos a un molde común y singular; si todos ellos estuviesen hechos para comportarse según la norma, la mayoría de ellos se verían impulsados a actuar en modos más o menos extraños a su naturaleza. ¿Puede usted imaginarse a las gentes de Boreas, Astraea, Ymir, de

cualquier parte, siendo martilleados y fraguados en un molde preparado para los terrestres? ¡Eso es lo que Bassett haría y los resultados serían terribles!

Falconetta se estremeció.

—Lo sé. Y, sin embargo, él no es lo que uno podría catalogar como un hombre diabólico.

—No. Sólo un experto.

Por el robot que operaba el transfax les dio un aviso educado y la cabina se llenó con un destello de luz brillante mientras alguien se materializó en la plataforma. Ceñudo, Counce recogió una sola hoja de papel con un verdadero mensaje en ella. La examinó y luego la plegó deliberadamente antes de mirar a los demás.

—¿Cuál es la cosa más desastrosa que usted puede concebir dentro de un inmediato futuro? —preguntó.

—¿Que ignorase Bassett nuestra intrusión? —sugirió Falconetta con el ceño fruncido—. Después de todo, ahora sabe que hay alguien en la galaxia con un transmisor de materia práctico, que es el peor error que hemos cometido durante años. ¿Qué podría inspirarle esto a él?

—Malo —admitió Counce—. Pero no lo peor. Siempre podríamos asesinarle si nos viésemos obligados. ¿Ram?

—El descubrimiento de Ymir por los Otros —dijo el anciano y Counce asintió de manera enfática.

—Malísimo, en realidad. Usted poco más o menos ha adivinado lo que ha ocurrido actualmente. Esta nota es de Wu, en Regis... los Otros lo visitaron antes de que llegásemos allí. La expedición ha encontrado una prueba.

Sus rostros reflejaron desmayo.

—Eso es terrible —susurró Falconetta—. Y concuerda con lo que hizo Bassett.

—Usted ya tiene una idea —dijo Ram, examinando con interés el rostro de Counce—. Saïd posee usted una de las mentes más agudas de la galaxia, díganos cuál es su sugerencia.

—Bueno, esto hace que sea absolutamente necesario para nosotros el conseguir que Bassett pierda la paciencia con su propia habilidad para resolver el problema ymirano. ¿Podría usted imaginarle usando saltar a una vida real ymiriana, aquí mismo en la Tierra?

—Hay ymiranos en la Tierra —objetó Falconetta, Tienen una embajada en Río a unas cuatro manzanas de la oficina oficial de Bassett.

—Pero el personal del lugar es el menos corregible y el más masoquista de todos sus fieles. Desde Jaroslav, no ha habido nadie allí capaz de pensar por sí mismo.

—Cuando me acuerdo de los ymiranos que conocí —dijo Ram en voz baja, comienzo a preguntarme si Bassett no les haría un favor si se les adelantaba de manera imprevista.

—Son un rebaño de zoquetes sin cerebro y rígidos ¿verdad? —asintió Counce—. Pero mírelo de este modo. Ninguna cantidad de examen externo

revelará la solución al problema ymirano. Nadie excepto nosotros mismos podría captar su verdadera naturaleza. Bassett podría indudablemente pensar que puso sus manos en un nativo ymirano, que le estudió, que trago su mente de cada impresión subjetiva que recordaba, y que sería incapaz de resolver el problema. Cuando descubra que después de todo eso no basta, la decepción puede ser bastante para él como para ceder y pedirnos ayuda.

—A mí me parece muy posible —dijo Ram—. Pero una cosa más. ¿Cómo se propone, colocar en las proximidades de Bassett a un ymirano de esa clase? —Pregúnteselo a, Jaroslav. Si alguien es capaz, ese alguien es él. Ya nos dijo que no toda la joven generación de Ymir son mentalmente torpes como sus antepasados. Debemos traer a uno de los jóvenes más despiertos hasta la Tierra mediante un navío ortodoxo. Si Bassett encontrase memorias de un viaje por transfax en la mente del sujeto, reconocería nuestra mano en el asunto y sabría que le estábamos engañando.

—No va a ser precisamente una experiencia agradable para el ymirano que Jaroslav seleccione, ¿verdad? —intervino Falconetta.

Muy desagradable. Pero Jaroslav está a punto de llegar a ser el primero, la forma distinta del único, el recluta que tengamos de Ymir. Si no tiene en la cabeza ninguna persona conveniente, tendré que hacer algunos comentarios poco amables. Pero si lo tiene, entonces creo que la persona que envía será más que compensada por lo que tenga que sufrir al unírsenos a nosotros más tarde.

—Está bien —asintió Falconetta. Counce miró a Ram y al cabo de un momento la blanca cabeza se inclinó mostrando su conformidad.

—De acuerdo. Yo lo arreglaré con Jaroslav —dijo Counce poniéndose en pie—. Ram, ¿puede usted conseguir la bastante potencia en este transfax para enviarme hasta Ymir?

—El problema no está en el transfax, sino en la pila propulsora del sumergible —dijo Ram dudoso—. Probablemente esto le secaría hasta reducirla a media vida. Pero me imagino que la urgencia del caso lo justifica. Por favor, adelante.

Se alzó de su silla y efectuó su cortés inclinación de costumbre; Falconetta sonrió y alzó una mano esbelta a modo de saludo. A mitad de su propio gesto de despedida, Counce se encontró bajo un sol distinto.

V

Temperamentalmente, reflexionó Bassett, Lecoq y él mismo estaban mal acondicionados. Si, al menos, pudiese encontrar a otro hombre con tanta capacidad de improvisación, "pero sin la irascibilidad de Lecoq y su tendencia a trabajar por sí solo de manera frenética” apartó el pensamiento. Había buscado con esfuerzo y durante mucho tiempo un sustituto para Lecoq, pero, aunque Bassett siempre ha tenido mucho cuidado de no hacérselo saber, Lecoq se había convertido en indispensable.

Ahora alzó la mano para atajar el chorro de palabras de su subordinado.

—¡Lecoq! —gritó con energía—. Siéntate, toma un cigarro y túmbate durante un momento. Supongamos que estudiamos este asunto con un poco más de detenimiento.

—¡Detenimiento! —rezongó Lecoq—. Con una situación como esta enfrente de nosotros, ¿cómo pretendes que la estudiemos con detenimiento?

—Te dije que te callases y te sentaras —repitió Bassett con dureza. Lecoq, gruñendo, obedeció.

Durante un instante Bassett no siguió adelante. Volvió la cabeza a la ventanilla pantalla de la derecha de su escritorio; convertida por sus fabricantes en una ventana capaz de mirar al exterior pero que no permitía desde fuera conturbar la intimidad de los presentes en la estancia, eso le daba un punto de vista ventajoso desde el piso décimo primero del rascacielos de manera que contemplaba a Río claramente hasta la orilla del mar. El sol de la tarde brillaba en una cantidad infinita de ventanas de los edificios más bajos dentro de su radio de visión.

“Transmisor de materia”. El concepto creció dentro de la mente de Bassett. Con un transporte instantáneo de materia, ¡qué enorme complejo de imperio comercial podía ser construido! ¡Cuánto universo visible podría caer en el poder de las manos de un hombre!

Se dio cuenta de que estaba esforzando la limitada capacidad de Lecoq de permanecer callado más allá de sus fuerzas. Se volvió a encararse con su ayudante a través del enorme tablero desnudo de su escritorio gigante.

—Tienes pánico, Lecoq —dijo con torpeza—. Como dices, es conturbador descubrir que existe un grupo de personas con tales recursos que no solamente pueden emplear mecanismos que creíamos ser puramente hipotéticos, sino que también pueden predecir el fracaso de un plan que creíamos inmutable.

—¡Descorazonador ! —repitió Lecoq—. ¡Eso significa que hemos estado haciendo el ridículo!

—¡No digas tonterías! Si este grupo, quienes quieran que sean, y cualesquiera que sean las teorías de acuerdo con las que operan, fuese lo bastante poderoso para que nosotros necesitásemos temerles, temerles activamente, entonces no necesitarían permanecer escondidos de nosotros.

Evidentemente, prefieren permanecer ocultos. Esto afirma que tienen recursos de conocimiento considerables, pero no fuerzas efectivas. Sin embargo es tranquilizador que no hayan tenido éxito en permanecer ocultos. Hasta el otro día, habíamos oído los rumores más vagos acerca de ese grupo. Ahora conocemos de ellos muchas cosas. Lógicamente, deduzco que nos hemos preocupado hasta arrancarnos de su norma de conducta. Bien. Hagámoslo de nuevo. Pronto.

Lecoq frunció el ceño con tristeza.

—¿Cómo? Seguimos sin saber dónde operan, quienes son sus miembros. Yo he consultado a una docena de nuestros físicos de plantilla y ninguno de ellos puede definir un método de detectar la operación de un transmisor de materia, así que por ese camino no podemos localizarles.

—¿Cómo? —exclamó Bassett, ignorando la última parte de la observación de Lecoq—. ¡Oh!, Tomándoles la palabra y capitalizando en ellos su sugerencia acerca de Ymir.

—¿No estarás proponiendo en serio que sigamos eso, verdad? —preguntó Lecoq—. ¡Ymir! Es el menos probable de los mundos exteriores capaz de afrontar una solución a nuestros problemas.

—¿Verdad que tenía razón acerca de nuestro fracaso en Boreas? —contestó Bassett—. No irás a decirme que han falseado los cerebros electrónicos de nuestra propia compañía para darnos una falsa respuesta. No, tenemos la confirmación adecuada de ese tanteo y la obtuvimos nada más reunimos nuestros datos. Boreas queda fuera. Eso es evidente. También sugiere, por lo menos a mí, que probablemente no hicimos las preguntas adecuadas. Pero eso queda fuera del margen de discusión. Si ese grupo misterioso tiene un conocimiento tan exacto de mis movimientos personales, por ejemplo, que puedan tener a un hombre esperándome en el centro del Pacífico a un kilómetro de un lugar en donde mi navío aterrizó...

—Probablemente lo extrapolaron de la entrada de nuestra nave de la atmósfera y transmitieron al hombre allí un momento antes de que llegásemos.

Lecoq, con sinceridad, no tenía muy buena opinión de lo conseguido.

—No me importa cómo llegó hasta allí —Bassett se inclinó hacia delante en su silla y apoyó sus codos en el escritorio—. Lo importante es que tenían a alguien esperando reunirse conmigo y un conocimiento completo de mis últimas actividades. Nadie excepto nosotros mismos sabía precisamente cuándo regresaríamos a la Tierra, ni que yo me proponía posarme en el centro del Pacífico en lugar de ir directo al caladero del Atlántico sur, lejos de Río, como se podía haber esperado. Ese es el punto uno.

—Punto dos: conocían con anticipación, y nuestros computadores y cerebros electrónicos están con ello, que Boreas era un lugar entupido para buscar una respuesta a nuestros problemas,

—Punto tres: a pesar de sus pretensiones para ser suficientemente capaces para resolver el problema ymirano, se tomaron la molestia de preparar

unos medios elaborados e impresionantes para decírmelo. Esto podría muy bien implicar que están en realidad mirándome como solución que ellos no pueden hallar, incluso aunque sepan dónde reside. Por consecuencia Bassett se arrellanó en su silla de nuevo y dirigió a Lecoq una mirada de diferente y autoritaria.

—Por consecuencia, investigaremos, con todos los recursos a nuestra disposición. Y esta vez enmarcaremos nuestras cuestiones de manera diferente. ¿Que es lo que sabes acerca de Ymir, Lecoq?

De súbito conque proyectó esta pregunta pilló a Lecoq por sorpresa Ahora buscó su propia voz como si, tras un periodo desacostumbradamente largo de escucha, se hubiese olvidado de momento del uso de la palabra.

—¡Oh!, Sé mucho acerca de todas las colonias. Ymir es de lejos la más fría, la más miserable y el mundo más desigual que los hombres han intentado jamás de hacer habitable. Las elecciones ecuatoriales permiten la vida humana; la población es de unos ocho o diez millones y todo el mundo está medio helado y medio muerto de hambre. Pero dicen que les gusta.

—¡No! —estalló Bassett—. Es un modo peligroso de considerarlo. No les gusta; lo soportan con más o menos alegría y hay en esto todo el universo de diferencia. He estado oyendo la historia de Ymir poco antes de llamarte, en realidad. Tengo todavía puesto un carrete en el aparato, de hecho.

Miró a los controles a un lado de su escritorio, pulsó uno de los conmutadores, sombreó las ventanas para que el despacho quedara en una semioscuridad. Lecoq hizo girar su silla para enfrentarse en la misma pared que Bassett y en la que, mientras que el proyector se calentaba y alcanzaba velocidad, una serie parpadeante de palabras y de imágenes aparecieron, Bassett estaba haciendo marchar atrás el carrete hasta su principio.

—Esto es un informe oficial de la embajada ymirana —dijo—. Tuve que visitarles y recogerles esta mañana. En apariencia los suministro de cualquiera que lo pide, a manera de publicidad.

—No creí que tuviese mucho que fanfarronear acerca de ese planeta que es una nevera

—Repuso Lecoq con sarcasmo.

—¡Oh!, No es fanfarroneo. Probablemente se trata de una especie de orgullo inveterado; ellos muestran la rudeza, la rigurosidad y lo sufrido de su carácter. Mira eso ahora. Detuvo el proyector en un ángulo muy amplio de la capital de Ymir, Festerburg; sus feos edificios cuadrados asomaban entre paredes de hielo y un humo denso y negro salía de cada tejado, como si tratase de ennegrecer la tristeza del panorama. Quemaban petróleo y carbón, extraído de unos yacimientos procedentes de un antiguo período interglaciar y lo obtenían mediante algunas operaciones mineras y perforado. —¿Sabes lo que es eso? —preguntó Bassett.

—La capital —repuso Lecoq—, Festerburg. —Bien. ¿Sabes por qué la llaman Festerburg? Es del primer verso de una de sus canciones religiosas, *Ein' feste Burg ist unser Gott*. Yo hubiese pensado en razones mejores para

escoger el nombre, pero éste es el motivo oficial dado aquí.

Pasó rápidamente a hablar de una serie de tomas fotográficas de los padres fundadores de Ymir, todos, sin excepción, de rostro colérico y mirada, intolerante, tanto hombres como mujeres. Se paró y mostró una vista deslucida del panorama original.

Entre los glaciares y los heleros, los niños con capucha permanecían temblorosos mientras que sus padres celebraban una ceremonia en torno a ruinas de las naves que les trajeron allí. Estaban decididos a cortar todo lazo o ligazón entre ellos y el mundo pecaminoso, falto de espiritualidad de la Tierra.

—Solo que ellos no pudieron, claro —dijo Bassett—. Ahora refieren el hecho bajo la excusa de desear volver y persuadirnos a nosotros, los lujuriosos terrestres, de que tendríamos que renunciar a la carne como hacen los ymiranos. De hecho, claro, han mordido más de lo que pueden masticar. Intentan ser autosuficientes y seguir adelante y mortificarse a sí mismos en el aislamiento; logran morirse de hambre y mueran también de hambre miles de niños y luego, una vez pasada esta mortandad, reinauguran el contacto limitado con la Tierra, para que se les envíen semillas, animales resistentes a las inclemencias del tiempo, etc. Bueno, así han seguido estando las cosas. Los ymiranos mantienen que es odioso para ellos darse una vuelta por aquí y su embajada, al doblar la esquina es para ellos un lugar inaccesible; dicen que el lujo y la carnalidad de Río les da asco. En el hecho actual, presumo que se matan por conseguir los empleos vacantes y hace unos cuantos años uno del personal de la embajada, llamado Jaroslav Dubin, cayó, comenzó a mezclarse con los terrestres como si nosotros fuésemos perfectamente aceptables. Tuvieron que devolverle a la patria rápidamente antes de que infectase a cualquiera de sus colegas. No se encuentra eso mencionado, a propósito, en los folletos oficiales.

Su postura de negarse a sí mismos incluso el confort de un clima tolerable porque la comodidad de cualquier clase es pecado, se trata de algo que, como uno podía esperarse, comienza a perder terreno. Los mayores, una clase de gobernantes que sustituye a los consejos de ancianos en las antiguas tribus, están demasiado impuestos en su conducta para cambiar, y de buena gana cortarían todos los lazos con la Tierra de nuevo y regresarían a los miles originales de los colonos. Solo que no pueden, y no es que nos preocupase mucho a nosotros si lo hiciesen, de verdad.

Sin embargo, mientras haya contacto entre los dos planetas, la joven generación de Ymir se pregunta, a pesar de todo, si sus reverendos antecesores eran en realidad verdaderos vasallos de la inspiración divina, o si se trataba simplemente de un rebaño de masoquistas y viejos fanáticos que obligaron a destruir el futuro de sus descendientes. Por consecuencia, los detestan, por nuestros pecados dicen, pero más porque se sienten profunda, horrible e insoportablemente celosos.

—Sugerirles que deberían recibir nuevos emigrantes de la Tierra es tan ridículo como pensar que encontraríamos, alguna vez un terrestre que desease

ir hasta allí. Eso me devuelve mi temprano punto de vista: no formulamos las preguntas adecuadas.

—Si ese tipo de transmisor de materia no te está haciendo morder el cebo porque estás demasiado cerca a la verdadera solución de Boreas y quiere equivocarte —dijo Lecoq con brillantez.

Bassett asintió.

—Pensé en ello. Por esa razón es por lo que quiero tomar Ymir y volverlo al revés. Sacudirlo hasta que caiga al suelo el factor clave. Si lo hay. De acuerdo, Lecoq, ya sabes lo que quiero hacer. Sal y empieza a realizarlo.

VI

Enni Zatok vivía en una ciudad. Todos en Ymir vivían en ciudades. Había cinco en todo el planeta. La razón era sencilla: la calefacción comunal producida por sus exiguos recursos de carbón y petróleo y en algún caso la mera presencia de una más concentrada de cuerpos humanos alcanzaban la temperatura un valioso grado más.

Había casi diez millones de personas en Ymir. Costó tres siglos alcanzar tal cifra, porque muchos niños morían a temprana edad y buena porción de adultos, debido a la escasa nutrición y a los adversos efectos del clima. Solían tener familias reducidas.

Pero Enni Zatok había visto películas de gente que caminaba al raso sin ningún vestido en absoluto, bajo un cielo tan azul como sus propios ojos y un sol más, muchísimo más dorado, que su cabellera. Ella comparó la libertad de movimiento de aquellas personas con la suya propia, que se veía embarazada por capas y capas de vestidos protectores. Llegó a una conclusión. Las gentes de las películas se bañaban en un mar que brillaba y que era tan distinto al océano amarillo grisáceo, lívido, que martilleaba las rocas de Ymir, que Enni no pudo realmente convencerse a sí misma de que ambos estaban formados por agua líquida. De eso también sacó una deducción.

Había visto fotografías en una revista de la Tierra que pertenecía a Jaroslav Dubin, como también vio en su casa las películas, En realidad había visto muchos libros y publicaciones terrestres y todo perteneciente a Jaroslav: Pero una de aquellas imágenes fue la que persistió de manera más vívida en su memoria.

Jaroslav Dubin no era exactamente famoso en Ymir, más bien, era celebre, en un modo como nadie más lo había sido. Porque los adultos y los niños bien educados siempre cambiaban de conversación cuando se pronunciaba su nombre, su celebridad creció y creció. Algunas veces los padres imprudentes contaban a sus hijos y como un cuento educativo la aventura terrible que el destino deparó a Jaroslav. La historia del hombre que había vendido su oportunidad de salvación a cambio de la carnalidad, de la Tierra, y por consiguiente siempre había niños y niñas dispuestos a comentar lo que sabían de él.

Un día, un muchacho de su clase, en el colegio, le confió que había llegado a conocer en persona al proscrito Jaroslav y que aquél miserable pecador era en realidad la persona más feliz, amistosa y agradable de todo el planeta. Cuando Enni tímidamente se refirió a las vilezas y seducciones del diablo, el muchacho prosiguió con sus admisiones y reveló furtivamente que Jaroslav le había dado una revista impresa en la Tierra. En la revista se veía gente viviendo en medio de un lujo pecaminoso que todos ellos habían oído describir pero que nunca habían visto con sus propios ojos. Jaroslav, según declaró el muchacho que le conocía, parecía tan feliz, como las personas de

las fotografías, y para los niños acostumbrados a sus sombríos y severos padres y maestros, eso de por sí era un milagro menor.

Enni contempló con añoranza las fotos. ¿Cómo podían tales gentes ser vasallos del diablo? El diablo, sabía ella por instinto, tenía que ser sombrío y cruel y traicionero, mientras que aquellas gentes parecían brillantes y alegres y limpias y se hablaban unas a otras con amabilidad.

Pidió al muchacho que le prestase la revista y porque ni siquiera la férrea disciplina de la sociedad ymirana había sido capaz de destruir ciertas reacciones fundamentales, y porque Enni tenía una sonrisa suplicante y ojos azules y cabello rubio y casi llegaba a los diecisiete años, el muchacho le entregó la revista.

Pero ella cometió el error de apresurarse a llegar a su cuarto nada más entró en su casa, para dedicarse a contemplar las paginas en la intimidad y su padre subió a ver lo que ocurría. Al principio la fustigó de palabra; luego rompió las preciosas páginas en mil pedazos y las pisoteó; por último, la hizo quitarse todas las ropas y la dejó una noche, un día y otra noche, desnuda, azul de frío y sin comida ni agua, para escarmentar al mal que ella había anidado dentro de su cuerpo.

Muchas cosas se congelaron dentro del cerebro de Enni al pasar aquellas frías y solitarias horas de su castigo. Pero también su expresión se quedó helada.:. en una silenciosa obediencia. Varias veces oyó los pasos de su madre acercándose y dudando fuera de la puerta de su cuarto, como si estuviera a punto de preguntar a su hija que tal se hallaba. Pero cada vez la madre se marchó sin decir palabra. Eso también sirvió para reforzar la decisión que Enni había tomado.

Después que todo hubo pasado, su padre nunca volvió a. mencionar el incidente. Con toda seguridad que nunca se habría atrevido a hablar de aquello fuera del seno familiar; eso hubiera constituido el reconocimiento de un fracaso en el cumplimiento de su deber como padre. Un niño educado de manera apropiada jamás debía sentir el anhelo de cometer un pecado de tal categoría. Enni se alegró de esto, porque debía mantener un respeto exterior hacia sus padres o ser severamente castigada. Pero más allá de su pálido rostro el cerebro estaba en una activa agitación.

Por cierto tiempo fue un modelo de buen comportamiento. Cuando pasó todo un año sin ningún otro quebrantamiento de las buenas costumbres, sus padres volvieron a fiarse de ella y esa fue la oportunidad que Enni estaba esperando, la oportunidad de mentir, de engañar, de defraudar a sus padres en la mayor escala posible. ¿Cómo iba a mostrar sumisión cordial hacia unas gentes cuya manera de vivir no parecía siquiera una vida verdadera?

Mientras, en el colegio y entre sus amigos, se hablaba, de la Tierra y de los terrestres y también de Jaroslav Dubin, cuyo nombre se pronunciaba en voz baja, en la voz que los niños de otros mundos tenían reservada para las obscenidades. Algunos de los niños se atrevieron a emitir la opinión de que Jaroslav tenía razón con respecto a la gente de la Tierra, y que sus padres eran

quienes se hallaban equivocados; después de todo, argüían, Jaroslav había estado en la Tierra y la mayor parte de la gente, no.

La oposición decía, por otra parte, Jaroslav era el único de muchos ymiranos que había estado en la Tierra o en los planetas locales que ofrecían una opinión contraria a la aceptada, Enni escuchó en silencio esta discusión; ya sabía cuáles eran sus propios pensamientos. Sintió una comezón en su piel, enfajada como estaba con dos vestidos, dos pares de faldas pantalón, suéter, calcetines gruesos, enormes y zafios zapatos, parkas, bufanda, casquete hasta apenas poder caminar por el peso de su atuendo. Y decidió esperar su hora.

Una noche, después de haber rogado a un amigo que le proporcionara una coartada, fue a ver a Jaroslav Dubin. Apenas se sorprendió al encontrar allí ya a sus compañeros de clase reunidos en casa del proscrito.

Puesto que cordialmente los mayores de Ymir hubiesen querido verle en el ostracismo o todavía mejor, muerto y sepultado, era para ellos un resquemor tener que soportar a Jaroslav Dubin. Sin arrepentirse, impermeable a los carbones encendidos que ellos figurativamente amontonaban sobre su cabeza, Jaroslav se había aprovechado ventajosamente de su viaje de regreso desde la Tierra para iniciar una gran amistad con el comandante de la nave, que le transportaba. Después, los mayores desearon no haberse interesado tanto en sacar a Jaroslav de la Tierra antes de que se armase tanto ruido diciendo que un ymirano había desertado de sus amigos y se había ido a vivir, entre los pecadores terrestres. Si no se hubieran dejado dominar por tal pánico, podrían haberse evitado las, consecuencias. A su llegada a Ymir, el patrón de la espacionave informó a los mayores que, Jaroslav Dubin era la única persona semihumana que había conocido nativa de aquel planeta al que llamaba —como la mayor parte de los extranjeros— el mundo—nevera; En el futuro quería que Jaroslav fuese su agente en Ymir; estaba asqueado y harto de tener que enfrentarse a aquellos viejos semicongelados y quería tener que tratar en lo sucesivo con alguna persona pasablemente agradable.

Los mayores rehusaron; no concebían otra manera de actuar. Pero la nave siguiente que llegó se negó a desembarcar su cargamento a menos que Jaroslav hiciese de agente.

Los mayores rechazaron de plano la pretensión y apretaron los labios ceñudos. Pero el capitán de la nave mantuvo su palabra y se llevó la carga al espacio tal y como había amenazado hacer. Los mayores de Ymir perdieron tres cargamentos en idénticas circunstancias. Con toda evidencia, allí se producía una conspiración; igualmente evidente era que los ymiranos no tendrían más remedio que ceder.

Así ahora, el odiado pero tolerado Jaroslav Dubin estaba gordo y bien alimentado con los suministros que sus amigos del espacio, los comerciantes, le traían especialmente para él. Eran sin duda aquellos mismos hombres del espacio los que le proveían de una, incesante cantidad de volúmenes para su biblioteca y de carretes para su filmoteca, que el tan generosamente se sentía inclinado a prestar a la menor solicitud. Dolidos, maldiciendo, los mayores se

dieron: cuenta que en medio de ellos tenían una organización subversiva unipersonal, contra la que nada podían hacer.

Incluso discutieron si convenía matar a Jaroslav, en bien a la larga de la comunidad, según era su leal entender. Pero la dureza de los hechos persistía: los hombres del espacio podían pasarse sin el comercio ymirano, mientras que Ymir no podría sobrevivir sin ayuda de los hombres del espacio. Y sí ellos no podían explicar satisfactoriamente para los comerciantes del espacio la razón de la desaparición de Jaroslav, no les cabía la menor duda de que los comerciantes de las naves les retirarían todo comercio.

Este, entonces, era el hombre que Enni visitó a escondidas, no el proscrito relegado que se daba perfecta cuenta de su condena al solitario ostracismo que los mayores hubieran querido que creyese, sino el individuo más feliz y rodeado de comodidades de Ymir.

Enni había estado preparando su visita durante todo un año; su excitada anticipación se diluyó en terror mientras marchaba a escondidas por entre las desiertas y gélidas calles, entre las casas negras e inexpresivas, temiendo a cada momento oír la voz de un guardián que le preguntase qué estaba haciendo fuera de la casa de sus padres y a quien mentir habría sido inútil. Lo peor de todo fue cuando llegó al espaciopuerto, porque los mayores habían decretado que la casa de Jaroslav quedase aislada de la ciudad propiamente dicha por casi un kilómetro de terreno desnudo. Pero el día era invernal y oscuro y nadie la vio cruzar el espacio abierto y cobijarse bajo el porche de la casa de Jaroslav.

Se estaba caliente, muy confortablemente, porque Jaroslav tenía aparatos de calefacción que le habían regalado sus amigos los comerciantes del espacio; había allí apetitosos alimentos de otros mundos y una luz brillante. Y también se charlaba, se charlaba cosas terribles y maravillosas, de Ymir y la Tierra, de Astraea y Boreas y K'ung-fu-tse y de todos los otros mundos en donde los hombres vivían con mayores comodidades y ambientes más felices que aquí.

Rollizo, sonriente, tan sociable como se lo habían descrito a Enni, Jaroslav se arrellanaba en un cómodo sillón, presidiendo las discusiones sin hablar mucho de él mismo; su función era más el generar ideas y dejarlas que los cerebros de sus compañeros las rumiasen. Aquella primera tarde Enni nada dijo; se sentía algo embarazada porque se estaba muy caliente en la sala de Jaroslav para conservar puestas las ropas de calle y nadie, excepto sus padres, la habían visto jamás con sólo sus batas y faldas pantalón. Más tarde, ella volvió y habló un poco una y otra vez acudió, aprovechando cada oportunidad. Algunas veces era ella la única persona allí, además de Jaroslav; otras veces había algún oficial de navío espacial visitando a su único amigo de Ymir. Más a menudo, sin embargo, el grupo estaba formado por tres o cuatro otros jóvenes que habían conseguido evadir la supervisión paternal durante una preciosa hora o dos...

En su tercera visita, Jaroslav, radiante y encantado, le regaló un vestido

de la Tierra para que se lo pusiese mientras estaba en la casa y después de eso siguió esperando que ella se cambiase de ropa nada más llegar. Enni jamás se habría atrevido a tratar de esconder la prenda en su propio hogar.

Al cabo de un tiempo ella se dio cuenta de que interiormente esperaba que Jaroslav estuviera solo cuando iba a visitarle. En ocasiones, lo estaba. Pero, invariablemente, la trataba con cortesía y jamás trató de aprovecharse de la situación. Al principio ella no estaba del todo decidida acerca de si le quería o no. Más tarde advirtió el ligero desencanto de los modales de él al transcurrir las veladas si nadie más acudía y Enni se dio cuenta de que para Jaroslav era un fracaso la tarde en que sólo tenía un visitante. Igual como la levadura hace crecer la masa, la naturaleza de Jaroslav necesitaba crecer en forma de germen o fermento de ideas que ahora burbujeaban por los cerebros de los jóvenes de ambos sexos de Ymir,

¿Y cuál era el provecho que sacaba él de ello? cuál era su propósito para persistir en aquella actividad en extremo peligrosa? Enni se veía Incapaz de responder a tales preguntas. El peligro residía en la posibilidad de que los mayores, o alguien más con autoridad, descubriese lo que estaba ocurriendo; entonces, aunque Jaroslav sufriera o no personalmente, sus “discípulos" serían con toda seguridad severamente castigados y Enni había llegado a comprender maravillada que tal cosa causaría a Jaroslav una pena profunda y sincera.

Eso, quizás más que cualquier otra cosa acerca de Jaroslav, reforzó las conclusiones a que había llegado anteriormente Enni. En opinión de ella, el hecho de que Jaroslav hubiera aprendido (probablemente entre las gentes de la Tierra, porque no tuvo otra ocasión) a interesarse tan profundamente por la suerte de los demás como por la suya propia era la cosa más sorprendente en una naturaleza y un carácter llenos de sorpresas. Así se lo dijo a él, una tarde en que estaban solos y durante largo rato la mirada especulativa que se produjo en los ojos de Jaroslav al escucharla se quedó grabada en su recuerdo de adolescente y la llenó la mente: de turbación. Más tarde, llegó a comprenderlo.

VII

Había más en la casa de Jaroslav Dubin que su mera apariencia. Los mayores, de mala gana, se la habían asignado porque se daban cuenta de que sería menos peligroso si lo mantenían aislado del resto de la población, en cuarentena, gracias a la brecha que separaba su casa de un sólo piso de piedra negra de la orilla del espaciopuerto y de la ciudad en sí. Eso convino mucho a Jaroslav. Cada vez que los mayores acudían a visitar a su autonombrado agente comercial, la envidia crecía en sus miradas, porque siempre hallaban algo nuevo añadido al lujo en que vivía Jaroslav: un cuadro, una alfombra, algún mueble, exquisitos dulces de otros mundos. Objetaron con cierta debilidad ante las cajas de mercancías que los hombres del espacio traían a su amigo de Ymir, pero nada podían hacer para impedirlo.

También se reflejaba la envidia en los ojos de la gente joven que visitaba de manera extraoficial la casa —chicos y chicas como Enni Zatok—. Pero eso era normal. Ahí estaba al motivo por el que Jaroslav se tomaba la molestia de hacer ostentación de sus lujos.

Rara vez, por tanto, tenía él un visitante que, se limitara a aceptar meramente el ambiente que rodeaba al proscripto. Cuando venía tal visitante, jamás lo hacía, por el camino ortodoxo: siempre entraba a través de la pared. La pared estaba arteramente vacía; dentro de la cavidad corrían los cables de energía de su generador atómico portátil que tenía instalado debajo de la sala principal. Uno necesitaba mucha energía para poder operar una plataforma de transfax.

Estaba solo sentado y leyendo cuando Sonó la alarma. El suave zumbido pudo ser el heraldo de algo, la llegada de un pedazo de papel con un mensaje escrito, la entrega de un cajón nuevo de libros y revistas, alimentos, ropas. Las cosas que utilizaba no le llegaban todas por el medio regular de las rutas espaciales.

Pero cuando abrió el panel oculto en la pared y miró al interior de la cavidad de unos tres metros, se quedó asombrado al ver a un hombre.

—¡Saïd Counce! —exclamó, retrocediendo un paso—. ¿Qué diablos de la galaxia le traen aquí? Salga y siéntese.

Counce asintió y se adelantó sin vacilar. Aún estaba vestido como cuando su visita a Bassett, no llevando encima nada más que un par de pantaloncitos cortos, pero Jaroslav mantenía caliente su casa y la pila de alfombras era una cosa agradable para los pies desnudos.

Hospitalariamente, y deseando obsequiar a su invitado con un vaso de vino y algo que comer, Jaroslav trasteó apresurado por la habitación mientras Counce elegía una silla y miraba divertido en su torno. Había en una entera pared una vista móvil de la galaxia local y de los mundos ocupados por los humanos. Había allí también una selección cosmopolita de *Objects d'art*. Había libros y revistas que según las normas de vida ymiranas eran

intolerablemente sediciosos. Todo estaba bien.

Tomó el vino, rechazó la comida e indicó con un gesto de la cabeza que Jaroslav debería tomar una silla y sentarse enfrente de él. Cuando el hombre regordete lo hubo hecho, le miro fijo a los ojos.

—Jaroslav. ¿Qué has estado haciendo últimamente? —preguntó —

—Entendiendo la palabra. He estado trabajando, como siempre, bajo las más extremas dificultades. Desearía que hubiera varios agentes más aquí, en Ymir, en vez de ser yo solo.

—Eso nos pasa a todos —asintió Counce—. Sólo que hasta que busquemos una excusa tan brillante como aquella con la que obligamos a los mayores a tolerarte, podremos entonces establecer aquí más gente. Es un rasgo peculiar de la psicología humana que a un descentrado se le tolera, y se le deja tranquilo, teniéndole como un estorbo, pero que a dos o más no se les tolera, pues se les considera como los fundadores de un movimiento subversivo. Originalmente, el plan era que tu actuases como foco de infección. No parece que te hayas mostrado muy contagioso.

Jaroslav parpadeó.

—Creo que lo he hecho aceptablemente bien, dadas las circunstancias —objetó—. En los cinco años que llevo aquí, he logrado poner clandestinamente en circulación miles de libros y revistas. Tengo visitantes regulares entre la gente joven, algunos de ellos ahora son lo bastante valientes como para sonreírme cuando me ven por la calle.

—Estamos en una situación desesperada. Tenemos que correr riesgos. ¿Por qué, por ejemplo, todavía no nos has recomendado a alguien como recluta?

—Principalmente, porque en las únicas personas en quienes he producido una fuerte impresión son chicos y chicas adolescentes. El acondicionamiento ymirano tiene un éxito diabólico: Para cuando los chicos llegan a estado adulto a los dieciocho años ya son tan sólidos como los mayores.

—Yo nunca, he trabajado en Ymir —dijo Counce pensativo—. Pero si he trabajado en más de veinte mundos diferentes. Creo que todavía eres víctima de tu propio y temprano acondicionamiento, a pesar de que hicimos lo imposible por contrarrestarlo. Hay diez millones de personas en el planeta. En cinco años habría sido posible hallar más de una persona con suficiente énfasis hereditario como para libertarse & si mismo de las ligaduras del medio ambiente y decidirse a romper las cadenas que coartan a todos en este mundo gélido e implacable. ¿Recuerdas que hubo un tiempo en que tu mismo eras un niño pusilánime? Cuando los mayores te eligieron para que entrases a formar parte del personal de su embajada de la Tierra, te consideraban como totalmente incorruptible. Caíste en menos de un año. Pero aunque has estado trabajando con información diluida has tenido mucho más tiempo y muchas más personas a quienes trabajar. Necesito un recluta potencial, Jaroslav... y lo necesito *ahora*.

Los ojos de Jaroslav parecieron escrutar el rostro de su visitante.

—Traes malas noticias, Saïd..— pronosticó.

—Las traigo —Counce dejó su vaso y se puso en pie—. Los Otros han estado, en Regis. Estuvieron antes de que llegáramos nosotros, posiblemente explorando el planeta, posiblemente también con intención de instalar una colonia. No lo sabemos seguro. Pero tenemos que darnos prisa.

Señaló con el pulgar cierta estrella del mapa mural.

—Ese es Regis, Jaroslav. Y aquí —hizo un compás con el pulgar y el índice e hizo girar el dedo en un tercio de circulo— aquí está Ymir. Ymir es la clase de mundo que sería apetecible para los Otros, tanto como una perita en dulce. Mucho oxígeno, frío, casi sin vida, virtualmente todo perfecto para ellos. El peor peligro que podemos concebir es que ellos se atrevieran a cruzar hasta aquí.

»Pensamos que habían estado concentrando sus efectivos en dirección de ángulo recto con respecto a Ymir. Pero si han llegado tan cerca como hasta Regis una vez, pueden repetirlo. Incluso en cualquier momento podrían presentarse aquí.

Se dio la vuelta y se encaró de nuevo con Jaroslav.

—¿Y bien? —dijo.

—Trabajar en Ymir es como intentar arar en un lodazal que te llegue el barro hasta las rodillas. Una docena de veces he puesto los ojos en reclutas potenciales, solo para encontrar —casi de una semana para otra —que su defensa contra el sistema de pensar inculcado aquí en Ymir es defectuosa y ellos sucumbieron. De ser un amigo de confianza me volví de la noche a la mañana en un emisario del demonio. Dices que ahora necesitas un recluta en potencia. El único a quien puedo recomendar con sinceridad se trata de una muchacha de unos diecisiete años. Y probablemente no está madura aun para ser utilizada.

—Tendrá que estarlo —dijo Counce ceñudo—.¿Quién es?

—Se llama Enni Zatok. Su padre trabaja en la planta de energía; es encargado o capataz, según parece. Se trata de un testarudo del infierno, y probablemente dentro de otros diez años quedará calificado para algún puesto en los mayores, gracias a la estultez de su cabezota. Pero la chica vino a mí por su propia voluntad y ha seguido viniendo durante un año. Creo que tiene verdaderas posibilidades.

—Será ella, para empezar. Quieren que la mandes a Tierra lo más pronto posible por las rutas ortodoxas comerciales. Eso es esencial. Cuando ella llegue allí, voy a preparar las cosas para que Bassett oiga hablar de la muchacha, se apodere de ella y extraiga de su mente toda información sobre Ymir.

Hizo un relato sumario de los acontecimientos que le habían llevado a tal decisión.

Jaroslav emitió un silbido.

—Parece una posibilidad muy remota. ¿Verdad que sí?

Counce extendió las manos y sacudió la cabeza.

—Es lo mejor que tenemos y hay que, probarlo. ¿Puedes hacerlo?

—Dame un momento para pensar —solicitó Jaroslav y se sentó en su silla y cerró los ojos.

Counce aguardó impaciente. Al cabo de un minuto, Jaroslav se puso apresuradamente en pie y cruzó la habitación para consultar una pila de papeles. Rebuscó entre ellos y luego, manteniendo dedos entre la pila para marcar el lugar, dijo por encima del hombro:

—¿Ocho días a partir de ahora será suficiente?

—Para sacar a esa chica, no. No, mucho.

—Para hacerla llegar a la Tierra, quiero decir. Podría partir en el "Ámsterdam". El capitán Leeuwenhoek fue quien me trajo desde la Tierra, mi primer y mejor amigo entre las tripulaciones espaciales. No tiene el propósito de tocar la Tierra en este viaje, pero no le importaría nada en absoluto cambiar el rumbo aunque solo sea por una vez.

—Bien dijo sucintamente Counce—. ¿Algo más?

—¡Señor, sí! Una cosa, a pesar de que he logrado convencer a Enni casi por entero de que los terrestres no son invariablemente crueles y perversos, dudo de si ella voluntariamente querrá cortar los lazos que la unen con Ymir. Después de todo, ella aún sufre el acondicionamiento corriente de la familia ymirana; en lo más hondo de su cerebro su padre, sanguinario como el que más, todavía es una especie de imagen divina. Tendré que pensarme una amenaza lo bastante fuerte para hacerla ceder.

—¿Tienes —alguna ya?

—Ha estado aquí sola varias veces. Podría pretender que los mayores se han enterado y que la golpearán hasta hacerla confesar que la seduje. Si tuvieran oportunidad, no lo dudes que ellos así lo harían. Vi a uno de los descarriados locales como era azotado desnudo por las calles, el otro día. Falta consecutivamente a tres reuniones religiosas confesionales. Tuve que correr y alejarme de la escena porque si no habría arrebatado el látigo al verdugo o habría intentado cualquier otra cosa. Este es un lugar infernal, Saïd.

—¡Claro que lo es! Lo que pasa es que este planeta no está en condiciones de ser habitado por hombres. Tal es el postulado fundamental que queda tras todos nuestros planes presentes —musitó durante un momento—. ¿Podrías colocarla a bordo del "Ámsterdam" y sacarla de este mundo antes de que alguien descubriera su ausencia?

—Con toda seguridad. Enni misma lo podría arreglar. Ella se consigue una coartada durante dos o tres horas casi dos veces cada semana, de todas maneras, y para cuando sus padres se encuentren cansados de estar sentados muy serios junto a la puerta esperándola para azotarla por llegar con tanto retraso, ella podría estar ya fuera del planeta. No tienes idea de lo mucho que les gustaría poder azotarla. La esperanza de hacerlo les impedirá preocuparse e inquirir donde habrá ido por lo menos unas tres o cuatro horas más.

Counce dirigió a Jaroslav una mirada larga Y fija.

—Jaroslav, pareces estar dejando que este lugar mine tu moral. Sería mejor que te aclarases la mente, un poco. Después de todo, no importa que el comportamiento de los ymiranos sea repulsivo, tú mismo eres ymirano. Pero también eres como ellos un ser humano. Una vez dejes de reconocer ese hecho; consciente y continuamente, serás un fracaso. Hemos tenido fracasos en ocasiones. Tenemos que evitarlo. No te amenazo, sólo te lo recuerdo.

Jaroslav elaboró una cansina sonrisa.

—No te preocupes, Saïd. Es a mi propia sangre y clan a quien insulto. Creo que tengo más derecho a saber lo que ellos tienen de malo que cualquier extranjero, no importa lo mucho que tenga desarrollado su sentido de la ética. Lo que aquí necesitamos Saïd, es algún método de exponer a la juventud y de primera mano a un medio ambiente distinto. Enni tendrá suerte; tu te la llevarás si sobrevive a la experiencia con Bassett.

—Lo haremos. No nos lo perdonaríamos nunca si no lo hiciéramos.

Jaroslav asintió.

—Al fin, de todas maneras, ella verá las cosas claras. Será un ser humano honrado y útil. Pero será también la única.

—¡Organízalo, entonces! Maldita sea, para eso estás aquí. Prepara lo necesario para meterla de polizón a bordo de la espacionave que venga primero aquí. Raptada por una banda callejera o cualquiera otra excusa, de manera que puedas permanecer a cubierto de cualquier acusación. Saca a un centenar de chicos y chicas de sus camas con tu transfax, drógales y déjales que despierten en Shiva o Zeus o K’ung-fu-tse; ¿No querrían también jugar los hombres del espacio?

—Bueno, Jaroslav, adiós. Siento no poderme quedar más tiempo. Pero tengo que asegurarme que cierta chica ymirana, de diecisiete años, que llegará a la Tierra dentro de ocho días, caiga en buenas manos, y eso va a significar tener a todas las terceras personas de los muelles a nuestro lado durante el par de horas cruciales. ¿Crees tener problemas? ¡Algún día prueba a resolver los míos! Intercambiaron un par de miradas inteligentes y luego Counce se fue.

VIII

Sus padres pudieron no haber advertido el pedazo de papel en la desnuda y helada habitación. Ellos, raras veces entraban allí. Enni estaba encargada de limpiarla y hacer la cama y, como la mayor parte de los jóvenes en Ymir, tenía muy pocas pertenencias personales. En ocasiones, sabía ella, su padre entraba a echar un vistazo tarde por la noche para cerciorarse de que estaba en la cama y dormida.

Pero ella conocía cada centímetro del suelo, de las paredes y del techo, así que, cuando entró y dejo sus libros del colegio en un lado, la blancura fuera de lugar fue la primera cosa que le llamó la atención.

La recogió. Había visto bastantes veces la escritura de Jaroslav Dubin para reconocer aquella muestra como perteneciente a él. Con un áspero miedo aferrándose a la garganta, leyó; "Enni, tú y yo estamos en un terrible peligro. Ven a verme esta noche. Jaroslav".

Terror, el miedo al descubrimiento y su certeza con las posibles consecuencias, habían caminado día y noche con Enni durante muchos meses. No se detuvo a pensar como la nota había llegado a donde estaba, ni si pudiese ser una falsificación preparada para provocarla y pillarla cometiendo un delito. Por suerte todavía no se había quitado sus ropas de calle así que dio la vuelta y regresó directamente al exterior.

No habló con su madre, que estaba en la cocina; su padre quizás trabajase tarde aquella noche en la planta de energía. Con suerte, podría llegar hasta Jaroslav y volver antes que fuera advertida su ausencia Con suerte. Estaba demasiado asustada para pensar más allá de aquel punto.

De ordinario, Jaroslav la saludaba en la puerta de su casa y la acompañaba hasta la pequeña antesala en donde ella podía ponerse su preciado vestido de la Tierra antes de unírsele a él en la sala de estar. Esta noche él la llevó directamente a dicha sala. Allí habla un desconocido.

Sudorosa dentro de sus gruesos vestidos, Enni permaneció inquieta, apoyándose ora, en un pie, ora en otro, deseando saber cuál era el peligro del que la había prevenido Jaroslav, mientras que el desconocido —alto y barbado — la miraba pensativo. La pausa se hizo insoportable.

—Enni —dijo Jaroslav por ultimo—, este es el capitán Leeuwenhoek del navío de comercio "Ámsterdam". Es un íntimo amigo mío y quizás pueda salvarlos de un peligro abrumador.

Leeuwenhoek asintió y le dirigió una sonrisa mecánica.

—La situación es ésta —prosiguió Jaroslav—. Los mayores han descubierto que has estado viniendo aquí sola. Planean detenerte en tu casa esta noche y golpearte hasta que confieses que te he seducido. En Ymir, nadie utilizaba palabras tan crudas como "seducido"; Enni sintió un profundo calor en su piel, que hacía ya intolerable la estancia en la habitación.

—¡Pero eso no sería verdad! —exclamó.

Jaroslav se limitó a mirarla y ella siguió adelante:

—¡Pero usted no puede pretender decir que los mayores mientan de ese modo!

El hombre del espacio, sentado al lado de Jaroslav, tosió y habló por primera vez.

—Con el debido respeto, señorita, sus mayores tienen fama de ser los más estupendos mentirosos de la galaxia. Pregunta a cualquiera que haga negocios con ellos. Ellos son tan rigurosos que terminan por convencerse a sí mismos de que están diciendo la verdad.

—Pero no sería una mentira, en cuanto a ello respecta —dijo Jaroslav tranquilo—. La gente así esta solamente preparada para creer lo peor de sus amigos, porque es que ellos son solos capaces de lo peor. Sospechan y en sus corazones hay seguridad de que me he portado diabólicamente contigo. Te pegarían hasta que mintieses para salvarte y ahorrarte más dolor. Entonces tendrían la oportunidad que hace largo tiempo buscaban de destruirme.

Leeuwenhoek intervino:

—Mire, jovencita. Jaroslav es un amigo nuestro, de los hombres del espacio. Estamos completamente seguros de que sus mayores no harían nada contra él sin base alguna. Pero nada podríamos decir si él realmente, ejem... se hubiese aprovechado de usted. Según la ley ymirana tendrían un delito contra él, de acuerdo, y no nos quedarla más remedio que admitirlo. Somos honrados. Tenemos que serlo. Los mayores lo saben.

Enni hizo un Vago gesto ondulante y ellos interpretaron correctamente el movimiento se quedaron en silencio para dejarla pensar. Al cabo de una pausa, dijo ella, las lágrimas temblándole en los ojos:

—Pero Jaroslav, ¿qué podemos hacer?

—Solo hay una cosa que pueda hacerse —dijo Jaroslav con cierta brutalidad—. Sacarte del alcance de los mayores.

—¿Cómo? No hay ningún lugar en donde yo pueda ir sin que la gente haga preguntas y la noticia, volvería pronto.

—No hay ningún lugar en Ymir —interrumpió Jaroslav—. Pero tú has dicho a menudo que querrías ver otros mundos, Enni. He aquí tu oportunidad. El "Ámsterdam" tiene que despegar dentro de dos horas. Tú estarás a bordo.

Los ojos de Enni se hicieron de repente redondos y amplios de horror.

—No podría —susurro—. Me sería imposible.

—Será preciso —dijo Jaroslav—. O tú te vas, o te esperas hasta que los mayores envíen a un custodio para que te detenga. Te azotarán y te arrancarán la piel de la espalda para empezar. Si sigues sin decirles lo que quieren oír, te pondrán sal en las heridas. Después de eso, colgarán sobre tu cabeza una barrica de agua helada y te ducharán hasta que tu cuerpo esté azulado. Ya has visto juicios contra los herejes, ya sabes lo que les ocurría.

Lo sabía. A los quince años cursó varias clases de ciudadanía. Había visto a dos hombres solemnes y a las mujeres vestidas de negro asistiendo a los Suplicios de los herejes y desviados, mientras que los niños eran

apremiados para que cantasen lo más alto posible y apagasen los gritos de las víctimas. Había allí el miedo bastante para impulsar mil huidas.

Apremiándola, del mismo modo había una serie de recuerdos de lo que aprendió en Jaroslav; su propia añoranza de caminar bajo un sol cálido y agradecido instalado en un cielo claro y azul, de moverse sin el estorbo todas las ropas ymiranas que ahora eran como un horno para su cuerpo. Si hubiese estado sola con Jaroslav, se habría sentido lo bastante consciente como para quitarse alguna prenda: la condición ymirana, sin embargo, aun gravitaba tan pesadamente sobre ella que no podía pensar en quitárselas, ni siquiera desprenderse de su parka exterior en presencia de un completo desconocido.

E Ymir estaba con ella también por otros medios. Había algo más que miedo: estaban las amenazas y las promesas. En el fondo de su cerebro una vocecita le susurraba que quizás una paliza de los mayores fuese compensación por su culpa al mentir a sus padres. Al visitar al proscrito Jaroslav. Quizás eso era su simple deber, que tendría que ser sufrido en silencio e incluso con alegría para que ella se notase limpia y tuviese una segunda oportunidad.

Y hombres serios y rigurosos se alzaban tras ella, tras sus cerrados parpados para fulminarla acusadores. Ellos la habían sondeado y descubierto su perversidad.

Pero Leeuwenhoek había dicho eso precisamente, que las personas tan rigurosas tenían fama de ser los mayores embusteros de la galaxia. Volvió a abrir los ojos y dirigió al hombre del espacio una mirada turbada. Padecía, hablaba como un hombre honrado. Era difícil de creer que mintiese.

La indecisión hizo que la mente de Enni se viese envuelta en un torbellino; el calor era abrumador. Un espasmo de desmayo turbaba su visión. Se llevó la mano a la cara y. luego trató de encontrar un asidero al impedir caer en el suelo.

No perdió por completo el conocimiento hasta que dio con su cuerpo en las alfombras. Fue por este motivo que pudo oír a Jaroslav decir con tono satisfecho:

—Bien. Se ha desmayado.

Pero no tuvo tiempo preciso para asombrarse ante esta observación antes de que una negrura se apoderase de su conciencia.

—¿Te encuentras bien ahora? Era una voz de mujer, profunda y ansiosa. Enni escucho turbada porque no se encontraba del todo bien. Las palabras tenían un raro acento, pero sin embargo familiares. Claro. Leeuwenhoek y algunos de los otros hombres del espacio que había conocido en casa de Jaroslav, hablaban con tal acento, distinto del ymirano. Volvió la cabeza dejando de contemplar el techo sencillo y blanco y vio a una mujer de cabello pardo a un lado de la cama.

—¿Es usted la señora de Leeuwenhoek?—preguntó.

—No, soy la médico del navío —respondió la mujer con una sonrisa. Vestía un guardapolvo blanco de cuyos bolsillos asomaban brillantes

instrumentos de metal—. Ahora tienes que recuperarte; esa es la: primera pregunta que has formulado. Enni meditó. Se encontraba en una cama blanda, más blanda que la suya propia, y el aire era tan cálido que no tenía nada encima de su cuerpo excepto una simple sábana. Se sentía sorprendentemente libre y cómoda. Una inspección somera que se hizo a sí misma le dijo que eso se debía a que no llevaba puesta ropa de ninguna clase.

La sabana le llegaba hasta los hombros y el médico era una mujer; no obstante, Enni se ruborizó profundamente.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó la doctora con amabilidad.

Enni asintió. Lo sabía. En alguna parte de su inmediato pasado estaba el recuerdo más confuso y extraño de toda su vida juvenil. Figuras negras amenazadoras habían mirado desde cada esquina; ella había tratado frenéticamente de huir de ellas, de golpearlas y derrotarlas. Algunas de esas figuras portaban látigos. El calor había sido febril e intolerable y ella no fue capaz de comer o beber por miedo a que los alimentos o el agua estuvieran envenenados. Pero fuera de la confusión ciertas cosas le parecían claras. Ella estaba a bordo de una nave; esa nave la llevaba lejos de los horrores siniestros que la esperaban en Ymir; y su pensamiento era tan claro como el agua de un manantial.

—¿Que ocurrió realmente? —susurró.

—Primero te desmayaste en casa de Jaroslav Dubin. Cuando el capitán Leeuwenhoek te trajo a bordo, todavía estabas inconsciente; entonces se descubrió que tenías fiebre. Has estado en coma durante cuatro días y cuatro noches pero ya todo ha pasado. La doctora palmoteó al borde de la cama de manera tranquilizadora y se puso en pie. De momento te encontrarás algo débil, pero te alimentamos bien y pronto mejoraras.

Dudaba, mirando al rostro blanquecino de la muchacha en la cama.

—Enni, ¿qué es lo que sientes acerca, acerca de lo que te ha ocurrido?

—¿Se refiere usted a algo de escaparme de Ymir? —preguntó Enni con cierta compostura—. No lo sé del todo. Me doy cuenta de que debería estar terriblemente asustada, pero no lo estoy.

—Eso es porque nos inocularon algunas inyecciones de tranquilizantes, mientras estamos en forma. Pronto pasarán sus efectos.

—¿Entonces sentiré de una manera distinta? —Enni parecía sinceramente turbada.

—Sí, completamente distinta. Pero, quizás yo no debería decírtelo: sin embargo voy a hacerlo, tu deberías sentirte condenadamente contenta, Oí lo gritabas mientras estabas delirando. ¿Qué edad tienes, Enni? ¿Quince años?

—Casi dieciocho —contestó Enni con una leve indignación. La doctora ignoró la indignación y siguió adelante.

—Malo. Que infierno de lugar tiene que ser Ymir si todas las pobres criaturas como tu ven sus cabezas atiborradas con toda esa suerte de diabólicas tonterías de las que hablaste mientras tenías fiebre. La galaxia sería un lugar más limpio si la gente así fuese desinfectada quitándola de la

existencia ¡Son seres tan malos como los gérmenes!

—No lo entiendo —Enni frunció el ceño.

Seguramente la doctora no podría estar hablando de los ymiranos con tanto rencor.

La doctora soltó una carcajada y acarició la rubia cabellera de Enni.

—Descansa, pequeña. Te traeré algo para reanimarte.

“Pequeña”. ¡Enni jamás había pensado de si misma de tal modo! En realidad, se consideraba alta para su edad. Pero ahora que lo pensaba bien, se daba cuenta de que la doctora era más alta que ella misma por lo menos palmo y medio. Y los hombres del espacio que visitaban a Jaroslav eran también muchísimo más altos que el proscrito comerciante. Eso la afectó mucho más profundamente que cualquier cosa ocurrida antes, después, cuando regresó la doctora, aprendió que los ymiranos, los orgullosos y rigurosos ymiranos, debido a la desnutrición y a los rigores del clima, eran en la actualidad los ejemplares más lamentables y degenerados de toda la raza humana.

IX

La impresión, cuando pasaron los efectos del tranquilizante, perduró como algo extraordinario en la mente de Enni. Corno agua filtrándose en un tanque, la aprensión empezó a inundar gradualmente su cerebro. La trajeron alimentos —extraños para ella y difíciles para que se acostumbrase— y luego le ofrecieron ropas que ponerse. En cuestión de vestidos, el atuendo ymirano hacía de la modestia una necesidad y nada de lo que se demostró llenaba por completo la función de ocultar el cuerpo, que subconscientemente, ella todavía seguía considerando de primera importancia. Es verdad que había vestido aquel traje de la Tierra en la intimidad de la casa de Jaroslav, pero eso tenía algo de esa infantil tendencia a «arreglarse» propia de todas las criaturas; en cambio esto otro era una realidad, una realidad que se hacía más temible al correr el tiempo.

Con timidez, rechazó los vestidos de faldas cortas, los «saris» que Video India, con su in— fluencia, había hecho tan popular en la Tierra, los blusones virtualmente transparentes de Zeus, etc., y reunió valor lo bastante como para ponerse un traje de seda, una especie de pijama procedente de K'ung-fu-tse, que era lo más parecido a todo lo que exigía la moda y la modestia ymirana.

Con timidez, sintiéndose recién llegada a una colonia naturista, sabiendo que todavía era incapaz de desembarazarse de los prejuicios de su sociedad, *se* aventuró a seguir la doctora saliendo de la enfermería.

—Buena chica —aprobó la doctora Te llevaré hasta el puente. El capitán Leeuwenhoek ha estado preguntando por ti.

—¿A dónde vamos? —preguntó Enni al cabo de un momento, tratando de mantener su andadura con los largos pasos de la doctora.

—¿Ir? Bueno, ya no vamos a ninguna parte, fuimos, como podría decirse. Has estado desmayada cuatro días, ya lo sabes. Entramos en la atmósfera poco antes de que despertases.

El impacto de lo que significaba la pérdida, de cuatro días de la vida de una persona comenzó a martillear en la mente de Enni. Marchaban a lo largo de un corredor parecido a una tubería, paredes metálicas; tres o cuatro miembros de la tripulación se les cruzaron, saludaron con la cabeza al doctor y dieron a Enni, miradas inquisitivas y curiosas de reojo.

—No teníamos planeado de llegar tan lejos en este viaje —estaba diciendo la doctora—. Pero teníamos que ponerte fuera del alcance de aquellos mayores vuestros y un amigo y bueno de nuestra parte es Jaroslav, a quienes todos los comerciantes del espacio y viajeros en las naves como yo conocemos muy bien. Es un buen hombre, ya lo sabes. Por eso te hemos traído directamente a la Tierra.

"¡La Tierra!" La doctora explicaba algo sobre los costes del cargamento y de la razón de aquel *viaje* extra largo que no sería una pérdida total para la

tripulación. Pero Enni no pudo oírla porque la sangre atronaba, en sus oídos.

Una cosa era soñar acerca de un mundo placentero cuya gente podía vivir con libertad y disfrutar de la vida, y otra muy distinta encontrarse de repente allí. La Tierra, el manantial del diablo, la fuente del pecado, el planeta peor y de más mala fama de la galaxia para una ymirana estaba cerca. El mundo del que los padres fundadores partieron llenos de desprecio y odio, ese era el cuento que cada ymirano en edad escolar aprendía nada mas era capaz de comprender lo que se le hablaba. A ciegas, se mantuvo con la doctora, sin fijarse en el equipo completo alineado en las paredes de los cuartos por los que pasaban, apenas advirtiendo que cruzaban por unas mamparas de vacío hasta, entrar en un lugar lleno de luz y de gente atareada.

—¡Hola Enni! —exclamó el capitán Leeuwenhoek desde su puesto junto a los principales paneles de control. Enni no se fijó. Una cegadora y maravillosa verdad acababa de Irrumpir en ella y se sentía turbada.

El puente había sido abierto al aire. Las pantallas enrolladas y a través de ellas venia el gentil sonido de olas rompiendo contra el casco de la nave. En realidad se hablan posado en el agua: hubiera, sido suicida intentar un aterrizaje en los tempestuosos e iracundos océanos de Ymir, Pero en las amplias zonas terrestres de: mar tranquilo servían mejor que las bases de aterrizaje o los espaciopuertos. Delante había una ciudad de espléndida blancura, instalada contra un panorama de verdes colinas. Más cerca, los remolcadores venían al encuentro del “Ámsterdam” para llevarlo los pocos kilómetros que les separaban hasta los muelles principales.

Enni jamás había visto una ciudad como Río, ni barcos tales como los poderosos y relucientes remolcadores, pero tampoco los estaba, mirando. Miraba al cielo, azul, cálido, con algodonosas nubes blancas y altas, y al mar, que azotaba perezosamente con ondulaciones, gentil, verde, invitador.

Y entre esto, con los ojos brillantes, Enni decía en voz baja:

—¡Oh!¡Es cierto! ¡Es realmente cierto!

Tras ella, Leeuwenhoek dirigió a la doctora una mirada significativa; la doctora asintió y sonrió.

Enni se quedó en el puente, no atreviéndose a perderse el instante que iba a seguir, sin hablar apenas aun cuando le hablasen, basta que los remolcadores hubieran llevado al “Ámsterdam”, a los muelles y la vista del mar y del cielo casi quedó oscurecida por las mercancías apiladas, las grúas y los transportadores, los cascos de otros navíos amarrados y las masas de los almacenes que se enfrentaban al puerto. Por todas partes había gente ocupada en su trabajo; todo el mundo allí era gritón y ruidoso.

Y ahora la alegría de Enni cedió paso de nuevo a la aprensión. Todo era tan diferente, tan enormemente diferente de cualquier cosa que hubiese conocido jamás. ¿Qué haría aquí en la Tierra? ¿Qué podría hacer? ¿Cómo la trataría la gente? Cierto que los hombres y las mujeres que podían ver el muelle parecían lo bastante amistosos y hablaban en tonos llenos de ánimo unos con otros; cierto que Jaroslav le había dicho que cuando se reveló contra

las reglas impuestas al personal de la embajada ymirana y fueron contra los terrestres en su propio terreno, la reacción que despertó cuando emitió su origen fue algo así como: « ¿Ymirano, eh?» Yo creí que no se os permitía salir a la calle, o cosa así, nunca vemos a los de tu raza. Tómate otra copa».

Pero...

Una persona de aspecto oficial con un elegante uniforme blanco llegó hasta el muelle y gritó pidiendo la presencia, del patrón; Leeuwenhoek se asomó al puente por la zona del puerto y discutió su cargamento según la lista de embarque e hizo los convenios necesarios para la descarga. Se habló algo de compradores que vendrían dentro de una hora o dos. Enni no siguió por completo la conversación.

Leeuwenhoek terminó sus negociaciones y se volvió al interior con una expresión cansada pero satisfecha.

—Bueno, podemos también bajar a Tierra durante unas cuantas horas —dijo—. Enni, será mejor que te vengas conmigo y te prepararemos las cosas que necesites. ¿Te gusta la idea?

Enni asintió.

Petr Tomlin había sido un comprador para Bassett durante más de diez años. El territorio Incluía los muelles de Río; algunas veces los cargamentos extra terrestres incluían géneros varios que podrían venderse con un beneficio ridículamente grande después de una conveniente campaña publicitaria que convenciese a la gente del aspecto encantador de su origen colonial.

Cuando los detalles de la llegada del "Ámsterdam" se escribieron en el tablón de anuncios y llegadas principal, lo examinó con ojos experto. Ymir, último puerto de escala un mundo aquel prohibido por Dios, un mundo propulsor. En toda su experiencia, jamás había visto que de Ymir viniese una carga decenté. Sin embargo, por alguna razón, durante los pasados pocos días, en la firma había crecido el interés hacia él; y, después de todo, los puertos anteriores de escala incluían dos mundos de con— fianza, con exportaciones ocasionales y respetables.

Sería mejor dejarse caer por allí y dar una mirada, decidió.

El sobrecargo le era desconocido, pero tenía experiencia en conseguir amigos con rapidez y al cabo de media hora charlaban sociablemente juntos. Ninguno de los compradores de la competencia se había todavía decidido a inspeccionar el "Ámsterdam"; Tomlin permitió al sobrecargo que se explayase un poco antes de ponerse a hablar de negocios serios.

—No os vemos a menudo en Río —sugirió—. ¿Es que vuestra ruta no incluye de ordinario en la Tierra?

El sobrecargo sacudió la cabeza.

—La mayor parte del tiempo trabajamos en los mundos exteriores. Nada divertido, semillas, ganado en embrión, combustible para reactores, esa clase de cosas. Hemos tenido sólo un motivo especial para llegar a la Tierra en este viaje, en realidad fue un cambio de plan de última hora.

El instinto hizo que Tomlin aguzara los oídos.

—¡No me diga! —exclamó.

El sobrecargo decidió decírselo.

—Una chica de Ymir se metió en un lío con las autoridades locales. El agente de allí es amigo del patrón. Nuestro capitán accedió a sacar a la chica de las garras de los mayores por hacerle un favor.

—¡Pues un favor bastante caro! —comentó Tomlin.

—En realidad, no. Lo calculamos antes de empezar y creo qué cuando des un vistazo á lo que hemos conseguido te darás cuenta que hubiese valido la pena de todas maneras hacer el viaje.

Eso era la señal para el inicio de los negocios en serio; todo el tiempo aquel que estuvo Tomlin ofreciendo y tanteando sus ofertas, sin embargo, la pregunta de por qué una única chica ymirana tenía que haber sido traída a la Tierra como favor a alguien, la acuciaba. Se lo mencionó a su jefe, Lecoq, cuando rindió su informe aquella noche y la reacción que provoca la noticia le dejó asombrado.

—¿Una chica ymirana? ¿Aquí en Río? ¿Cómo es? ¿Muy vieja? ¿Dónde está ahora?

Tomlin balbuceó débilmente que no se había molestado en preguntar todo eso. Lecoq dio un puñetazo sobre el escritorio y le ordenó con aspereza que saliese y la encontrase. Luego dio varias órdenes y llamó a Bassett.

Bassett había estado revisando otra carpeta de informes acerca de Ymir. Le parecía que no pensaba otra cosa aquellos días. Cuanto más estudiaba l*a cu*estión, más sospechaba que Lecoq tenía todo el tiempo. ¡Ymir era planeta ridículo para tratar de reabrirlo a la inmigración! Se le diría más que una molesta crisis en la forma de vivir al Impulsar a los terrestres hasta Ymir; seria preciso un desastre.

Por tanto, *si* estaban por completo desenfocados, seguían haciendo las preguntas equivocadas.

Era un trabajo propio de un psicólogo social. El había contratado a lo mejor para su personal, luego contrató otros más, pero no tenían nada en que trabajar. Ninguno de ellos había estado en Ymir: no había oportunidad de conocer y hablar con miembros del personal de la embalada en Río: excepto de la manera más formal; los ymiranos no tenían foto espacial y raras veces visitaban otros planetas: y más seguro aún, se negarían a cooperar si Bassett o alguien iba directamente a Ymir para estudiar el problema desde el propio terreno.

Callejón sin salida.

Estaba haciendo cuanto podía con lo que había entre sus manos, análisis de las distorsiones semánticas en las publicaciones oficiales ymiranas, por ejemplo, que ofrecía útiles pistas de su psicología básica. Pero lo que ellos necesitaban realmente como Bassett se daba perfecta cuenta era un completo entendimiento con la situación humana en Ymir, directamente experimentado por un ciudadano individual, Hasta que lo tuviesen estarían dando tumbos a oscuras.

¿No fanfarroneó Counce sobre ser capaz de manejar el problema que implicaba que su grupo tenía esa información? Si el alcance de su transmisor de materia era interestelar, ese podría ser el caso. Sus agentes serían capaces de moverse entre los ymiranos disfrazados de nativos; no generarían nada de la hostilidad inspirada por los hombres del espacio que estuviesen de visita.

Por eso es por lo que cuando Lecoq le llamó con la noticia de que habla llegado a Río una chica ymirana, sintió ganas de levantarse y ponerse a bailar de alegría.

—¡Excelente! —exclamó con viveza—. Eso es con toda, exactitud la clase de oportunidad que hemos estado buscando. ¿Cuán pronto puedes encontrar el rastro de esa chica?

—En seguida he empezado a hacerlo —respondió Lecoq—. De todos modos pensé que querrías enterarte de inmediato.

—De acuerdo. Pero tendremos que manejar esto con delicadeza. Aquí tenemos a una chica prácticamente sola en un mundo extraño y si hay alguna verdad en los informes de supervivencia que han leído, estará mortalmente asustada por los recriminosos y perversos modos de vivir de la gente terrestre. Ejem... ¿Cómo se llamaba aquel ymirano que desertó del personal de la embajada hace pocos años?

—Jaroslav Dubin.

—Estupendo. Somos amigos, entonces, de Jaroslav en cuanto a esa chica concierne. Soborna a una docena de jóvenes secretarias de aspecto respetable y sobrio y asegúrate que una de ellas se ponga en contacto con la muchacha. Las chicas de esos planetas atrasados se asustan a tal sexo opuesto. Ordénales que se ganen su confianza con suavidad y que luego la traigan aquí de algún modo. Después de eso, dejaremos que se hagan cargo los psicólogos. Será mejor que te asegures que nadie la conozca o que nadie la espere aquí.

—Eso es poco probable. Parece que todo fue un acuerdo realizado bajo lo acuciante del momento. De todos modos, investigaré por si acaso.

—Bueno. Mantente en contacto conmigo. Si encuentras a esa chica, «rápido».

Bassett sonrió satisfecho mientras se arrellanaba en su sillón. Hubiese estado mucho menos complacido de saber que Counce también sonreía, desde otro lugar de Río, precisamente en el mismo instante de pensar con precisión en el mismo acontecimiento.

X

Para un adulto, había algo sorprendentemente infantil en Leeuwenhoek. Su candorosa alegría al mostrarla por todo Río era patente donde iban. Enni se aferró a ello porque le proporcionaba una especie de escudo contra el verdadero problema que la esperaba.

El "Ámsterdam" se quedaría pocos días en la Tierra; el tiempo en el espaciopuerto era costoso por los derechos de amarraje y por el tiempo perdido en que no se viajaba. De alguna manera, entre ahora y la partida de la nave, ella tendría que hacerse amigos, andar por su propia cuenta. Después tendría oportunidad para ver las cosas que valían la pena de la ciudad. El problema fundamental, claro, era que nunca en su joven vida había hecho nada Enni por sí sola, dejando aparte el escabullirse a visitar a Jaroslav. Jamás tuvo horas para si, para hacer lo que gustara; la holganza, declaraban los ymiranos, era también pecado.

Su corazón zozobró rápidamente cuando descubrió la complejidad y falta de familiaridad de la vida en la Tierra, que se hacía más aparente a cada paso que daba. Lejos de impresionarla y encantarla, el desfile de maravillas que le mostraba Leeuwenhoek la deprimió, la hizo sentirse cada vez más insegura de sí misma.

¿Qué la había hecho Jaroslav, abandonándola de este modo en la Tierra?

Sorprendido, Leeuwenhoek descubrió que debería haber vuelto a los muelles desde hacía ya media hora; se apresuró a llevarla a la nave *y la* abandonó temporalmente en el embarcadero mientras hablaba con el oficial de aduanas.

Solitaria, preocupada, tratando de mantener el dominio de sí misma, Enni miró a su alrededor. Otra nave estaba siendo remolcada a un fondeadero adyacente; más allá, la estela flamígera de un navío espacial perforaba el cielo por encima del océano. Era tan enorme, todo ello, después de la contextura y estrechez de Ymir, que su mente parecía incapaz de captarlo.

Una mujer joven, vestida sobria y sencillamente en color pardo, caminaba como dudosa por el embarcadero. Miró unos momentos al "Ámsterdam" fijándose en Enni, se volvió y se acercó a la muchacha.

—Perdóneme. ¿Sabe cómo se llama esta nave? —preguntó.

—El... el "Ámsterdam" —contestó débilmente Enni. La mujer le dio las gracias, pero dudó antes de marcharse.

—Es usted forastera, ¿verdad? —sugirió—. ¿Acaba de llegar?

Enni asintió.

—Soy de Ymir —se aventuró a decir, preguntándose cuál sería la reacción de su interlocutora, pero necesitaba demostrarse a sí misma que Jaroslav le había dicho la verdad.

—¡Oh!, ¡qué interesante! —la sencilla mujer le dirigió una sonrisa amistosa *y* Enni sintió una oleada de alivio—. Entonces, debe haber venido en el "Ámsterdam". 0i decir que en Río había una nave de Ymir, es decir, procedente de ese planeta, así que vine a preguntar si alguíen tenia noticias de un amigo mío. Un ymirano. Le conocí hace años *y* nunca lo he olvidado. —Quizás le conozca usted, creo que se llama Jaroslav Dubin.

—¡Pues claro que le conozco! —exclamó Enni ¡Oh, qué maravillosa sorpresa conocer a alguien que es amiga de Jaroslav!

Y le contó toda la historia de su temerosa huida.

—¡Bien! —dijo la mujer cuando Enni hubo acabado—. Nunca hubiera pensado a Jaroslav capaz de hacer tal cosa. Creo que es terrible, enviarle a usted a la Tierra para salvar su propio pellejo *y* no hacer nada para asegurarse que usted estaría bien. Me llamo Dolores Laurenço, llámeme Dolly. ¿Dónde está su capitán? ¡Creo que se merece unas palabritas por permitir que ocurriera esto!

Después las cosas se sucedieron con rapidez. La cabeza de Enni parecía un torbellino. De algún modo, sin embargo, se vio metida en un coche con su nueva amiga, que anunció que iba inmediatamente a organizar a Enni su inmediato futuro. Enni no preguntó lo que iba a suceder, por miedo de aparecer o estúpida o desagradecida y aunque se hallaba turbada al verse introducida en un enorme edificio del centro de la ciudad, que con certeza no parecía destinado a viviendas, se guardó para si sus pensamientos.

Los hombres *y* las mujejres la miraban —mejor dicho, la miraban desde arriba, según se dio cuenta— *y* ella trató de no reparar en los ojos curiosos que parecían extrañarse de *su* escasa estatura. Pero es que sus ropas no eran Corrientes, aunque tampoco extraordinarias. ¿Sin duda les extrañaba su juventud? Enni no pudo imaginarse. cuál era la razón.

Además, sus ojos se mantenían ocupados. El edificio en que entraron era de un tamaño tan gigantesco que sobrepasaba sus sueños. Veinte o más pisos se alzaban hacia el cielo, con paredes de vidrio y metal y plástico; extraños bajorrelieves decoraban los muros, sonidos *y* olores que la turbaban llenaban el ambiente. Había allí el zumbido *y m*artillear de la maquinaria, apenas advertible.

¡Qué espacioso! ¡Qué derrochadoramente espacioso! En Ymir los hombres se apretujaban y se apiñaban juntos, no obstante eran diez millones de almas en todo el mundo. Aquí vivían diez millones de personas en una sola ciudad *y* todo el mundo tema espacio.

Se hallaba ella en un pequeño apartamento, más que una habitación, con Dolores; el apartamento la asombró porque el suelo parecía oprimirle los pies. Un ascensor; en Ymir, habían escaleras de mano *y,* ocasionalmente, *si* el espacio lo permitía, de escalera como en las viviendas primitivas terrestres de los siglos XII y XIV.

Un pasillo iluminado con puertas numeradas. Dolores la hizo franquear una de esas puertas y un hombre sentado tras una mesa, alzó la vista. Tenía

ojos agudos y brillantes bajo unas cejas espesas; vestía un batín blanco como la doctora que viajaba a bordo del "Ámsterdam".

—La encontré, doctor Gold —dijo Dolores—. Casi al lado de la nave en que vino. Suya *es*.

Gold asintió, arrellanándose en su sillón y poniéndose luego en pie.

—Gracias miss Laurenço. Sientese, por favor, joven.

Asombrada, enni miraba del doctor a Dolores.

—¿Qué… que es lo que pasa? —balbuceó.

Dolores se encogió de hombros.

—Yo solo hice lo que me mandaron —contestó—. Es más, tambien quisiera saber que es lo que pasa.

Su rostro perdió la expresion de simpatoa y ahora parecia duro y como si se tratara de una mascara. Enni sintió una vacia sensacion de traicion. No encontró palabras para hablar.

—Buena suerte, chiquilla, de todos modos. No sea duro con ella, Doctor, ¿quiere? —añadió por encima de su hombro y mientras abandonaba la habitacion.

—Sientese, por favor —repitio Gold. Enni inspiró profundamente.

—¡No! ¡No hasta que usted me diga que es lo que pasa!

—Hará usted lo que se le mande —repuso Gold con tono seco—. Tiene que comprender que personalmente usted no es nada importante.

Enni, mordiéndose los labios, sacudió la cabeza, mas como desaliento que por negativa.

—Muy bien— dijo Gold con pesadez y oprimió una manecilla en su escritorio.

Una puerta corriose a un lado enfrente a aquella por la que habia entrado Enni y mas hombres, también vestidos de blanco, entraron en silencio. Avanzaron hacia Enni.

La muchacha gritó.

No tardó en descubrir que los relatos que los mayores hacían acerca de la Tierra eran una mera fracción de la verdad. Con hipnóticos y drogas sugestionantes, le abrieron la mente, se posesionaron de ella, la sacaron, arrebatándola los recuerdos más íntimos. Registraron sus palabras y sus gritos y los reprodujeron hasta que no hubo rincón de su cerebro al que pudiera huir para encontrar siquiera un instante de intimidad.

Pareció seguir todo así durante largo tiempo. Es más, parecía que duraría siempre.

La casa de Falconetta, literalmente, estaba construida al borde del Océano Indico. En la marea alta, el mar fluía por encima del techo transparente de la sala principal. Ahora la marea alta y Falconetta y Ram Singh esperaban tensos en la verdosa luminiscencia. Apenas hablaban. De vez en cuando traicionaban su impaciencia con gestos.

Cuando por fin sonó la alarma del transfax, se sobresaltaron a su pesar.

Falconetta se puso en pie de un salto y fue a abrir la disimulada puerta de la cabina. Siempre escondían las unidades del transfax; era preciso. Los extraños, de otro modo, habrían hecho preguntas embarazosas.

Counce salió de la cabina, entrando en la habitación y respondió a la pregunta no formulada con un asentimiento.

—La tiene ya aquí. Y probablemente se habrán puesto manos a la obra. Ahora tenemos que calcular cuánto tiempo hemos de dejársela en sus manos.

—El mínimo de tiempo posible —dijo Falconetta con firmeza.

—Pero lo bastante como para convencerle que ha sacado cuanto podía de la mente de la muchacha —corrigió Ram.

Counce se encogió de hombros.

—Dos semanas será insuficientes. Después de eso, cuando Bassett descubra que no tiene lo que quería aún, puede sentirse desesperado y lesionar de manera permanente el cerebro de la chica. Y si dejáramos que pasara tal cosa, nunca nos lo perdonaríamos.

—¿Has decidido la forma en que rescatarla? —preguntó Falconetta.

—La atraparemos, simplemente. Por transfax

—¿Y demostraremos de manera evidente que hemos participado en eso? —objetó Ram—. Después de todo, Bassett reconocería que se había utilizado un transmisor de materia.

—Eso *es* bueno por completo. Cuando Bassett comprenda que estamos en una posición tan fuerte que le podemos dar información que él piensa que le bastaría, y descubra que le hemos dejado que se diera de cabeza contra una pared de ladrillos, construida por nosotros con este fin, es lo más probable que se entregue a una furia loca y ciega.

Ram dudaba.

—Parece lógico —admitió—. Muy bien, podemos probar. Después de todo, haremos los máximos esfuerzos y los estamos haciendo.

—Me sentiria infernalmente más confiado si «no» estuviéramos ya haciendo cuanto podemos— espetó Counce.

Se dejó caer en un relajador que estaba junto a él y se pasó la mano por los ojos como si quisiera apartar de sí todo el cansancio.

—Odió este chantaje —dijo—. Así se llama, ya lo sabeis. Es un chantaje mezclado con algo avieso y traicionero. Sin embargo, eso es cuanto hemos conseguido.

—Creoo que podrías, dignificar «nuestra» contribución cón un nombre mejor —dijo Ram con suavidad—. ¿Has tenido oportunidad de ver el espectáculo de Falconetta últimamente?

—No, pero espero verlo, como siérnpre, media población terrestre canturrea las melodías. ¿Qué estáis haciendo?

—Unas series sobre la intolerancia en la historia del pre-espacio en Tierra. Hay un fundido en gris para el período presente. Contrastamos tales asuntos como la situación separtista en Africa y la persecución de los aborígenes australianos con las ventajas de la cooperación. Llegaremos al

climax con un programa hipotético referente al contacto con seres inteligentes extrahumanos.

—Eso parece valioso —Counce desplegó un súbito interés.

—Porque vale la pena —calificó cinicamente Falconetta—. Tenemos la mayor cantidad de público en la Tierra, pero sólo tenemos una hora a la semana el resto del tiempo el público se ve allirnentado por las paparruchas de siempre.

Maldito sea, Saïd, algunas veces pienso que podríamos entregar al pueblo el trabsfax y que ellos se lo colocaran en un rincón con una funda para el polvo y volvieran a enterrar sus cabezas. ¿Corno diablos van a conseguir que la

gente esté preparada para convivir con seres extraños inteligentes si todavía no están en condiciones de suprimir la antipatía contra los seres humanos que nacieron bajo diferentes soles?

—Estamos tratando —dijo cansado CounceLo estamos tratando de conseguir.

—Pero el riesgo subsiste —señaló Ram—, que incluso si tuviéramos éxito en hacer que nuestra raza fuera apta para convivir con los Otros, que *los* Otros no estén en condiciones de convivir con nosotros.

También habían planes para solucionar aquello; pensaron en silencio acerca de los resultados de entregar bombas de fusión mediante el transfax a cada ciudad importante de los Otros.

La alarma del transfax interrumpió la pausa. Conuce abrió la cabina y encontró una sola hoja de papel en el suelo. La examinó inexpresivo.

—¿Os acordáis que disentíamos acerca de las cosas más desastrosas que podrían ocurrirnos? —preguntó al fin Ram, ¿recuerdas lo que dijiste?

El anciano asintió, crispando las manos para ocultar *y* reprimir su temblor.

—Bueno, ha ocurrido. Es de Wu, en Regis. Han detectado una nave extraña. Y se dirige hacia Ymir. No han tenido noticias de Jaroslav, pero no hay lugar a dudas.

—Hemos sido descubiertos y todo el trabajo cuidadoso que hemos estado haciendo para prepararnos para el acontecimiento, aun no está concluido.

Sonaba como si estuviese pronunciando el epitafio para la humanidad. Sintió que posiblemente lo era.

XI

El rumbo era un verdadero continuo geodésico, una línea recta en el sentido de ser la actual distancia más corta entre dos puntos, y eso era de por sí sospechoso. Porque implicaba que la tripulación de la nave sabía lo que iba a encontrar.

De ordinario, un largo viaje de exploración tomaba la forma de una serie de zig-zags, de sistema a sistema; éste había pasado de largo por una docena de estrellas ostensiblemente interesantes, apuntando directo en dirección al sol de Ymir.

Los otros sabían algo.

A causa del lapso de tiempo comprendido en la propagación del revelador «despertar» de una nave hiperfotónica, los vigilantes de Regís no sabían lo que pasaba hasta que la nave extraña había ya casi llegado a Ymir. Pasó unos cuantos días en la vecindad, por un conveniente milagro, en un tiempo en el que ningún navío espacial de construcción humana podría llegar. Había entonces una desnuda oportunidad de que los Otros pudieran tener la impresión de que se habían aventurado a cruzar por entre una forma de vida insignificante en vez de una colonia instalada desde algún lugar. Sí, sin embargo, habían estado efectuando; observaciones desde una proximidad relativa durante su breve estancia en Regis, tendría que desecharse tal posibilidad. No valía la pena contar con ella.

Gustara o no, ellos tenían que reconocer que la ventaja de la raza humana sobre los Otros —el saber la existencia de sus competidores— había quedado anulada.

La noticia fue transmitida por Katya Ivanovna, de servicio en la siempre vigilante sala de detección, en donde por turnos cada individuo en Regis calculaba, identificaba y marcaba el rumbo de las naves en el espacio, tanto humanas como extrañas. Katya era más rápida que la mayoría del grupo en reducir a un sistema lineal el cúmulo de vibraciones del cosmos, de manera que después se pudiera representar tridimensionalmente en un gráfico. Esta vez, desperdició la pequeña ventaja en comprobar sus cálculos esperando contra toda esperanza hallarlos equivocados.

Pero las cifras que entregó a Wu no dejaban lugar a dudas.

Durante largo tiempo el director de la expedición permaneció sentado en silencio tras su escritorio, contemplando los símbolos limpiamente manuscritos que tenia delante. Por último echó atrás su sillón y se puso de pie.

—Bueno, ya estamos cuesta abajo ahora —dijo—. Así que por cuanto puedo prever de momento, nada nos es posible hacer. Pero rebuscaremos en el barril cuantas ideas sea posible hallar por si acaso. Pasa esta noticia a «todo el mundo». Diles que dejen cuanto estén haciendo y que vengan aquí en seguida. Quizás a alguien se le ocurra algo.

—¿Y si no?— la voz de Katya sonaba como si ya conociera la

respuesta; Wu se la dio no obstante.

—Entonces creo que tendremos que volarlos en pedazos.

Cruzó la habitación hasta el panel maestro de divulgación pública y apoyó pesadamente, su pulgar sobre el interruptor que lo ponía en marcha.

—Que todo el mundo deje cuanto esté haciendo y venga a la plaza. Parece ser que los Otros han descubierto Ymir. Sea como sea hemos de descubrir un modo de salir de esto.

Era un grupo desanimado el que se reunió en la apelmazada arena de la plaza. La Base Principal de Regis estaba formada por una irregular masa de cabañas rodeando el Transfax de gran potencia que era capaz de manejar prácticamente cualquier masa o tamaño que se necesitara trasladar. Habían elegido aquel lugar como base porque allí nunca llovía, muy rara vez las nubes interferían la visión local. La elección tenía sus inconvenientes; uno de ellos era que el calor a mediodía era a veces insoportable. La gente sudaba y parpadeaba los ojos mientras esperaban que Wu subiera a la plataforma del Transfax y se les dirigiera.

Tristemente, Anty Dreean contempló como la compacta figura subía al estrado, se erguía y miraba en su torno. ¿Qué diablos podría hacerse? Ellos puede que se limitaran a meter baza y volverse a su casa… si es que vivían en casas. Una vez que se aceptaba la responsabilidad del conocimiento que guardaba el grupo, sin embargo, dicho grupo se convertía en la familia de uno. Era necesario. De otro modo los riesgos serían demasiado grandes.

Ahora Wu tomaba un amplificador manual y empezaba a hablar.

—Hemos detectado el «despertar» de una nave extraña —dijo con claridad—. En apariencia procede de una de las bases locales de los Otros al sistema ymirano. Pasa un poco de tiempo explorando en los alrededores. Ahora vuelve directamente por el mismo camino que vino. No hay lugar a dudas de que hemos sido descubiertos; por lo que sabemos de las preferencias de los Otros con respecto al clima y atmósfera, ellos habrán decidido automáticamente que representarnos un rival serio para sus ambiciones. Ymir siempre ha sido una amenaza mayor en dos respectos: primero, su proximidad mayor que todos los mundos habitados por humanos, excepto Regis, a la esfera de actividad de los Otros; segundo, es el único mundo habitado por humanos que los Otros considerarían cómodo para ocuparlo.

»Hasta ahora, presumiblemente, ninguno de los extraños excepto, los que van a bordo del navío de exploración, se ha dado cuenta de nuestra existencia. He visto las cifras del rumbo de la nave. Está ahora a un día de distancia de Ymir y a seis o siete de su base. Pasará lo más cerca de Regís dentro de un par de días y cuarto de ahora. Podemos enviarles por transtax una bomba a esa distancia y destruir la nave y cuanto conocimiento transporta.

»Solo que el hecho de que fuera directamente a Ymir desde su base sugiere que los Otros han deducido la existencia de un planeta conveniente para su raza en ese sistema solar. Si su nave desaparece simplemente sin dejar

rastro, enviarán otra; si la pierden también, ellos son probablemente lo suficiente iguales a nosotros en cuanto a la forma de pensar para sospechar una interferencia deliberada. Este problema presenta el enigma más duro que puedo recordar. Nos quedan menos de dos días para resolverlo de alguna otra manera que la de destruir la nave. ¿Alguien puede sugerir algo?

Miró a todos y cada uno de los reunidos. Vio solo miradas cansadas, inexpresivas, expresiones preocupadas. La tristeza era tangible, casi. Todo el mundo reflexionaba que las miras dadas a sus vidas estaban ahora en un inmediato peligro de ser aniquiladas.

Anty Dreean se sentía quizás el más triste de todos. Todavía no se había acostumbrado a ver como sus animosas intenciones de fundador de algo tropezaban con un obstáculo de dureza invencible. Como cualquier otro reclutado en el vasto plan —el plan de asegurar que el hombre y los no humanos deberían establecer un contacto beneficioso en vez de competir mutuamente— había renunciado a toda otra mira idealista y personal. El fracaso no era un simple fracaso: era un desastre definitivo.

Wu volvía a hablar:

—No, tenemos que ofrecer una solución Completa. Primero, es necesaria una pausa de respiro. Sabéis que estamos a la vista del éxito si tuviéramos el tiempo solo que necesitamos para llegar hasta él. Saïd Counce está logrando maravillas en sus intentos de influenciar a Bassett; Jaroslav Dubin está colocando los cimientos para impulsar nuestros planes sobre Ymir. Si podemos evitar el contacto durante unos cuantos años más, podremos sentirnos capaces de arriesgar algo. Por el momento no nos atrevemos. A menos que alguien pueda sugerir un medio de ganar tiempo, nos veremos obligados a sacrificar por entero todas nuestras esperanzas.

—Para su propio y completo asombro, Anty Dreean halló que tenía una idea, Miró de soslayo a sus vecinos; los rostros eran tan inexpresivos como antes. Miró mas allá teniendo miedo de hablar por si alguien se le adelantaba con un plan mejor. Nadie dijo nada y Wu se encogió de hombros y comenzó a bajarse de la plataforma.

—¡Doctor Wu! Exclamó Anty—. Aguarde un momentito tan solo por favor.

Wu se detuvo y miró al que le hablaba.

—Dime, Anty— dijo. Pero sus palabras no sonaban esperanzadas.

—Ya sabe que no tenemos que destruir esa nave —empezó Anty, y la gente de toda la plaza clavó sus ojos en él.

Dándose cuenta de que era el centro de la atención general, prosiguió:

—Pero podríamos…raptarlo, ¿verdad? Y falsificar las cosas como para hacer creer que la tripulación pescó alguna enfermedad peligrosa en el planeta que han visitado, ¿no? después de todo la gente en su base no sabe que ellos no han llegado a desembarcar en Ymir.

Wu asintió lenta y pensativamente.

—Anty, eso podría hacerse. Alguien me tendrá que proporcionar la

cantidad de energía necesaria.

—¡Fantástico!— saltó alguien anónimo desde cerca de la plataforma del transfax—. ¿Queréis decir, alargar la mano hasta unos ocho parsecs?, ¿y coger a un enorme navío en pleno vuelo y traérnoslo limpiamente a Regis? ¡Se necesitarían de diez mil ergios por gramo, o cosa por el estilo! ¡Ridículo!

—No del todo— le contradijo otro asistente—. Lo que tenemos que hacer es servirnos nosotros mismos unos cuantos metros cúbicos, un centenar de ellos, de plasma en bruto sacado del sol local, embotellarlo en un campo de fuerza y utilizarlo como fuente de energía.

—¿Es eso posible y práctico?— Wu miró al que acababa de hablar.

—No. Pero podría hacerse si fuera preciso— respondió el hombre con algo de cinismo.

Las ideas burbujeaban ahora como el agua de un manantial termal que irrumpiera por entre las rocas; se iniciaron discusiones en una docena de puntos de la plaza acerca de lo factible de la idea. Reglas de cálculo y calculadores portátiles se aplicaron al instante para resolver las cuestiones matemáticas que el asunto envolvía.

—Doctor Wu —clamó alguien en voz alta—. ¿Qué haríamos exactamente con la nave una vez la capturásemos?

La misma pregunta debía haber estado latente en centenares de mentes porque hubo un coro de asentimiento.

—¿Anty? —dijo Wu mirando hacia abajo—.¿Podrías ampliarnos ese punto.

—Pensé que podríamos traer a la nave cerca del polo, en donde los Otros aterrizaron con anterioridad. Luego haríamos salir a la tripulación y haríamos duplicados no vivientes de cada uno de ellos y los llenaríamos de algún cultivo mutado de cualquier microorganismo nativo de Ymir.

—¿Se podría efectuar a tiempo? —objetó otra vez y un coro de bioquímicos le aseguró que por su parte haría cuanto estuviera en sus manos.

—¡Eso es estupendo y grande! Significa que después tendríamos que volver a colocar a la nave en su rumbo original, con su carga de falsos cadáveres,— repuso la misma voz; y los técnicos que habían estado calculando afanosos las necesidades de energía requerida, doblaron sus cálculos originales y fruncieron el ceño al ver el resultado.

—¡Está bien! ¡Está bien!— gritó Wu con su amplificador manual; el silencio cayó como una noche tropical—. Tendremos que mirar esto con detalle. Dispersaos y pensad en ello. Nada más que la nave se ponga a tiro, tenemos que capturarla y traerla a Regis. Tendremos que tratar con la tripulación antes de que la nave salga teóricamente de nuestro alcance, para que luego Podamos devolverla y aparentar que no ha sido, interferida. ¡Tenéis una hora para decirme si puede hacerse o no!

El grupo se dispersó con rapidez, dejando a Anty Dreean de pie bastante estúpidamente solo a veinte pasos de la plataforma del transfax; Wu dejó a un lado su amplificador portátil, y miró al joven de arriba abajo.

—Gracias Anty —dijo en una voz que apenas pudo franquear la distancia—. Creo que lo has resuelto.

Anty ;trató de aparecer modesto. Se sentía abrumado por completo.

—Si el trabajo puede realizarse —continuó Wu—, ¿te das cuenta, verdad, de lo que significará?

—Un respiro —contestó turbado Anty.

—Me refiero, a ti. —Wu estaba midiendo sus palabras—. Significa que tendremos realmente que empezarnos a fijar en ti, Anty. Me parece que tienes lo que posee Saïd Counce, el talento que necesitamos con tanta desesperación. La habilidad para hacer frente a un problema con la cabeza de manera que pierda toda su dificultad. Eso no es un talento consciente. Es un Simple don. Pensé que sería mejor avisarte. Porque si tú «tienes» el don, tu vida será un infierno de ahora en adelante, con la gente acosándote noche y día para que les des las respuestas que por sí mismos no pueden conseguir. Será mejor tener una conversación con Saïd, jovencito, y dejarle que él mismo te prevenga.

Bajó de la plataforma y Caminó hasta Anty.

—Conseguirás los trabajos más sucios de todos,

Anty. Mi única esperanza es que te guste hacerlos.

La seriedad del director puso incómodo a Anty.

—Bueno, no sabemos si dará resultado o no— dijo—. ¿Qué podemos hacer para averiguarlo?

Todo el mundo parece estar laborando en «algo».

—Ve y mete las narices en ello— repuso Wu—. Así lo pienso. Descubre por qué la gente piensa que no podrá dar resultados y diles por que sí lo dará.

¡Maldición, se trata de tu plan! ¡Tú lo «harás» triunfar.

XII

Un poco tímidamente, Anty obedeció. Wu, con un gesto de cabeza de despedida, más quizá de comunicación que de orden, le dio la espalda y se alejó cruzando la plaza hacia su propio despacho. Al azar, Anty miró en su torno como buscando por dónde empezar; eligió una cabaña que resultó ser una especie de babel, de gritos y cálculos.

—¡Anty! —gritó alguien cuando abrió la puerta—. ¿Está ahora completa la lista de energía necesaria?

Le metieron bajo las narices un papel; lo tomó y trató de organizar sus desbocados pensamientos lo bastante como para responder a la pregunta.

—Nosotros, vosotros no habéis tenido en cuenta la necesidad de duplicar la tripulación no humana —se aventuró a decir— ¿Y no tendremos que mantener funcionando continuamente nuestro transfax para traer material desde fuera del mundo?

El que había compilado la lista se la arrebató.

—No es necesario que te preocupes por eso; mantendremos el nuestro a la espera y utilizaremos la energía asequible en el extremo de entrega para hacer pasar el material. Pero, maldición, tienes razón en lo tocante al asunto de la duplicación. ¿Alguien tiene idea de la masa que posee uno de esos Otros?

—Será mejor calcularles cien kilos —sugirió una chica que estaba operando en un computador manual, sin interrumpir el juego de sus dedos sobre el teclado.

—Sí, ¿pero cuántas veces más? Maldita sea, calcularemos unos veinte. Si hay más tripulantes, dejaremos a su imaginación que los que faltan murieron y fueron enterrados en Ymir.

¿Cuál es el peso molecular medio de su protoplasma? —añadió, tratando de ajustar una regla de cálculo y hablar al mismo tiempo.

—Los biólogos lo sabrán —respondió la chica.

—Voy hacia allí —ofreció Anty—. Les haré venir con los datos.

Los bioquímicos estaban apiñados sobre un montón de diagramas celulares; sobre una gran pizarra mural alguien había ya trazado el esquema de una mutación de cierto microorganismo ymirano que podía convincentemente infectar a los Otros.

—¡Anty! —exclamó uno de ellos al abrirse la puerta—. ¿Cómo diablos vamos a conseguir una muestra de tamaño decente de los gérmenes ymiranos? No hay cultivos de plantas en Ymir.

—Bueno... —balbuceó Anty—. ¿No podría portar, Jaroslav en sus propias mucosas ningún genero adaptable cuando vino aquí?

—¡Anty! eres un genio —replicó su interlocutor—. Si pueden adaptarse a un medio ambiente más cálido del ser humano, y sabemos que sí pueden adaptarse, esos son los que necesitamos para trabajar. ¿Va a venir Jaroslav?

—Si no lo hace será el único —replicó alguien distraídamente.

—La sección técnica necesita saber cuál es el peso medio molecular del protoplasma de los Otros —dijo Anty; La observación dio origen a un mortal silencio que duró quince segundos..

—«¿Peso medio?» —repitió como un eco un hombre cuyas manos estaban delicadamente conformando un cromosomas de estructura análoga con una rara masa de plástico—. Ellos son los brujos de las matemáticas; les enviaremos el total y les diremos que ellos mismos se saquen el promedio.

—Creo que eso bastará —asintió Anty.

En la sección de logística en cuanto se abrió la puerta para franquear la entrada a Anty, no menos de tres personas reclamaron que les atendiese. La resolución del problema logístico sería la más dura de todas; era inútil ser capaces de manipular todas las partes individuales del trabajo a menos que se las pudiese manejar simultáneamente y en el orden adecuado.

—¿Qué es todo esto?

—Mira, no puedes espera que...

—No hay la menor esperanza de...

Turbado ante su aparente torpeza, Anty explicó con paciencia de qué se trataba el asunto, lo que esperaba de ello y que no sólo había esperanza sino certeza. Dejó la cabaña con un leve sentimiento de confusión. Ahora que tenía oportunidad de pensar:—en los detalles, estaba más y más convencido de que su inspiración era factible. Si pudiera demoler todas las objeciones tan fácilmente como aquellas tres últimas, no habría duda de que todo saldría a la perfección.

Solo que de nuevo volvió al punto crucial. Fue a la sala de detección para revisarlo.

Katya Ivanovna estaba sola en medio de las relucientes luces de señales, los diales temblorosos, los aparatos que zumbaban débilmente.

No alzó la vista cuando entro Anty en silencio, pero le saludó con una voz suave.

—Aguarda un momento, Anty. Acabo de establecer este límite más allá de toda · cuestión.

Obediente, Anty permaneció en silencio cerca de la puerta, mirando al equipo, preguntándose qué les iba a decir. Katya trabajó con sus cálculos respirando con fuerza, murmurando en ocasiones por lo bajo alguna maldición, como si algo no pareciese ser favorable. Por fin suspiró y se arrellanó en su sillón.

—Podemos hacerlo, Anty —dijo—. Podemos hacerlo en realidad. Los peritos en energía acaban de darme sus cálculos hace cinco minutos y he estado ahora leyendo los diales. Nos es posible tomar esa nave dentro de veinticuatro horas y podremos conservarla durante un día y medio como máximo antes de tener que devolverla a donde estaba. Siempre y cuando, claro, nada vaya mal.

Reunió unos cuantos papeles y dio vuelta en su sillón para mirarle.

—¡Felicidades!

Anty eludió su mirada.

—No creo haber hecho gran cosa —musitó

Dándose perfecta cuenta de su falta de experiencia y de su exceso de juventud.

—¿No mucho, eh? Veremos. No te preocupes si te parece que la cabeza se te convierte en un bombo al vernos trabajar en tu brillante plan. Será impresionante —ella miró su reloj—. ¿Y si salimos a la plaza? Creo que va a empezar la función.

—¿Ya? —exclamó Anty asombrado—. ¡Pero solo acabas de terminar tus cálculos!

Katya sonrió.

—¿No pensarás que Wu va a dejar que una cosa tan poco importante como que sea factible el asunto se le interponga en el camino? Hace más de media hora que estamos ordenando a la gente que venga aquí

Por las ventanas de la choza, el resplandor exterior de súbito redobló su intensidad.

—Ahí va el transfax— dijo Katya—. Gafas oscuras joven, rápido o nos perderemos el principio.

Fue espectacular, no meramente impresionante. Los tres agentes del mundo natal de Wu, K'ung-fu-tse, fueron los primeros en llegar. Vinieron directamente en cohetes a través del campo del transfax, cohetes Que rugieron hasta colocarse verticales, describir un circulo y disponerse a aterrizar cuando llegó la segunda remesa.

—¡Verity! —llamó Katya a una mujer de pelo blanco sentada a horcajadas en una especie de monstruoso caballo mecánico, que sacaba a remolque a un vehículo con equipo eléctrico apartándolo del campo del transfax—. ¿Qué diablos, tienes ahí?

—Me traje un aparato de radioemisor del diseño más nuevo —respondió Verity animosa—. Pensé que podría sernos útil.

Al ver a Anty hizo un gesto frenético de saludo y cruzó la plaza con su enorme vehículo.

Después de aquello la gente y el equipo parecieron llegar en cantidades iguales. Counce vino de la Tierra sin traer nada más que su sin igual experiencia. Luego de Shiva, después de Zeus, más tarde de Nuevo Perú, luego, más gente de la Tierra.

Al contemplarlo todo Anty experimentó un esealofrío de aprension. Esta era la, organización a la que pertenecia, a la que habia consagrado su vida. Una organización dedicada a un sueño y a una vision… sin reglas, excepto el deseo de servir a sus semejantes humanos.

Como un ejercito preparandose para el combate, se estaban reuniendo alli desde cada mundo ocupado por la humanidad, pero en especial de la Tierra, el planeta madre. Los de los mundos mas frios se detenian tan solo para despojarse de sus ropas de abrigo mientras salian del Transfax y entraban

en el calor fulgurante de Regis: los de climas tropicales no perdian mucho tiempo en ponerse a trabajar.

Primero las unidades de transfax—una para tomar del sol el plasma en crudo; otra porque la primera quedaría totalmente destruida por el fantástico calor para llevar a traves de los parsecs y raptar aa nave extraña.

Aquella última fue enviada a las regiones polares. Parecía que apenas se había perdido de vista antes de que uno de los cohetes de K´ung-fu-tse hubiese partido con dificultades por causa del pesado rollo de cable de energía instalado debajo de sus aletas y que se desenrollaba como una sierpe a través del panorama. Un segundo cohete le siguió. Habría bastante para transportar el increíble fluir de la energía durante los pocos pero vitales segundos.

Hombres y mujeres se habían provisto de trajes espaciales; ahora el transfax principal estaba temporalmente retirado del servicio de importación y se utilizaba para enviar un duplicado de si mismo, una tripulación de montaje y la completa unidad radioemisora que Verity había traído de Boreas, a. una órbita por encima de las cabezas. Cuando tomaran el plasma del sol, tendrían que utilizar el vacío del espacio como aislante, extraer la energía en el mismo lugar e irradiarla al suelo en forma de grueso rayo.

Los cables conductores se extendían por toda la base, como los hilos de una araña enloquecida; andamios prefabricados apuntaban hacia el cielo, soportando las partes auxiliares de los montajes de Centrales de energía, Pero aún pasaba más de lo que quedaba a la vista. En una de las cabañas, Jaroslav se veía desprovisto de una colonia de involuntarios compañeros de viaje, gérmenes nativos de Ymir, que eran colocados en bandeja de cultivo y utilizados como base para crear la «enfermedad» artificial que los Otros llevarían consigo a su patria. Lejos, hacia el norte, un equipo de hombres y mujeres sudaban como esclavos para preparar el transfax para recibir a la nave.

El sol se puso; volvió a salir. Todo parecía aun lleno de frenética actividad, pero había orden donde antes hubo caos. Los técnicos estaban efectuando ahora pruebas preliminares; había tiempo para dar un bocado y beberse un vaso de agua. Con los ojos enrojecidos de fatiga, Anty Dreean caminó despacio en medio de todo, preguntándose si su inspiración se convertiría en realidad.

—¡Anty! —llamó una voz familiar y se volvió para ver a Counce llamándole con un gesto. Con algo de timidez, porque Counce era un gran hombre. Anty devolvió el saludo.

——Bien —dijo escuetamente Counce, y con un gesto abarcó toda la escena. No era necesario decir más: Anty siguió su camino sintiéndose como si hubiera recibido un diploma por su saber.

Un grupito salía del despacho de Wu: Wu en persona, Katya, una mujer tan bella que solo podía ser Falconetta y un anciano de cabello blanco. Katya llamó a Anty, que se apresuró a acercárseles. Estaban enzarzados en una frenética discusión.

—De manera que eres Anty Dreean —dijo la hermosa mujer, dedicándole una sonrisa que despertó en su pecho todos los ardores de una susceptible juventud—. Tuviste una idea estupenda, pero parece ser que pasó por alto una cosa. ¿Qué vamos a hacer con los seres extraños una vez que los hayamos hecho salir de su nave? ¿Dejarles con sus propios enseres?

—Oh…—exclamó Anty, pero Katya interrumpió.

—¡Eso no está bien por tu parte, Falconetta! No te preocupes Anty. Ya lo tendremos en cuenta. Te presento a Ram Singh, uno de nuestros psicólogos más grandes… el hombre que por sí solo está reeducando a las gentes de la Tierra.

—Tratando de educarles —rió el anciano— y hallándolo difícil. Lo que debemos hacer, Anty, es convencer a los Otros de que no tenemos intención de hacerles daño alguno. Eso requerirá actuar… y comunicarnos mediante símbolos. Soy productor de emisiones de televisión y sé bastante acerca de los medios de comunicación. Así que ya veremos lo que puede hacerse. Primero, sin embargo, tendremos que traer a Regis a esos Otros y eso es la parte más importante.

Miró a Wu, quien asintió.

—Y eso es, precisamente, lo que estamos ya a punto de hacer —dijo.

Un técnico dio un repaso final al receptor del rayo de energía y asintió satisfecho. El transfax quedó inactivo; cada hombre y cada mujer empezó a retirarse a su puesto asignado.

Empuñando su amplificador manual, Wu subió a la plataforma del transfax *y* paseó la vista por la escena. Todos cuantos miraba le hacían la señal de estar dispuestos. Se pasó la lengua por los labios. Anty sintió una contracción en su estómago. ¿Ahora?

—¡«Ahora»! —dijo Wu y su voz atronó por el amplificador. Durante un instante eterno nada pasó; luego Anty notó que le rozaban el brazo. Era Falconetta.

—¡Mira allá arriba! —dijo ella señalando hacia lo alto.

Anty miró.

Por encima de las cabezas, tan brillante que destacaba en el cielo azul como una estrella nueva, se veía un punto de luz: luz solar, arrancada del astro por los hombres para servirse de ella en aquella hora de necesidad desesperada.

III

Toda la gigantesca tarea, que había ocupado a. tantas personas durante muchas horas en Su planeamiento, duró menos que una fracción de segundo.

Primero, robaron el plasma del sol; el transfax que lo transportó se puso a hervir al instante hasta evaporarse, o mejor reducirse a unos gases Insignificantes y contaminados. Estaban preparados para tratar al plasma dentro de bandas Invulnerables de fuerza magnética, siendo una especie de pequeña estrella de la que podrían sacar la energía que necesitaban.

Esta energía la enviaron en forma de rayo al suelo de una manera tan condensada y fina que incluso el aire que atravesó apenas sirvió para disminuir su intensidad. Un receptor soportó el choque solo durante unos momentos, alimentando de energía a los cables que habían puesto a velocidad de cohete en torno a la Superficie del planeta. El esqueleto metálico del receptor se puso rojo, quemando como si fuese incandescente, molestando a las retinas de los que contemplaban la operación y despertando en ellas unas siluetas como falsas imágenes.

Los cables se recalentaron también, zumbando a través del horizonte como un tren irrefrenable o una mecha de pólvora encendida con una cerilla. El humo aceitoso y negro del aislamiento se alzó perezosamente en alas del viento ligero luego que hubo pasado la corriente.

Y en la fría noche ártica, un grupo de personas silenciosas vio cómo se materializaba ante sus ojos una nave que no había sido construida por manos humanas.

No habían calculado con exactitud precisa; la base del navío era demasiado grande y en lugar de caer para descansar en la cuna preparada, se derrumbó sobre la plataforma del transfax y la convirtió en ridículos fragmentos. Tendrían otra preparada para cuando tuviesen que devolver el navío. Nadie tuvo tiempo de preocuparse de puntos tan insignificantes como este; lo principal, lo único interesante, era que aquel juego increíble había resultado.

Durante un momento largo no se produjo ninguna reacción: luego la tensión se diluyó en júbilo y se, pusieron a aplaudir y a palmearse en la espalda unos a otros, riendo con alivio. Alguien se acordó de comunicarse con radio con la Base Principal para dar las buenas noticias y avisarles de que el receptor de Transfax estaba destrozado.

Cuando Wu recibió el mensaje, bajó desde la plataforma y dirigió a Anty una mirada pensativa.

—Bueno, te lo advertí —dijo—. Hasta, ahora ha ido todo perfectamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Falconetta, y Wu muy serio repitió el aviso que anteriormente dio a Anty.

—No creo que Saïd encuentre poco aceptable su trabajo —comentó

Falconetta—. Pero se lo preguntaré. Anty, ¿hay algún modo de llegar al norte ahora que se ha estropeado su transfax?

—Lo miraré —contestó Anty agradecido, volviendo de manera automática a su papel acostumbrado de recluta y chico de los recados.

Cuando se fue de prisa, Ram Sing alzó una blanca y fina ceja mirando a su compañera.

—Has tenido un motivo para eso —dijo—. Sabes perfectamente bien que funcione o no el transfax de la base polar podemos todavía ser enviados hasta allí con un poco de energía extra. Si Anty hubiese meditado un segundo, él mismo se hubiera dado cuenta del hecho.

Falconetta no respondió directamente; en vez de eso, miró a Wu.

—Es un chico estupendo este —dijo—. ¿Por qué te muestras poco amable con él? ¿Es que le tienes celos?

—¿Celos? Supongo que sí. Yo no he tratado de darle más que una limpia alabanza y prevenirle de los problemas que le esperan, sin embargo. Si es tan capaz como parece, él los averiguará por sí mismo.

Falconetta volvió sus ojos amarillo humo especulativamente hacia Anty.

—Me recuerdo mucho a mí misma, cuando era novata. Es un original, ¿verdad?

—Sí, ese es su propio nacimiento.

Anty regresó Y llamó cuando estaba todavía a una docena de pasos.

—Están calentando él transfax ahora para que los trasladen a base norte. Están sacando de los cobertizos ropas protectoras para nosotros; será mejor que vayamos a por ellas.

Pocos minutos mas tarde caminaban a través del suelo desnudo y congelado y vieron la nave extraña posada como una ballena embarrancada bajo las duras luces de los focos. Estaban a poca distancia del emplazamiento de la excavación que había revelado las huellas de los Otros durante su primera visita a Regis y Anty se encontró comparando las circunstancias de la llegada de los dos navíos. ¿Cuál sería la reacción de las mentes inhumanas dentro de aquel casco enigmático y casi sin características especiales? ¿Qué estarían pensando? ¿Tendrían alguna idea de dónde estaban? Quizás podrían decir según las constelaciones, dónde se hallaban, si la primera nave que aterrizó allí había hecho un registro del aspecto del firmamento y se lo había comunicado a ellos.

Esperaron mientras Wu circundó el perímetro de la nave. Una batería de focos iluminó cada lado del artefacto, concentrándose en la apenas visible línea que revelaba la existencia de las escotillas. La nave en si no era muy distinta a un navío humano; después de todo, estaba construida basándose en las mismas leyes físicas, impulsada por módulos similares, tenía que haber alguna identidad. Sin embargo había una diferencia y Anty encontró que su corazón latía con un ritmo más vivo que el que tuvo cuando excavó y encontró el tubo de rayos catódicos de construcción extrahumana en aquel

suelo congelado.

Ahora, al fin, el momento tan esperado de contacto entre las razas estaba al alcance de la mano y gracias a su propia idea, era el hombre quien dictaría sus condiciones. Teóricamente, ahora cuando habían dedicado tantísimo trabajo a la causa en que creían —que el hombre y los seres extrahumanos deberían venir en paz— se llegaba a este punto en que no se atrevían a dejar que los seres no humanos actuasen según su propia voluntad.

Ram y Falconetta estaban discutiendo en voz baja su proyecto de demostrar sus pacificas intenciones a los Otros. Anty quería con desesperación oírles, pero respetó su evidentemente deliberado conversar en voz baja.

Satisfecho, Wu regresó de su vuelta.

—¿Bueno? —preguntó dirigiéndose a Ram—. ¿Os habéis decidido ya?

El anciano inclinó su blanca cabeza.

—Creo que sí —respondió—. Estamos de acuerdo en que será lo rnejor esperar cualquier acción de los extraños antes de hacer nosotros un movimiento. Requerirá algún tiempo ajustarse a lo que les ha ocurrido.

—Como queráis —adimitió Wu—. En ese caso, reduciré la vigilancia y daré a la gente. Oportunidad para que vuelva a la Base Principal y descanse.

Miró a Anty.

—¿Y tú qué? Debes de estar agotado ahora.

—Me parece que prefiero quedarrne para ver lo que ocurre —dijo Anty.

—Creo que se lo merece —intervino Falconetta, y Wu, tras dudar un instante, asintió y se alejó.

Pero nada ocurrió. Nada en absoluto.

Al correr las horas, los bioquímicos comenzaron

a preocuparse acerca de sus cultivos cuidadosamente preparados; los técnicos comenzaron a preguntarse si tendrían bastante tiempo para duplicar a la tripulación y y colocar los muñecos a bordo de la nave, los hombres y las mujeres de la sección logística se interesaron sobre la manera de conseguir sacar los suministros extraños de la nave para provisionar a los verdaderos miembros de la tripulación mientras se quedasen cautivos allí en Regis. Y Katya, en la cabaña del detector en la Base Principal, contempló y vigiló la línea que indicaba ·el limite dé su energía convergente para indicar el curso teórico de la nave.

Se transcurrieron seis horas.

Wu convocó una apresurada conferencia alrededor de un peñasco rocoso y Ram, Falconetta, Counce, Anty y dos o tres más permanecieron en pie temblorosos de frío mientras comentaron la situación.

—Entonces, tal como lo vemos —resumió Wu—, pudo haber ocurrido una de dos cosas. O la impresión de lo que ha ocurrido les ha asombrado a la tripulación hasta conducirlos a una completa inactividad, lo que me parece improbable… o algo les ha perjudicado, algo imprevisto como consecuencia de hacer caer a su nave a Regis. No nos atrevemos a estar más que a que

hagan un movimiento. Tendremos que tomar nosotros la iniciativa. ¿Qué haremos?

—Descubrirlo por inspección directa —dijo Anty con torpeza.

Ahora se sentía más confiado al hablar; de cualquier manera, puesto que su inspiración había dado resultado, encontró que los compañeros le miraban con un modo de respeto. y que en ellos ya no habia ni pizca de superioridad.

—Explícate —ordenó Wu.

Anty se encogió de hombros.

—Metamos a alguien dentro del navío por el transfax. Me gustará muchísimo ir yo mismo.

Los otros intercambiaron miradas.

—Parece que no hay otra alternativa —Admitió Counce.

Habló por todos; la decisión estaba tomada.

Con el corazón latiéndole con fuerza y la respiración formando estertores en su garganta, Anty habló a los ojos. Habían explorado el casco de la nave con detectores sonar buscando un espacio abierto con un compartimiento dentro.

Había uno cerca de la proa, que producía ecos consistentes parecidos a los de una zona de almacenaje parcialmente vacía, le dijeron que allí estaría él. Se había materializado a un pie sobre el suelo, para que tuviese aire suficiente en que moverse y no encontrarse a si mismo parcialmente embutido en un objeto sólido. Esa clase de errores originaba dificultades.

El golpe sordo al caer al suelo parecía llenar todo el universo; automáticamente Anty se agazapó en una esquina y esperó temeroso a que uno de los Otros la hubiese oído llegar. Permaneció petrificado durante largos minutos, estudiando cuanto le rodeaba mediante el rayo de una poderosa linterna.

Buena deducción; en realidad aquello era un almacén, sus paredes estaban cubiertas de estanterías y las estanterías llenas de recipientes planos y cuadrados apilados con orden. La Impresión del aterrizaje en Regis había destruido algunas de las pilas dejando caer al suelo los paquetes. Cuando se alzó de su escondite tuvo que caminar con cuidado para evitar pisarlos.

La puerta de la habitación se abría fácilmente una vez hubo resuelto el misterio de aquella extraña cerradura. La echó hacia atrás y las bisagras salieron sin hacer ruido y miró a ambos lados a lo largo del corredor que había más allá. Las lámparas extrañas eran más rojas que las usadas por los humanos; eso era bastante natural. Cocerían los mundos con soles rojizos.

Precavidamente se aventuró a salir por el pasillo y comenzó a andar de puntillas hacia la proa. El aire era perfectamente respirable, a los Otros les gustaba poco más o menos la misma concentración de oxigeno que a los seres humanos. Pero estaba frío y había en él vagos pero decididos olores que atacaron su pituitaria. Olores extraños. Pizcas de amoniaco: azufre y otros olores menos definibles.

A pocos metros delante había una intercepción.

Se aproximaba a ella con viveza cuando un ruido metálico le hizo volverse hacia atrás. A través de la intersección se apresuraba a salir uno de los macizos seres extraños, portando objetos indeterminados: él —o posiblemente ella— tenía tanta prisa que no divisó a Anty agazapado entre las sombras.

De modo que ellos no estaban ni en coma por causa de la impresión psicológica ni incapaces de acción por daño físico. ¿Qué, pues, clase de razón deberían tener para su absoluto silencio?

El súbito alivio de brillante, cruzado por sombras, azotó el pasillo de mano derecha según la dirección en que el extraño se había marchado, Al mismo tiempo, se notó una brisa fresca. Entonces es que ellos habían abierto una escotilla. ¡Por fin estaban saliendo!

Algo desencantado de no haber sido después de todo el primer ser humano que se enfrentase a un rostro extrahumano, al ver cómo tenían la cara los Otros. Anty se quedó donde estaba.

Una aguda detonación sonó. Otra. Luego hubo gritos infrahumanos, en voz baja y varios seres extraños más corrieron por la intersección. Esta vez Anty pudo ver qué eran las cosas que portaban. Se trataba de largos tubos montados sobre mangos o asideros, con filas de objetos cilíndricos de punta, roma ajustados a un lado.

¡Eran armas!

Comenzó a correr con un grito desesperado y llegó a la intersección. Mirando hacia las escotillas, vio., a los Otros apilados, forzándose a pasar junto a uno de sus compañeros que estaba apuntando hacia un blanco invisible. Disparó y emitió un gemido de triunfo.

Entonces, quizás atraídos por los movimientos de Anty, miró atrás. Antes de que Anty pudiese decir o hacer algo, el otro le había reconocido, y volvió su arma apuntando por el borde de la escotilla y disparó.

Hubo un amplio dolor en el pecho de Anty. Algo le hizo perder el equilibrio. Una terrible debilidad se apoderó de él.

Lo último que vio antes de que sus ojos se apagaran fue un resplandor, rojizo más allá de la escotilla y la última cosa que oyó fue el ruido de tres cohetes de K´ung-fu-tse que habían estado patrullando por encima mientras se lanzaban aullando contra la nave extraña.

Después de eso no volvió a saber nada.

XIV

—Simplemente no sabía que fuera posible sentirse tan deprimido —dijo con torpeza Wu.

Counce asintió y dirigió una mirada de irritación en torno al perímetro del emplazamiento. Era como un campo de batalla. «Fue» un campo de batalla.

Sucios, sudorosos, las manos cubiertas de barro, los dos hombres estaban en pie junto a una de las baterías de arcos luminosos que aún funcionaban. Los seres extraños habían logrado disparar contra cuatro de aquellas baterías pero las que estaban intactas, vueltas a colocar en otra dirección, servían para el trabajo que se estaba haciendo.

—No es exactamente un augurio prometedor para futuros contactos, ¿verdad? —dijo Counce—. ¿Sabe alguien lo que ha sido de Anty?

—Envié la nave para que trajeran su cuerpo —respondió Wu.

—Una verdadera lástima. No obstante, es de clase dura… no debiera haberle hecho daño permanente.

Counce hizo el gesto de secarse la cara con el dorso de la mano, vio la costra de suciedad seca en su piel y cambió de idea.

—¿Cuántas bajas nos causaron?

—Dieciocho muertos. Hay varios heridos graves… los médicos están decidiendo ahora si curarán o si será mejor rematarles y dejarles empezar de nuevo. Todavía no he logrado formarme una imagen coherente de lo que ha pasado.

—Desde donde estaba yo pareció todo claro —declaró Counce—. Abrieron sus escotillas simultáneamente y dispararon contra tantas luces como pudieron; luego un fusilero en cada escotilla cubrió a sus compañeros mientras éstos salían. Me parece como si su comandante les hubiera mandado vender caras sus vidas. Bueno, lo hicieron a la perfección.

—Daría mi mano derecha por saber por qué estaban tan seguros de que éramos hostiles —musitó Wu.

El grupo que había entrado en la nave extraña empezaba a regresar; pasaron el cuerpo de Anty por una escotilla y dos de ellos medio portaban, medio arrastraban utensilios de los seres extrahumanos y demás equipos que creían podría ser útil.

—Pobres bastardos —dijo Wu tras una pausa—. Me supo mal tener que hacer lo que les hicimos.

—Bueno, no podíamos quedarnos sentados y dejarles que nos matasen —repuso Counce—. Por el modo que ese grupo tuvo de comportarse, tengo la impresión de que son ligeramente poco de fiar. ¿Cuántos supervivientes han quedado de ellos?

—Sólo uno… un joven macho. Lo he hecho instalar en una tienda y están trabajando en sus heridas. He colocado a un par de peritos en

computadores con la misión de construir un conversor de lenguaje para él. Ahora ya deberán haber establecido las bases, si el coopera plenamente.

—¿Y qué piensas hacer con la nave?

—Volveremos a colocar a bordo los cadáveres, después de mutilarles un poco más; luego propongo meter un peñasco de Ymir mediante el transfax en la sala de máquinas y devolveremos la nave en su rumbo original. Dejémosles que se preocupen por todas esas cosas extrañas. No tenemos tiempo para preparar algo más elaborado.

Una voz le llamó mediante un amplificador manual desde el otro extremo del perímetro; se excusó y fue a ver qué es lo que pasaba. Counce permaneció solo y triste bajo las destellantes luces.

Aquella reunión no era un augurio feliz. Quizás se habían precipitado al asumir que los Otros estaban preparados para trabar conocimiento con la humanidad; según la reciente escaramuza, el hombre estaba infinitamente mejor capacitado para establecer contacto que los seres extrahumanos.

Suspiró. De ahora en adelante, por tanto, tendrían que dedicarse aún más a sus exiguos recursos en asuntos puramente defensivos; tendrían que estar siempre dispuestos a raptar naves de los seres extrahumanos, confundir las cosas, engañar a los Otros e impedir que comprendiesen la verdad.

En torno a él la situación cristalizaba despacio en acción. Colocaron el pedazo de roca en el delicado mecanismo de la sala de máquinas, produciendo una estruendosa explosión. Los cadáveres de los seres extraños fueron maltrechos hasta dejarlos irreconocibles; sólo la más improbable casualidad revelaría que su muerte se debió a ser alcanzado por los chorros de los gases ardiendo de los cohetes y no por accidente. Una rápida operación con el transfax desgajó un pedazo del casco; si contaban los cadáveres y encontraban uno a faltar, aquel desgarrón explicaría su desaparición.

De nuevo pusieron en funcionamiento los transmisores de energía, de nuevo los cohetes dejaron su rastro de cables; de nuevo el plasma relució como una diminuta estrella en órbita por encima de las cabezas. Y la nave extranjera desapareció con su fúnebre cargamento. Que los Otros hicieran lo que quisieran con el misterio; el tiempo era demasiado breve para atar todos los cabos sueltos.

A Counce le dolía cada miembro; sus ojos estaban enrojecidos por la fatiga. Aspiró profundamente y se lanza de nuevo a la acción. Estaba allí el superviviente, dentro de aquella tienda iluminada. De aquel único superviviente dependía el que la raza humana pudiera o no persuadir a los seres extraños a que les aceptaran y confiaran en los hombres.

La tienda era grande. En el centro, bajo una luz rojiza conveniente a sus órganos de visión, yacía el cautivo sobre un jergón sacado del navío. Counce entró, Counce se fijó en el aspecto de aquella criatura, que, ni era bella ni fea con arreglo a los cánones humanos; se trataba de un ser Sólido, fornido, neutro, en cierto modo. Counce se preguntó a si mismo si él y los demás humanos. Parecerían amenazadores a los Otros.

—¡Buenas tardes. Saïd! —dijo el biólogo que estaba trabajando con la criatura, curándole sus miembros. Pero Counce no reparó en el saludo.

—¿Quién le puso esas correas? —dijo con tono atronador y tormentoso. Extendió el brazo derecho y señaló unas gruesas tiras de cuero que rodeaban los miembros del ser extraño, sujetándolo al jergón.

—Tuvimos que hacerlo —explicó defensivamente el biólogo—. No quería estarse quieto para que le vendáramos las heridas.

—Debéis estar locos —contestó cansino Counce, y aparto al hombre a un lado mientras se inclinaba para desatar las ligaduras.

—Está bien —dijo al terminar—. Sigue con lo que hacías.

Con cierta aprensión el hombre empezó a obedecer; ante un brusco, movimiento del cautivo retrocedió temeroso.

—¡Adelante, entupido! —ordenó Counce—. Ahora ya debe saber que tratas de ayudarle.

El rostro de ojos planos de la criatura les contempló con cierto desmayo; Counce se preguntó qué habría pensado él de haberse encontrado en su situación, y entonces pensó que no habría posibilidad de comparación. Habría tenido la esperanza de animarle... la. Esperanza de unas fructíferas relaciones entre las razas.

Aquel ser extraño era joven y, probablemente, había aceptado de lleno las palabras de sus superiores en la nave de que los hombres solo podían ser enemigos. Sobre su dura piel gris había símbolos pintados... ¿qué significarían? Sería preciso esperar una respuesta a eso.

Pero se había ganado una pequeña victoria; parecía que el movimiento que había sobresaltado al biólogo tenía solo la intención de mostrar el miembro herido de manera más conveniente a sus manos. Satisfecho de que el asunto marchaba viento en popa ahora, Counce se volvió hacia los técnicos de lenguaje que trabajaban en su conversor en la parte posterior de la tienda.

—¿Qué tal va? —preguntó

El técnico más próximo —una chica—, alzó la cabeza y Counce la reconoció como perteneciente al personal de Ram en Video India.

—No funciona —dijo ella con torpeza—. Sabemos que hablan porque les oímos hacerlo durante la pelea, pero desde que le trajimos aquí no ha emitido *el* menor sonido.

—De todas maneras, haced lo que podáis —le respondió Counce y con una mirada final a lo que le rodeaba salió de la tienda.

Era inútil, se sentía cansado y lo estaba. Aun cuando la acción del biólogo de atar al ser extraño había sido un descuido criminal, él se equivocó al reñir a su compañero de aquella manera. Necesitaba dormir y lo necesitaba ahora mismo.

En el cobijo de un montón de cajones diversos y de cajas, encontró un montón de ropa protectora desechada, procedente de los dieciocho muertos en la refriega. Aquel lugar, decidió, era tan bueno como cualquier otro; así que se acostó y al instante se quedó profundamente dormido.

Era todavía de noche cuando despertó Counce. La noche polar de Regís todavía no había pasado de su mitad. Hambriento, pero fantásticamente más fresco por haber dormido, se puso en pie y fue en busca de noticias de lo que había pasado en aquellas horas.

La escena había vuelto a cambiar radicalmente; excepto para la tienda en la que yacía el ser extraño, el lugar estaba desierto. Todo el mundo, claro, había vuelto a la base; había allí mucho por hacer. Probablemente le estarían buscando allí. Vio que un transfax de emergencia había sido, dejado junto a la tienda y se dirigió a él.

Al acercarse, sin embargo, el aparato pareció cobrar vida y alguien salió desde más allá. La súbita luz le turbó y se sombreó los ojos en un intento de descubrir quién era el recién llegado.

—¡Saïd! —exclamó una voz familiar.

Era Falconetta, apenas reconocible en sus gruesas ropas polares que ocultaban la esbeltez de su cuerpo.

—¿ Te encuentras bien?

—Claro que sí —respondió Counce y con brevedad le contó lo que había ocurrido—. ¿Qué pasa en la base?

—Principalmente, estamos reemplazando las bajas. Ram ha tenido que volver a la Tierra pero yo le dije que *me* quedaría a ver lo que se hacía con el extraño. ¿Lo sabes?

—No he tenido ocasión de enterarme desde que desperté. Está en esa tienda.

La réplica de Falconetta fue dirigirse con energía en aquella dirección y Counce la siguió de manera automática.

En la tienda, el ser extraño yacía quieto, cansado, estudiando vigilante a sus captores. El biólogo, se había ido y le reemplazaba una joven con una capa parda; los dos peritos en lenguaje dormitaban sobre el computador y tres jóvenes que habían traído una pila de suministros y mercancías extrañas y una vasija de hielo fundente —necesario para el metabolismo de los Otros, según sabían ellos— estaban sentados con aire desanimado en sillones próximos a la entrada.

—Nada en absoluto —dijo el último de los tres en respuesta a lá pregunta de los recién llegados—. No se ha movido excepto para estirar sus miembros; no quiere pronunciar el,menor sonido y tampoco tomar alimento o agua.

—¿Que hay del conversor de lenguaje? Counce lo señaló con la cabeza.

—Lo han tratado bajo las bases posibles. No han conseguido ni un atisbo de nada.

—A veces creo que somos capaces de la más tenebrosa estupidez —dijo de súbito Falconetta—. Saïd, esta pobre criatura a lo peor se piensa que toda esta jente esta aquí para custodiarle. Diles que salgan de la tienda, ¿quieres?

—¿Y dejarles solos con esa... cosa? —exclamó alarmado el que habia

hablado primero—. ¡Usted debe estar loca!

—¿Qué podría hacerme de malo, excepto matarme? —repuso Falconetta—. ¡Fuera todo el mundo!

Miraron a Counce; tras una ligera pausa él asintió y despertó a los técnicos del lenguaje pidiéndoles que salieran. Con ojos cansinos salieron sin rechistar.

Esperaron tuera, bajo las estrellas invernales, temblando de frio y preguntándose qué pasaria en la tienda.

—¿De veras pensáis que ella sabe lo que se hace? —preguntó uno de ellos.

—Me parece que sí —repuso Counce.

Siguieron esperando.

XV

—Por ahora, no está, tan mal —dijo Counce con aire de contento.

Como siempre, en la Base Principal de Regis el aire era maravillosamente cálido; no podía pensar de él como terriblemente ardoroso después de pasarse tanto tiempo en el frígido Ártico.

—En realidad, no logro conseguir una pausa para los seres extraños. Su nombre es perfectamente impronunciable, pero hemos descubierto que puede articular la palabra «amigo», axial que le · llamamos así. Tendrá, ventajosas repercusiones psicológicas cuando comience a comprender · nuestro lenguaje.

Cogió otro bocadillo de la bandeja sobre el escritorio de Wu y al acabarlo se tomó un vaso de agua.

—La pregunta a largo plazo persiste —dijo Katya. Estaba sentada en el extremo lejano del escritorio de Wu con las piernas cruzadas, la cabeza hacia atrás con una pose característica—. Tenemos a ese ser extraño, ¿qué vas a hacer con él? ¿Mantenerlo aislado en Regis? Lo más seguro es que no podemos enviarlo a su casa.

—Tendremos que nombrarle embajador o algo por el estilo —sugirió Wu—. No hay otra alternativa que mantenerle en Regis hasta que llegue el momento de mayores contactos de las razas; entonces, con toda evidencia, tendremos que pedirle que vuelva con los de su propia clase, y alejarlo de nosotros.

—Empezaremos a tratar los detalles relacionados con esta cuestión —aludió Counce—. Ahora, tenemos un respiro, quizás largo, depende de cómo reaccionen los Otros al recobrar su nave con una tripulación muerta y la sala de máquinas destrozada. Con toda probabilidad enviarán inmediatamente otra nave a Ymir. El hecho de que la primera fuese directamente al sistema ymirano indica que quieren Inspeccionar ese planeta en particular a toda costa pero la vez siguiente, podemos estar dispuestos para recibirles. Ya no tienen que haber más cortes de los proyectos… son arriesgados, incluso aun cuando esta solución de emergencia diera resultado.

—Anty Dreean no parece querer que lo oyera —dijo Katya con delicadeza—. Por lo que a él respecta, el hecho de que los Otros saliesen peleando indica que hubiera sido un completo fracaso.

—Parte de su actual depresión es sin duda debida a la sorpresa —interrumpió Wu—. Por general su desencanto no es bastante lógico. De todas maneras se necesitará algún tiempo para hacerle recobrar su confianza; yo estoy seguro de que va a convertirse en un hombre inteligente y valioso para nosotros.

Counce se tragó el último bocadillo de la bandeja y emitió una sonrisa de satisfacción.

—No sólo difícil —dijo—. De hecho, ya sé cómo vamos a ajustarle y a devolverle su propia estimación. Propongo darle un trabajo muy responsable

en un futuro cercano, en cuanto se haya ajustado con propiedad a su nuevo cuerpo.

Seleccionó su tono con cuidado para que sus oyentes diesen por garantizado que todavía no había escogido el trabajo que pretendía dar a Anty. Así lo hicieron y Wu cambió de conversación.

—No podemos mantener a los Otros lejos de Ymir de manera indefinida —dijo—. Probablemente serán librados de un peso en nuestras mentes saber que ahora debemos interesarnos de manera física con sus intentos de ir hasta allí. Pero nos dará nuestros correspondientes dolores de cabeza aumentados el tratar de acelerar el proceso de limpiarnos el planeta para ellos. ¿Saïd? —dirigió una mirada interrogadora en respuesta a la que dedicaba Counce.

—¿Por un momento me permitís que revisemos nuestras intenciones? —solicitó Counce—. Creo que a menudo va bien prescindir de detalles y volver a considerar el proyecto en su totalidad. Algunas veces cambia sin que nos demos cuenta.

»La verdadera amenaza de Ymir, tal y como sabemos, se debe por una mano a que no está habitado por gente que fueran los más indicados en toda la raza humana para establecer contacto armonioso con los Otros y por otra mano a su situación y su clima, lo que le han hecho con toda evidencia elegible para su colonización por los Otros. La verdadera solución, la que confiamos nosotros en que Bassett siga pasándose por alto, depende del hecho de que es un planeta que simplemente no es apto para la raza humana.

»Originalmente estuvimos de acuerdo en combinar las soluciones a nuestros problemas. Necesitamos, primero, reconciliar los distintos grupos de raza humana con las diferencias entre nuestras propias especies, para que estén más dispuestos a tolerar una inteligencia extraña y segundo, dar una prueba a los Otros de nuestra buena voluntad. Podemos conseguir ambas cosas abandonando Ymir para ellos y desparramando los débiles habitantes a través del resto de la galaxia. El ridículo hará lo demás.

Sus parientes parecían educadamente aburridos.

—¿Y...? —preguntó Katya con hastío.

—Tened un momento más de paciencia. Ahora nuestros propios recursos son demasiado pequeños y demasiado diseminados para emprender tan enorme tarea. Por fortuna, Bassett —que puede reclamar recursos gigantescos de poder, de habilidad técnica y de ayuda financiera —estaba en cierto sentido, atacando el mismo problema. Nos hallamos muy cerca del éxito al hacerle sentir lo bastante desesperado como para solicitar nuestra ayuda; digo que pasen algo más que pocos meses antes de que vaya a Video India y dé la orden de insertar el anuncio que yo le dije que insertase.

—Eso parece bien —aprobó Wu—. Pero...

—Por tanto —continuó Counce imperturbable—, dentro de los siguientes meses, además de todos los demás, tendremos que reconciliar los gobiernos de todos los mundos habitados para que acepten a un tercio de

millón de ymiranos cada uno. La Tierra, claro, no presentará problema… de eso se encargará Bassett. ¿Pero, por ejemplo, cómo crees tú que reaccionará K'ung-Fu-Tse?

El director se frotó la barbilla.

—La pregunta es bastante académica. El mundo tiene una tradición: Trabaja duro e inteligentemente y, en general, su actitud es tolerante. Si el gobierno prometiese recibir a un tercio de millón de inmigrantes industriosos y trabajadores, siempre y cuando se les garantizase que eran todo esto, no habría lugar a dudas que lo admitirían de buen grado. Bassett no pudo prometer a gente así de la Tierra. Vosotros los terrestres estáis demasiado acondicionados a los largos períodos de holganza y de alto nivel de vida.

—Correcto. Ese es uno de los fundamentales arreglos de bases, claro. El modo de persuadir a *los* gobernantes de los mundos exteriores para que, caigan dentro de su plano original habría sido pedirles desde el comienzo que acepten inmigrantes de mundos similares al suyo y no de la Tierra. Bassett, sin embargo, no habría podido proporcionárselos, así que sin duda se pasó por alto este punto.

—Me siento animada —dijo Katya con una inesperada explosión de sentimiento—. Por primera vez desde que comenzamos, tengo en realidad la convicción de que vamos a tener éxito.

—Por lo menos —dijo Wu con una solemnidad carente de toda afectación—, podemos ver respuesta a toda clase a uno de nuestros problemas.

Ahora, caminaban a través de los parsecs, aquellos que habían venido a Regis en respuesta a un grito de desesperada necesidad. Solían responder a tales gritos; en realidad, habían abandonado sus vidas para responder al más desesperado de todos.

Algunos, como Anty Dreean, eran jóvenes e idealistas; algunos, como Verity de Boreas, quien reclutó a Anty, y Ram Sing de la Tierra, eran mayores. Ellos también eran idealistas.

Volviendo su tarea normal como científicos, administradores, doctores, expertos en cien disciplinas humanas diferentes, los más solitarios y los menos solos de todos los hombres y mujeres, regresaban a sus naves. Counce tuvo que esperar en la base principal a que el transfax transportara hasta el último de sus compañeros y tuvo que despedirles y saludar a aquéllos con quienes no había tenido tiempo de hablar durante las pasadas horas de angustia.

Pero era evidente que procedía silencio y después de una palabra o dos, cada cual respetó su deseo de permanecer callado.

El pensaba parcialmente en lo que ellos, pero, mucho más que en sí mismo, habían hecho.

«*Trescientos años»,* pensó. *«Es mucho tiempo para aguardar a saber si uno tenía razón.*»

Ahora lo sabía, sin embargo. Le he visto la prueba del modo en que los

otros habían salido sin nave en el invierno polar de Regis, decididos a vender caras sus vidas a personas que no tenían deseos de comprarlas a ningún precio. Quizás la situación se había readvertido, quizás los seres humanos presentes en aquel primer contacto no estaban convencidos de la necesidad de tolerancia y perdón y en ese caso pudo haber habido una guerra en lugar de una breve y sangrienta batalla en un sólo planeta.

En último lugar, ningún individuo puede confiar en otro, sin embargo sin la confianza no puede haber esfuerzo constructivo, no puede haber cooperación. Los Otros hubieran sido incapaces de confiarse a los extraños que —en apariencia sin esfuerzo— arrastraron su nave a través de los campos estrellados; Counce en sí había sido incapaz de confiar a sus compañeros trescientos años antes y tuvo que proyectar hacia el futuro a lo que pudiesen confiar en sí y en él antes de que fuera necesario reclamar su ayuda.

Recordó, mientras entraba en el transfax y daba el nombre de identificación al receptor diciendo dónde pensaba ir, como se había sentado solo en aquel pasado instante y mirar arriba y abajo cierta tabla de símbolos matemáticos. Le prometieron —y a la humanidad— dos libertades: una de la barrera de la distancia, la otra de la muerte en sí.

Y el tiempo en que por casualidad tropezó con aquella particular aplicación de las máquinas de energía hiperfotónica, para entonces las emigraciones de la Tierra estaban llegando a sus proscritos, los fracasados sociales y por un proceso de dura siembra, las colonias se estaban reajustando a sí mismas en busca de la estabilidad.

La técnica que llevaba implícita los detalles que se le enfrentaban habría convertido aquella erupción, en una verdadera explosión, había significado que los hombres eran libres para salir de mundo a mundo tan fácilmente como para cruzar una puerta. Y había algo más que eso. Puesto que con un poder suficiente, uno podía transmitir algo desde cualquier sitio a un receptor conveniente; de manera inversa, uno podía enviar cualquier cosa —y lo más importante otra unidad de transfax a cualquier lugar distante. La galaxia de repente pareció cerrarse sobre él como las paredes de la habitación en la que estaba sentado.

Por último, pero no lejos del final, uno podía registrar lo que otro retransmitía, hasta incluso un ser humano y luego recrearlo según el registro, según el archivo de facsímiles que había sido enviado.

La inmortalidad para unos pocos.

Counce se había sentado en su mesa durante una noche, pensando en la certeza de lo que decretaban las leyes de la posibilidad: que en alguna parte del oscuro espacio habían otras criaturas como el hombre, también desparramando su semilla de mundo a mundo. Imaginó a los desplazados y a los proscritos lanzados por el transfax para entrar en colisión con otra raza no humana. Asustado incluso por su propia clase, sospechoso de la inteligencia de la raza humana, vio que habría pánico, que había lucha.

Y también otras consecuencias.

Pero uno no puede esconder el conocimiento. De alguna manera, alguien más descubriría la técnica del transfax. Es posible que no fuera pronto, porque él había andado a tumbos a través de las matemáticas relevantes sólo porque sospechaba un error en otros cálculos; los hombres pensaban bajo la forma de cruzar el espacio con naves, no iba a eludir el espacio entre los objetos.

Así que limitó su confianza en sí mismo y se prometió que sería digno de ella que había ido fuera a descubrir a los otros a quienes podría enseñar a confiar.

Durante el período inicial había dejado a un lado los principios que más tarde fueron observados con religiosidad, tales como que nadie tendría garantizado un plazo fresco de vida a través del transfax ni sería devuelto a un cuerpo idéntico al que con anterioridad poseyera.

Era demasiado peligroso que alguien a quien se conociese muerto en circunstancias irrefutables fuese visto más tarde vivo y reconocido sin lugar a dudas. Y logra la forma del nuevo cuerpo de uno de los que decidiese su propietario; era cuestión de nosotros la elección, por simpatía, con sinceridad, pero sin favores.

Luego, las chispas que sembró provocaron hogueras. Recordó como si fuese el día de su renacimiento la vez en que advirtió por vez primera que podía confiar en otra persona cuanto conocía… una persona lo bastante sincera y consciente de la necesidad y de los escasos recursos de la raza humana.

Ahora eran tres mil y vendrían más.

Sus sentimientos estaban extrañamente confusos, y alegría de alivio, sino más que nada satisfacción. El, en cierto modo y de primera mano, estaba convencido de que una cosa tal como el transfax no debería darse a la humanidad ni en largo plazo. Indudablemente miles y miles habrían muerto que podían haber vivido y que podían haber hecho su nuevo plazo de vida valioso para su raza. Pero Counce sentía ahora que, de haber tenido oportunidad de juzgar, quizás le hubiesen perdonado su arrogancia de señalarse a sí mismo por árbitro del destino humano.

Bueno, ahora allí estaba Wu, y Katya, y Ram, y Falconetta, Verity, y todos los demás, notablemente Anty LDreean, que incluso podía ser la persona a quien Counce confiara la última responsabilidad: La «entera» responsabilidad.

Se encontraba mortalmente cansado, completamente hastiado de soportar la carga que había llevado durante tres largos siglos y deseaba más que nada encontrar el olvido final.

XVI

Después de las primeras dos semanas o así, Enni Zatok había abandonado todo intento de resistir, o incluso de pensar. De algún modo, tras su rostro pálido y ajado, aún ardían las brasas de la rebelión y se mantenía firme su personalidad. Pero exteriormente era como un juguete mecánico, moviéndose, hablando en ocasiones, nada más.

Se habían producido acontecimientos que ella no comprendía... sin dolor, pero con efectos infinitamente peores: vergüenza, al ver como irrumpían dentro de su intimidad mental. La habían estudiado incluso hasta los niveles más oscuros de su subconsciente, hasta extraer cada grano de conocimiento que ella podía proporcionar. En términos anticuados, en términos ymiranos, le habían arrebatado el alma.

Y sin embargo, no estaban satisfechos.

La sala en que ella había vivido durante este periodo era de paredes blancas y estaba escasamente amueblada. En realidad, estaba mejor equipada que amueblada, con computadores montados sobre ruedas, electroencefalógrafos, máquinas que zumbaban y latían y brillaban en rítmicas series de luz que deslumbraban a los ojos hasta que se encontró como apresada por incontables puños, la hablan obligado a recordar detalles de su vida pasada; ahora sabían de eso más que ella. La habían desnudado de manera inesperada para estudiar sus reacciones, ante aquella violación de su pudor; la habían gritado para ver sus reflejos ante la sorpresa. Parecía que no quedaba ya nada que hacer.

¡Y sin embargo no estaban aún satisfechos!

Se sentó pasiva en el diván, sus ojos se clavaron en un hombre llamado Bassett que acudía con más y más frecuencia a ver lo que ocurría. En cierto modo él parecía ser responsable de lo que la habían hecho; por tanto al mirarle en los ojos de la muchacha había odio. Fue lo único que traicionó la supervivencia de su mente.

—Ya se lo he dicho muchas veces —decía Gold—. ¡No podemos sacar nada más de la muchacha! ¡Ya no le queda nada dentro!

—Pero aún no tenemos lo que queremos —repuso Bassett.

—Entonces es que ella no lo tiene —respondió al instante Gold—. Sé muy bien lo que estamos buscando. Si tuviéramos la más mínima sospecha de que estuviera ahí, lo habríamos sacado. Uno no tiene más remedio que enfrentarse con los hechos y eso es todo.

—¡Maldición! —Bassett comenzó, a recorrer la habitación a grandes zancadas, mirando de vez en cuando a Enni, que estaba silenciosa—. ¡Tiene que haber una respuesta!

Gold se pasó por los ojos una mano cansina.

—Si la hay, no existe modo de encontrarla. La chica ya no nos puede decir más. Si la existencia subjetiva de la sociedad ymirana no puede

proporcionar siquiera una pista, no nos queda ya esperanza alguna.

Bassett se dio un puñetazo en la palma de la mano, furioso, y aspiró hondo.

—¡Bien, entonces les llamaremos embusteros!

Odiándose a sí mismo, odiando lo que estaba haciendo, volvió a su propio despacho y mandó llamar a su secretaria.

—Póngame con Anuncios —le ordenó—. Descubra que líneas están utilizando en la actualidad. Luego llame a Video India y contrate tiempo de emisión para un anuncio en el espectáculo de Falconetta.

Si la secretaria se sorprendió, estaba demasiado bien adiestrada para demostrarlo. Se limitó a asentir y se fue. Media hora más tarde informó que había cumplido el encargo; media hora más tarde otra vez, llamó Gold con voz agitada y frenética.

—¡Se ha ido! —exclamó— ¡La chica ymirana Se ha escapado de una habitación cerrada con llave y sin ventanas!

Bassett no replicó. Únicamente cortó la conexión y se quedó sentado mirando por las ventanas hacia los tejados de Río. Eso encajaba: Oh, sí, todo encajaba ahora. Sin duda creían que habían sido muy listos. Pero él estaba decidido a demostrar que no eran tan listos como él.

Se fue a casa temprano aquella noche, a su enorme apartamento junto al mar. Su criado personal le informó que había un caballero que deseaba verle y no fue sin sorpresa que encontró esperándole al mismo hombre que estuvo aguardando en su bote en mitad del Pacifico cuando regresó de Boreas.

—Buenas noches —dijo Counce con educación—. Por favor, siéntate.

Bassett permaneció en pie, mirando a su visitante

—Debe usted sentirse muy satisfecho —gruño—. Debo reconocer su pericia al ponerme como cebo a aquella chica ymirana.

Counce alzó ligeramente una ceja.

—Eres muy listo al darte cuenta. Pero, claro, ya es tarde. Sin embargo, no querrás perder tiempo con lo pasado. Lo que interesa es el futuro.

Respirando con pesadez, Bassett tomó una silla opuesta a su visitante.

—*De* acuerdo —dijo—. O su ingeniosidad me deslumbró cuando mantuvo que la solución al problema residía en Ymir, o mi personal es incompetente. Dígame a qué debo atenerme.

—Ninguna de las dos cosas —dijo Counce y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre sus muslos—. Me perdonarás si no entro en detalles como para exponerte con exactitud que estamos preparados para cooperar contigo en tus planes, ¿verdad? No voy a decir más que esto, aun cuando nuestros fines difieren, nuestros medios aquí coinciden.

»Tu torpeza en ver la solución que buscas tan desesperadamente depende de dos cosas:

Primera, tú no reconociste que los emigrantes de la Tierra son perezosos y, diciéndolo bien claro, ablandados por el nivel de vida de los mundos exteriores, por lo que no podrían adaptarse a la crudeza de una

existencia de trabajo; y Segunda, no pensaste lo bastante atrás de tu último objetivo.

»Evidente, el gobierno de un mundo como Boreas percibiría que algo huele mal en el trato de aceptar inmigrantes terrestres en intercambio de ayuda. Los terrestres son exigentes, influyentes, acostumbrados a un alto nivel de vida, y lo que es peor, las gentes coloniales los miran con celos agudos. De eso a pensar en ellos como una, amenaza, hay corto trecho.

»Pero si les pidieses que aceptaran hombres y mujeres tan trabajadores como los de Ymir...

Bassett no pudo impedirlo; sintió como una sonrisa se extendió por su rostro.

—Claro que tienes razón —exclamó a su vez a su visitante—. Nadie considera a los ymiranos como una amenaza, sólo como un puñado de locos retrógrados. Yeso resquebrajaría el dique de contención entre los rigurosos mundos exteriores.

—Por favor, no creas que ahora puedes regodearte con tu descubrimiento —dijo Counce con voz muy seria—, y tratar de ponerlo en práctica tú solo. ¿Cómo convencerás a los ymiranos para que abandonen su mundo? Puedo asegurarte que buscar una respuesta a ese problema secundario te costará más dolores de cabeza de los que ya tienes.

Basett le miró.

—Me fío de tu palabra. ¿Cómo propones solucionarlo?

—Tenemos agentes en Ymir —respondió inexpresivo—. Lo que únicamente necesitamos son tus recursos. Te daremos más tarde una limpia oportunidad para que nos venzas, cuando vuelvan a divergir nuestras mutuas intenciones; de momento, lo que pedimos es tu ayuda.

—¿En qué forma?

—Más tarde te daré plenos detalles. Te aseguro que nuestros requerimientos no importarán más que los que originalmente tenías intención de dedicar al proyecto. Poder humano, dinero, equipo técnico, pero más que nada, fuerza pura. ¿Conscientes?

Pudo percibir las reservas mentales que se hacía Bassett de manera tan clara como si el hombre las tuviera escritas en la frente. No importaba; él había ganado.

En lugar de difundir la noticia por el método impersonal de enviar un mensaje escrito a través del transfax, decidió efectuar en persona el viaje a Regis, porque tenía otra tarea de que ocuparse al mismo tiempo. Antes de marchar revisó las cosas con Falconetta.

—¿Cómo está la chica? —preguntó y no hubo necesidad de explicar mejor el sentido de la pregunta..

—¡Da lástima! —repuso Falconetta indignada—. Parece que no han dejado nada de ella, es sólo un pedazo de carne.

—¿La ha visto Ram?

. —No, por desgracia. Está en el satélite de Video India preparando el

material que nos ha enviado Bassett para incluir en el espectáculo. Sabes que siempre evita contratar tiempo de emisión para nosotros, porque nos negamos a permitir el uso del hipnotismo o de la sugestión subliminal. No se dejará pasar, sin embargo, ninguna triquiñuela; parece como si quisiera poner en ello el máximo cuidado. Ram dice que jamás vio un material tan sobrecargado.

—Es probablemente una entrega corriente, preparada por cualquiera del personal de su departamento, no elegida en especial por Bassett.

—¿Ha cedido ya? —las palabras de Falconetta sonaban como si se acabara de acordar de preguntarlo.

—Sí, claro. Ahora voy a Regis para decirle a Wu que empiece los preparativos. Pero hay una cosa que quiero que hagas, si tienes algún tiempo libre.

A los pocos momentos de la llegada de Counce a Regis la noticia se había extendido por todos y consecuentemente cada uno se tomó unos minutos de su trabajo para ir a felicitar al recién llegado. Era un gran paso adelante el haber doblegado a Bassett. Pero al mirar al grupo, Counce echó en falta a una persona.

—¿Dónde está Anty? —preguntó; se produjo un silencio.

—Se encuentra bastante mal —dijo Katya al cabo de un momento—. No conseguimos penetrar en su interior. La última vez que le vi estaba fuera de la base sentado en una peña y, mirando al desierto.

—Se cansó de eso y se fue a la base polar para ver un poco de hielo —contradijo Lotus Ccharf con su desusado cinismo.

—Perdonadme, entonces —dijo Counce, y se abrió paso al transfax.

Tal y como había dicho Lotus, Anty estaba mirando al hielo. Poco había que ver en aquella base polar excepto la tienda donde Amigo, el ser extraño, tenía su alojamiento. Anty paseaba triste arriba y abajo por el borde de la excavación de la que extrajeron la prueba de la primera visita de los Otros, dando de cuando en cuando una patada a algún pedazo de barro para arrojarlo al pozo. Parecía perfectamente ajustado a su nuevo y ligeramente distinto cuerpo y los movimientos eran libres y naturales. Pero su actitud rezumaba depresión.

Siempre era una sorpresa para Counce ver a un amigo cambiado, incluso cuando —en el caso de Anty— él había ayudado en el trabajo de alterar los dispositivos para el cambio de apariencia del cuerpo. Era una tarea delicada, pero jamás cometieron un error, Siempre había en los archivos viejos registros en que basar el nuevo diseño. Counce se puso serio al recordar su inmediato propósito.

—¡Anty! —dijo.

El joven no había cesado en su pasear sin rumbo; apenas mostrando haberle oído.

Counce se colocó a su lado.

—Tengo un trabajo para ti, Anty —dijo— Muy importante.

Anty le dirigió una desdeñosa mirada de reojo. El nuevo rostro que

había adquirido era más moreno que el antiguo; la nariz larga, la barba aguda, el rostro bastante más sombrío. Un mechón de rebelde pelo negro aparecía bajo el casco..

—Será mejor que se lo encomiendes a otro —repuso—. No podría organizar yo ni un paseo corto.

—¿Todavía estás escarbando en el comportamiento de los Otros? ¿Qué te hace creerte responsable de lo que hicieron?

—Debí habérmelo figurado —respondió Anty de mal talante—. Lo mismo debió haberte pasado a ti.

—Hay una única clase de locura incurable, la del hombre incapaz de aprender por la experiencia —dijo con agudeza Counce—. Tú estás labrándote fama de ser uno de ellos. Pero no lo haces demasiado bien. Si no te fías de ti mismo, yo sí. Vamos, te voy a llevar a la Base Principal para ponerte a trabajar.

Anty se detuvo y miró a su compañero como si no lo hubiera visto nunca antes. Por fin se encogió de hombros y de mala gana asintió con la cabeza.

Había un pequeño grupo de personas esperándoles junto al transfax cuando salieron de nuevo al brillante sol ecuatorial. Entre ellos estaba una chica, rubia, ojos azules, un poco apartada del resto, sin prestar interés aparente a lo que la rodeaba.

—Esa es Enni Zatok —dijo Counce en voz baja—. Ya sabes quién es, ¿verdad.? También sabes lo que ha pasado. Ahora mismo, ella no piensa, apenas reacciona siquiera. Pero antes de que Bassett se apoderara de ella, Jaroslav dijo que se trataba de la recluta más prometedora que había encontrado en Ymir. Te voy a encargar el trabajo de más responsabilidad que hayas tenido jamás. Anty, te encargo que la saques de la niebla que la domina y la conviertas en una recluta valiosa. No digas que no puedes hacerlo. Puedes. Y lo harás.

Despacio, Anty estaba quitándose los vestidos protectores que utilizó en la base ártica. Sin decir palabra, bajó de la plataforma del transfax y cruzó hasta Enni, que le dirigió una mirada negra Y desconfiada. Cuando Anty extendió la mano tentativo, ella se hizo atrás.

Pero al cabo de un momento, Anty sonrió y un débil resquicio de correspondencia apareció en las comisuras de la boca de Enni.

Counce emitió un suspiro de contento y se alejó paseando.

XVII

—A grandes rasgos —había dicho Counce pensativo—, nos llevará cuatro meses visitar cada mundo al que intentemos enviar ymiranos, que es lo mismo que decir todos los mundos. Eso requiere un tiempo para viajar.

Bassett le había dirigido una sonrisa cínica había llegado a aceptar a Counce como enemigo declarado convertido temporalmente en aliado. La comprensión entre ellos era completa, aunque peculiar.

—Counce, podrías abreviar ese periodo considerablemente con vuestro transmisor de materia— había dicho.

Counce sacudió entonces su cabeza divertido.

—No, primero —mintió muy serio—, porque no tenemos los recursos de energía suficientes para utilizarlo de manera regular. Segundo, no dudaría en absoluto que entonces tú procurarías relevar de técnicos todo tu personal para ver si tenían alguna oportunidad de inspeccionar la maquinaria. Posees un impulsor Metchnikov en tu nave particular, eso será lo rápido para nuestros propósitos.

Así se hizo.

No había duda de que la reputación de Bassett se había extendido desde que consiguió su puesto de influencia en la Tierra; con toda certeza el respeto con el que el gran lama de K'ung-Fu-Tse recibió a su visitante fue considerable.

—En realidad me dicen que en Ymir la gente es diligente e industriosa —admitió el Gran Lama—. Según todos los informes, se ven impulsados a ser duros por la naturaleza áspera de su propio mundo.

Miró con complacencia a la verde extensión que le rodeaba; celebraba audiencia al aire libre, bajo un árbol sagrado e importado de la Tierra, con dos sirvientes abanicándole.

—Pero —añadió—, también me informan que son duros e intolerantes. Dudo que armonicen con mi gente.

Lisamente con una buena cantidad de razonamientos, los visitantes demolieron sus argumentaciones. Aceptaron el trato con asegurar varios consignatarios técnicos que eran de urgente necesidad de K'ung-Fu-Tse. Y cuando partieron, el Gran Lama felicitó a Bassett por su deseo de ayudar a sus semejantes los hombres.

El presidente de Boreas había tenido tratos con Bassett antes, por una cuestión esencialmente similar pero con ligeras diferencias. No sacaron nada mejor de él que una promesa de considerar las cosas con cuidado, pero pudieron presumir dada la mirada avariciosa de sus ojos que tarde o temprano accedería.

Después de todo un tercio de millón de ymiranos podrían recibir tierras que nadie creía útiles para el trabajo y lo que ellos hiciesen después era cosa suya.

—¿Por qué diablos quieren abandonar Ymir? —preguntó el Trían de Zeus—. No me lo digan —añadió, alzando una mano cuidadosamente manicurada— Es gente que por último se ha hartado de vivir como faquires entre icebergs y montañas. Un tercio de millón es mucha gente para que podamos imbuirles de pronto la cordura a la vez a todos, sin embargo.

—Es que parece que es un movimiento que ha ido creciendo durante tiempo considerable —explicó Bassett.

—¡Deben de haberlo hecho! Bueno, ¿cuál es su interés en este asunto?

Basett le dirigió una sonrisa conspiratoria.

—Trescientas mil personas que han decidido que mortificar la carne no es una buena idea después de todo van a querer comprar una cantidad inimaginable de comodidades humanas —explicó—. Muchos de ellos, claro, las comprarán en Zeus, pero en mi aventura sugerí que yo podría arreglar importaciones, importaciones provechosas.

—El Tryant dio un asentimiento enfático. Aquello era su lenguaje. Me dio papel y pluma para firmar el acuerdo.

Y así siguió. Al cabo de cuatro meses habían organizado hogares en planetas decentes para todos excepto para medio millón de personas de Ymir.

—El resto se ocupará en la Tierra. ¿De acuerdo? —preguntó Counce a Bassett.

El otro se encogió de hombros.

—Probablemente. Sin embargo, me parece que hemos ido adelante con demasiada rapidez.

¿Saben ya los ymiranos que les están esperando nuevos hogares?

—Todavía no —dijo Counce con un poco de aspereza—. Pero apuesto a que hay muchos que ellos que desearían ya haber salido del planeta.

La siguiente vez que el *«Amsterdam»* recaló en Ymir, Jaroslav no estaba en casa. Turbado, el capitán Leeuwenhoek se enfrentó a los mayores de Festerburg y exigió que le dijesen lo que había ocurrido.

—Nadie lo sabe —le aseguraron los mayores, intentando desesperadamente convencerle de su sinceridad.

Leeuwenhoek les miró desdeñoso desde su mayor altura. «Hormigas», reflexionó.

—¡Está bien! —espetó—. Os advertimos que si algo pasaba a Jaroslav Dubin, nos sentiríamos muy felices olvidándonos por completo de esta nevera de mundo. Yo vengo aquí por caridad más que por otra cosa y lo mismo les ocurre a mis colegas. La última vez que estuve, tratabais de culpar a Jaroslav de no sé qué acusación que envolvía a una muchacha. Creo que os daréis cuenta de que nosotros seríamos capaces de ver a través de falsedad como esa, pero debí pensar que embusteros expertos como vosotros sois capaces de venir con una respuesta mejor que una simple negativa.

Los mayores intercambiaron miradas cobardes. En los depósitos del *«Amsterdam»* había una carga de esperma viva para el ganado suyo de la próxima temporada; los toros alimentados con asidua dieta de los pastos

ymiranos eran con más frecuencia estériles que reproducibles. Había también un trigo resistente al frío, que ellos necesitaban con desesperación.

Pero sus protestas fueran vanas y furioso Leemvenhoek se encaminó hacia el espacio con su cargamento a bordo. Sabía de otros mercados en abundancia para lo que transportaba. Sus palabras de despedida fueron una promesa de no volver jamás.

Impresionados, los mayores llamaron a sus custodios y todos se pusieron a buscar a Jaroslav Dubin. Jamás habían esperado querer ver a aquel hombre. Pero la verdad —la sorprendente verdad —era que hasta que Leeuwenhoek les acusó de hacer desaparecer a Jaroslav Dubin ellos no tenían la menor idea de que hubiese desaparecido, de que no estuviese en su lujosa y pecaminosa casa.

Revolvieron Festerburg de arriba abajo; registraron la casa desde los sótanos al tejado. Incluso descubrir su cuerpo muerto hubiese significado que ellos podrían suplicar a los comerciantes espaciales. Pero no hallaron nada.

Jaroslav había desaparecido de la superficie de Ymir.

Cuando uno de los mayores le hizo bajar parecía como si el hombre se hubiese escapado de un agujero, metido en él y tapado después.

No tenía aquel que hizo tal suposición ni la más ligera idea de lo acertado que estaba. Jaroslav había subido a su transfax y se lo llevó de Ymir en donde lo estuvo utilizando, así que el paradero era hecho de preciso. Pero lo que turbó a los que le buscaban fue encontrar una cabina abierta que no conducía a ninguna parte.

Su turbación se convirtió rápidamente en aprensión, esperando la visita de la siguiente espacionave y aquella vez ofrecieron primero sus excusas. El capitán del navío fue tan enérgico no queriéndolas como Leeuwenhoek había sido y también partió sin descargar, jurando que no volvería.

—¡Todos no pueden decir lo mismo! —declaraban los más optimistas de los mayores.

Pero sí lo dijeron. Y al cabo de dos meses el espectro del hambre colgó flaco y fantasmal por toda la superficie de Ymir.

En vano los mayores trataron de demostrar que aquello era un don del cielo, diciendo que la debilidad, la falta de alimentación servía para cumplimentar los puntos de mira originales de los padres fundadores. Aquello no sirvió para cortar el hielo con los padres cuyos oídos se veían impregnados continuamente por los gritos de hambre de los niños; con las madres que no podían alimentar a los recién nacidos; con los adultos cuya conversación se veía siempre interrumpida por los ruidos persistentes de sus tripas vacías.

Los más indignados de toda la población eran los jóvenes, aquellos en que la infancia y la madurez se encontraba lejos. Ahora los frutos de la campaña subversiva de Jaroslav se hicieron evidentes a los abrumados mayores. Chicos y chicas a quienes todos habían creído de buena conducta y perfectamente morales admitieron abiertamente que habían sido amigos de Jaroslav y que creían que tenían razón y que estaban convencidos de que los

mayores vivían en el error. Además comenzaron abiertamente a acusar a los mayores de haber hecho desaparecer a Jaroslav y así de haberles provocado tan terrible situación.

Luego las visitas de las naves espaciales cesaron por completo. El mundo debería haberse puesto de acuerdo. Y los ymiranos realizaron que estaban por completo aislados y sin ayuda, porque eran de un planeta demasiado pobre para tener ni una sola espacionave de su propiedad. Careciendo de medios para enviar un mensaje a otro mundo habitado excepto a la tardía velocidad de la luz; mucho antes de que un S. O. S. hubiese sido recibido, todos estarían muertos de hambre.

Incluso los mayores, enfrentados a esta perspectiva, eran incapaces de mantener que deseaban seguir disfrutando de los frutos debidos a su rigurosidad.

Ahora los odios largamente contenidos comenzaron a. salir a la superficie. Los padres ya no podían nutrir a sus hijos; las pandillas de jóvenes comenzaron a deambular por las calles, apedreando las casas de los mayores y asaltando a cuantos custodios se aventuraban a interferir.

—¡Si tenemos que morirnos de hambre, será mejor que nos llevemos a ellos por delante! —sostenían, y procedieron a dar palizas a los custodios con salvajismo, arrancándoles los propios chuzos que llevaban por la noche.

Pero los gritos se hicieron más débiles a medida que el hambre creció.

Aquellos que habían pensado alcanzar un poco de comida extra, que lo lograron pero que fueron lo poco prudentes como para no fingir tener hambre al hallarse entre desconocidos, vieron cómo sus casas eran asaltadas; algunas veces los excusaron públicamente o los cubrieron de basuras. Y entonces llegó el día en que el cuerpo medio comido de un chico se encontró en una de las calles.

—Nunca jamás podrá decir un ymirano que es mejor que cualquier otro hombre —exclamó Counce con el rostro pétreo. Alzó sus ojos para fijarlos en los de Bassett—. Creo que ahora podemos empezar.

Bassett asintió.

La espacionave en la que él y Counce viajaban era sólo una de la enorme flota que circulaba hacia Ymir, esas eran las clases de recursos que Counce había necesitado principalmente para llevar a cabo su plan cuidadoso. Naves y hombres y poder.

Ahora, a una orden de Bassett, los navíos surcaron al aire se encaminaron hacia sus puntos de aterrizaje. Habían alistado para aquel trabajo los pilotos más expertos que pudieran encontrarse; sólo unos pocos serían capaces de aterrizar en el espaciopuerto regular de Festerburg y el resto tendría que hacerlo en cualquier lugar llano que pudiesen encontrar.

Para la gente asustada de Ymir, la llegada de las naves fue un milagro. Cuando estaban seguros de morir, ignorados, encontraron de nuevo la vida prometedora para todos. Su cólera sin dirección subsistía; habían se vuelto a

mirar a sus mayores y fue una multitud silenciosa la que rodeó los primeros navíos que bajaron.

Counce saltó a tierra con el grupo principal y se encaminó a Festerburg, ya que esa era la capital del planeta. Medio había esperado que las naves fuesen asaltadas por una turba exigiendo que le dieran comida; al salir, los ymiranos parecían incapaces de convencerse a si mismos de que las naves estaban realmente allí y que no querían arriesgarse a destruir la ilusión.

Salió de la escotilla de la nave que le había traído y encontró a un grupo de mayores, muy serios, vistiendo harapos, esperando unos pocos delante de la multitud silenciosa de curiosos. Los miró pensativo.

—Hemos traído alimentos —dijo, y un amplificador transportó sus palabras a cada rincón de la multitud. Un débil clamor de aplausos y vítores se alzó para morir con rapidez.

—No hemos traído mucho, pero traeremos más —afirmó Counce—. Nosotros, todos los hombres…. tenemos cosas mejores que hacer que ser caritativos con los estúpidos.

—La multitud se agitó inquieta; el rumor, lo mismo que los vítores, murieron al instante.

—¡Sí, sois locos, estúpidos! Con una buena cantidad de mundos más placenteros que escoger, con planetas en que los hombres pueden vivir como hombres en lugar de animales salvajes, vuestros antecesores os condenaron a depender de la caridad de los demás. ¡ Por qué este mundo no está preparado para que vivan en él los seres humanos!

Un chico de dieciocho años de las primeras filas de la multitud saltó hacia delante y sacudió el puño en dirección al pequeño grupo de mayores.

—¡Es verdad! —gritó.

—Habéis tenido tiempo suficiente para jugar a ser el pueblo escogido —dijo Counce.

Ahora miraba a los mayores de nuevo y ellos parecían inquietos sobre sus pies encima del frío suelo.

—Pienso que las últimas semanas os han enseñado que sois orgullosos, estúpidos y tercos. Pero todo vuestro orgullo no ha servido de protección suficiente contra las quejas de vuestras barrigas.

Los mayores no respondieron.

—Así que vamos a daros una última oportunidad —concluyó Counce —. Porque no creemos que nadie actúe de manera distinta a nosotros sea por necesidad un enemigo, nosotros hemos pasado por muchos peligros y muchas dificultades, primero, para traeros los alimentos suficientes y manteneros con vida durante un día o dos, y segundo, arreglando los hogares para vosotros en planetas decentes con climas decentes. Os doy ahora a elegir: quedaros y moriros de hambre, o abandonar Ymir.

Esperó. Pero no por mucho.

Después de aquello, a pesar de que unos cuantos fanáticos mantenían que era mejor quedarse y morirse de hambre, había una oposición apreciable y

las naves abrieron sus bodegas y descargaron las mercancías.

Los fanáticos advirtieron a aquellos que aceptaban la comida diciéndoles que estaban vendiendo sus almas; las respuestas que consiguieron revelaron que a pesar de los rigores de la disciplina ymirana un vocabulario completo, sorprendentemente completo, llamadas malas palabras habían persistido.

Pero las espacionaves no sólo transportaban alimentos; parte de su cargamento consistía en cascos desmontados de espacionaves.

Con conductores, raciones de emergencia y regeneradores de oxígeno, podrían transportar a los ymiranos a miles, apretujados, todavía hambrientos, pero llenos de esperanza.

Cuando llegaron los informes de las otras cuatro ciudades del planeta y revelaron que la situación en ellas era igual, Bassett miró a Counce.

—Sus agentes en Ymir parecen haber sido notablemente eficientes —dijo, frunciendo las cejas—. Yo jamás hubiese creído que una respuesta tal pudiera obtenerse de los ymiranos.

Counce respondió con sequedad.

—Quizás tú no diste crédito suficiente al poder de los instintos básicos.

En estos días en la Tierra no hay hombres hambrientos, ¿verdad?

Bassett cayó de nuevo en el silencio; sus ojos parecían mirar al futuro.

Indudablemente él todavía imaginaba que sería capaz de llevar sus esquemas hasta un plan fructífero; indudablemente se estaba imaginando el futuro en el que sería el reconocido unificador de la raza humana.

Por fortuna para la raza humana —y para los Otros— él estaba imaginándose un futuro equivocado.

XVIII

—No comprendo —dijo Lecoq con furia—.¡No ha habido ninguna dificultad! Esos ymiranos acaban de ser engullidos en cada mundo al que los hemos llevado, yendo tan dóciles como los corderos van al matadero. Sólo que ellos no fueron a ningún matadero.

—No hay pista que indique dónde ha ido ese Counce, supongo —dijo Bassett meditativo.

Hizo de ello una afirmación, no una pregunta.

Fuera una tarde densa había enturbiado la vista de Río; encajaba con el mal humor de Bassett a la perfección.

Así que aquel pueblo misterioso había cumplido su promesa; todo había sucedido como dijeron que sucedería, Ymir evacuado, su pueblo aceptado, tolerado, incluso se reían de su forma peculiar de hablar y de su conducta, pero sin causar verdaderos problemas. El dique había sido fracturado. Ahora, las posibilidades eran desarrolladas con cuidado, podría de nuevo producirse un flujo de gente de mundo a mundo.

Se dio cuenta de que Lecoq le estaba respondiendo.

—Ni rastro —decía con tono de disgusto—. Mantuvimos sobre él una estrecha vigilancia durante toda la operación, tratando de descubrir algo que le relacionara con los demás de su grupo; no hallamos nada. Luego, al fin, se desvaneció cuando mi hombre se había vuelto de espaldas. Despedí a mi hombre, claro, pero probablemente no era suya toda la culpa.

—Bien, dos cosas hay claras —dijo Bassett con brusquedad—. No podemos tolerar que exista una sociedad secreta como esa, necesitamos ese transmisor de materia que ellos tienen, principalmente, y lo que es más, no podemos continuar dejando que los utilicen.

Los ojos de Lecoq demostraban turbación. Dijo:

—No puedo descubrir qué es lo que pretenden. Parecen haber hecho todo cuanto necesitábamos «nosotros».

—Pero no por las mismas razones, eso es evidente. ¿Hemos conseguido identificara alguien que pueda ser quizás un asociado de Counce?

—Varias personas «podrían» serlo.

Lecoq abrió sobre su rodilla una gruesa carpeta archivador y seleccionó de ella una serie de documentos.

—Casi sin lugar a dudas, este ymirano, Jaroslav Dubin; por desgracia, ahora puede estar en cualquier parte de la galaxia. Le estamos buscando. Su desaparición fue demasiado limpia, demasiado bien cronometrada, para ser casual. Y mira las consecuencias.

—Pero no podemos descartar la posibilidad de que fuera meramente raptado por el grupo de Counce —observó Bassett con voz gruesa—. ¿Quién más hay?

—Probablemente alguien del personal de Video India. He investigado a

la gente que tiene que ver con el espectáculo de Falconetta y hay media docena de individuos que desaparecen de manera misteriosa durante breves periodos. La propia Falconetta es una de ellas...

Bassett alzó las cejas.

—¡Vaya! Debo reconocer que no me sorprende. ¿Qué hay de ese viejo que dirige el espectáculo… aquel que se ha estado quejando a nuestro departamento de publicidad por la copia de la emisión que le mandamos?

—El también. Y hay individuos en todos los mundos exteriores que pueden concebiblemente estar relacionados con Counce. Aparecieron en el lugar de entrega de los ymiranos cuando los entregamos, se hicieron cargo de ellos y volvieron a desaparecer una vez quedaron las cosas aclaradas. Sin embargo, no nos ha sido posible establecer que alguno de ellos llegara o partiera mediante un transmisor de materia. Todos son ciudadanos de la localidad respetables —empleados civiles, científicos, médicos, psicólogos—. Pero ninguno de ellos podría ser catalogado como capaz de ser responsable de un grupo de inmigrantes por ninguna razón especial.

Bassett asintió, los ojos recorriendo rápidos las páginas de los informes.

—Hay una especie de imagen que sobresale —dijo—. La impresión que tengo es la de una organización ya antigua y clandestina que recluta a sus miembros con el máximo cuidado y les ofrece ventajas tales como el transmisor de materia a cambio de una obediencia absoluta.

Es el carácter de las cosas que pueden ellos ofrecer lo que nos hace difícil el trabajo. Dudo que pudiéramos comprar con facilidad a alguno de ellos, aun cuando lográramos identificarles sin lugar a dudas.

—Hay cierta advertencia en el modo que tuvieron de arrebatarnos a la chica ymirana también —dijo Lecoq con tristeza—. Sospecho que la tuvieron estrechamente vigilada y que vigilan a todos sus miembros también y si uno de ellos no se presenta a dar su informe, toman las medidas necesarias para asegurarse de que no está vendiendo a la organización.

—Es preciso que tengamos el transmisor de materia —anunció Bassett con tono definitivo—. Dudo que sin él ese grupo hubiera podido alcanzar un primer lugar. ¿Por qué hasta ahora nadie lo ha inventado también?

—Quizás están tan bien organizados que pueden descubrir cuándo hay riesgo de que eso ocurra —sugirió Lecoq—. Y entonces compran al inventor, o le silencian.

Bassett sacudió la cabeza.

—Necesitarían ser infernalmente eficientes para hacer eso sin que se produjeran filtraciones. No quiero acreditarles por más de lo que sea razonable. A propósito, ¿cuántas personas has mezclado directamente en esto? Quiero decir, ¿cuánta gente además de nosotros conoce la existencia del grupo de Counce?

—Nadie, excepto el personal de la compañía —y las demás personas que intervinieron en la evacuación de Ymir. Lo puedo decir con toda seguridad. La idea de evacuar Ymir fue tuya y yo la puse en práctica. Creo

que sería malo para la moral que dejásemos saber que actuábamos bajo, bueno, bajo la presión de un chantaje.

—De acuerdo —Bassett jugueteó con los papeles que le habla dado Lecoq—. Bueno, es evidente lo que tenemos que hacer ahora. Hemos de investigar a los más probables de aquellos cuyos nombres están en la lista y sea como sea sacarles los hechos.

—¿Empezamos con Video India? —sugirió Lecok.

Bassett inclinó la cabeza.

Counce había de hecho retrocedido a través de dos parsecs hasta Regis en cuanto juzgó que lo que restaba de la evacuación podía confiarse al capaz personal de Bassett. Había allí mucho que hacer con Amigo, el ser extraño superviviente; con Enni Zatok; con Anty Dreean. Además, era absolutamente seguro que Bassett no se quedaría contento con lo que tenía. Tarde o temprano iría a encontrar intolerable la existencia de su grupo y buscaría un modo de atacarle.

Había estado felicitando a Anty por el modo en que había restaurado la auto confianza y la brillantez mental, admitiendo sólo para si, porque era un pensamiento cínico, que la naturaleza humana había hecho más que la ayuda de Anty. Estaba de pie con el joven al lado de la plataforma del transfax, mirando a la chica ymirana, que yacía a unos cincuenta metros tomando el sol, con los ojos cerrados. No llevaba nada excepto gafas de sol y su antaño pálida piel había tomado ya un tono bronce dorado.

Era un adelanto considerable haberla podido despejar de la profunda e irracional afición a llevar ropas puestas. Counce así lo dijo.

—Es como cualquier otra cosa. Un individuo que quede a merced de una reacción no basada en la necesidad es una persona que funciona mal, que no vive de manera natural. Por ejemplo, toma nuestra actitud hacia los Otros.

Anty parpadeó.

—No veo la relación.

—¿No? Piensa un poco. Cuando salieron luchando del navío, tenían motivo para tal reacción. Nosotros, por contraste, actuábamos estrictamente desde una necesidad lógica. La oportunidad de un contacto hostil entre nuestras razas es un desastre; estamos en condiciones de sostener que nuestros esfuerzos por promover una comprensión pacífica son idealistas y todo eso, pero cuando uno lo reduce a lo esencial, es la necesidad de salvar nuestro propio pellejo, no la esperanza de algún beneficio futuro para ambas razas, lo que realmente nos impulsa.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Anty.

Counce le dirigió una mirada de reojo. Realmente era muy guapo en su nueve cuerpo. Un ramalazo de envidia cruzó por la mente de Counce, pero desapareció en seguida.

—¿Verdad que es bonita? —dijo con indiferencia.

—¿Quién, Enni? Si, lo es —respondió Anty con un infructuoso intento de adoptar el mismo tono de indiferencia, y Counce le obsequió con una

sonrisa antes de separarse.

Al pasar por la puerta del despacho de Wu ésta se abrió de pronto y el director le saludó,

—¡Noticias de Ram, Saïd! —dijo— Bassett ha sumado dos y dos.

—¡Tenía que ser ahora! —Counce entró en la fresca sombra del despacho; Wu tenía cuatro ventiladores en marcha con tanta fuerza que casi hacían volar las carpetas de encima del escritorio.

—No puede ser casualidad que cuatro de los del personal de su empresa hayan hecho preguntas al azar acerca de dónde pasan sus horas libres Ram, Falconetta y otros dos de nuestros agentes —Wu conservó sus ojos fijos en el rostro de Counce, esperando su reacción.

—Te refieres a los otros dos de Video India —dijo Counce con irritante torpeza.

Wu aspiró profundamente y asintió.

—¿Qué recomiendas que hagamos a este respecto?

—Oh, decírselo a ellos, claro —Counce ni sonrió ni parpadeó.

—¿«Decírselo» a ellos? ¡Estás loco!

—En absoluto. Sabíamos que al menos parcialmente teníamos que salir al descubierto para impresionar a Bassett y conseguir su ayuda.

Si ha sido un poco más rápido de lo que imaginábamos en recoger las insoslayables pistas que dejamos, no lo podemos evitar.

Counce tomó una silla, la hizo girar y se sentó a horcajadas, mirando a Wu por encima del respaldo.

—Ahora, tal y como yo lo veo, el problema es sencillo. Mientras Bassett tenga bastante información acerca de nosotros para que esté contento, hay escaso riesgo de que descubra algo nuestro que no queremos que sepa. Deseo que le digas a Ram que proporcione a Bassett datos suficientes para que le hagan llegar hasta Regis.

—¿Para qué?

—Deseo a Bassett aquí, solo. En donde podamos tratar con él imponiendo nuestras condiciones—. Los ojos de Counce parecieron nublarse al recordar algo—. Me parece, Wu, sin querer aparentar ser un presuntuoso, que hay en esencia dos clases de seres humanos. Arquetipos, si prefieres esa palabra. Yo soy de una clase. Bassett es de la otra.

»¿No sabes que yo tenía aproximadamente su edad cuando tropecé con el transfax? Bassett es brillante. Yo también lo era, en un campo distinto. Pero pensamos de manera diferente. Ambos planeamos, aceptamos las consecuencias de nuestros actos, pero nuestros motivos se encuentran a muchos parsecs de distancia.

Wu permaneció sentado en silencio. Tenía la sensación de que no era necesario que escuchase, de que Counce efectuaba aquel soliloquio para sí mismo solo.

—Quizás si Bassett se hubiera hallado en la misma situación que yo me hallé, se hubiese visto que tenía oportunidad de no sólo la duración de una

vida, sino la de varias, para elaborar sus planes, habría hecho lo que yo hice. Pero, en realidad, no lo creo. Le habría importado un bledo que los ymiranos viviesen en condiciones no apropiadas para ninguna persona decente si yo no le hubiese provisto de medios para cumplir sus planes por sí mismo. Se levantó y se quedó plantado.

—Ram será capaz de arreglar las cosas —dijo con viveza—. Necesito a Bassett aquí, en su navío particular, sin que sepa lo que va a hallar. Y después de eso lo manejaré a mi antojo.

Wu asintió.

—Mientras —prosiguió Counce—, voy a llegarme a la base polar y comprobar cómo le va a Amigo. Me da en la nariz que nos hemos equivocado con él.

Wu pareció alarmarse ligeramente.

—¿Cómo?

—Bueno, Falconetta parece haber dado un paso de gigante al conquistarse su confianza por lo que me inclino a pensar que deberíamos desechar nuestros planes de evitar contacto con los Otros y meramente limitarlos. Después de todo, Ymir está ahora vacío, esperándoles. ¿Por qué no se lo entregamos en seguida como prueba de nuestras buenas intenciones? Mientras hagamos perfectamente claro que el regalo es condicionado a que nunca irrumpan por ninguna parte en el espacio ocupado por el hombre, creo que podríamos entremezclarnos con ellos sin peligro, quizás, incluso, invitarlos a mantener una base en Regis. Naturalmente que nosotros dictaremos las condiciones. Pero la información que esto nos dará acerca de su psicología y sus actitudes emocionales compensarían con mucho a las molestias de tomarnos el trabajo de establecer el contacto, partiendo de nosotros.

—Parece razonable —asintió Wu—. De hecho —añadió con entusiasmo creciente—, suena enteramente atractivo. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—En seguida —respondió Counce y se fue.

XIX

Amigo había tomado las cosas con sus propias manos —bueno, no eran exactamente manos, pero servían para lo mismo—. Ahora, cuando Counce salió del transfax a la fría atmósfera del norte pudo ver de inmediato el ligero pero inconfundible impacto producido por la manera de pensar del ser extraño en cuanto le rodeaba. Había allí un edificio, para empezar, con proporciones distintas a las de las construcciones humanas. No era mucho más que una cabaña, pero diestramente confeccionada con un bloque de suelo helado y soldado con hielo que relucía bajo las estrellas. Ante él una especie de jardín, piedras y rocas de color, plantas de escasa altura no terrestre, gris verdosas que debían haber salido de las semillas incluidas en el cargamento de la nave extraña.

Se dirigió a la entrada de la cabaña y aquella también había sido planeada de manera no humana proporcionalmente a un cuerpo fornido, macizo, no terrestre. Llamó y Falconetta le invitó a entrar.

No había casi nada en la habitación, excepto el diván o litera que sacaron de la nave, estanterías que servían de mesas y cosas que Amigo había pedido que le hiciesen o se había hecho por sí mismo. Falconetta, envuelta en pieles porque el aire interior de la cabaña no era más cálido que el exterior, estaba sentada en el suelo sobre un cojín; el propio Amigo ocupaba el diván. Entre ellos estaba una versión acabada del conversor de lenguaje diseñado por los técnicos a la llegada de Amigo.

—¡Oh, Saïd! —exclamó Falconetta encantada—. Me alegro de verte. Amigo, éste és...

El conversor de lenguaje gruñó y se interrumpió; era desconcertante oír la versión extraña de las palabras al mismo tiempo que se pronunciaban en humano; pero indudablemente uno se acostumbraría a utilizar el aparato, reflexionó Counce. Con certeza, Falconetta no parecía embarazada al usarlo.

—Te recuerdo —dijo Amigo; le habían dado una voz profunda, masculina, bastante agradable, al ajustar adecuadamente los controles— Eres quien me desató cuando llegué aquí. Nunca te di las gracias. Entonces tenía miedo, ahora ya no.

Counce sintió una oleada de satisfacción. Sonrió al ser extraño, preguntándose si habría aprendido a interpretar aquel gesto inofensivo de enseñar los dientes con la sonrisa.

—No sé si alguien te lo ha dicho —exclamó Falconetta—, pero he descubierto que Amigo estudió ecología y participaba en el vuelo como perito en instalaciones coloniales. Sus disciplinas parecen tener mucho en común con las nuestras.

—Y en términos ecológicos —calificó Amigo—, ahora me parece perfectamente claro que la galaxia puede contenernos a ambos para nuestro beneficio mutuo. Es raro, pero lo sé.

—Creo —dijo Counce reflexivo—, que me gustaría enseñarte algo y pedirte tu opinión de ecólogo. ¿Tienes tiempo libre, Falconetta? ¿No te necesitan en la Tierra?

—Volví anteayer y arreglé con Ram para que utilizara algunos programas que tenemos ya grabados —repuso ella—. Por algún tiempo soy libre —añadió con sequedad—. En cuanto a educación, creo que estoy haciendo aquí un buen trabajo.

—Me parece que no tienes que preocuparte de depender también mucho de la atracción física —rezongó la piel gris del ser extraño y preguntándose mediante qué medidas juzgaban la belleza de las hembras de su especie. Eso habría sido un problema si hubieran decidido mantener a Amigo largo tiempo alejado de su propio pueblo; era razonable asumir que las funciones de un macho joven experimentaban las mismas dificultades entre los Otros que entre los hombres.

Amigo naturalmente, no captó las implicaciones de la observación de Counce y su pesada Cabezota osciló turbada a un lado y otro sin comprender, aunque sin hacer tampoco el menor comentario que indicara no haber entendido.

—De acuerdo —dijo Counce tomando una decisión—. Vente conmigo.

No era muy arriesgado llevar a Amigo a Ymir por transfax. Había posibilidad de que los seres extraños se hubieran imaginado que la humanidad poseía de todas maneras aquel invento; ¿con qué otra cosa sino pudieron haber arrebatado de su rumbo a un navío de gran tamaño?

Ymir, claro, no estaba por completo inculto; estaban allí las ciudades vacías para dar testimonio de la ocupación humana y los campos de trigo invernal y el ganado medio muerto de hambre que se abandonó cuando la evacuación. Pero aparte de eso y de la vida indígena, todo estaba vacío. Esperando.

Para ahorrar energía, Counce envió por delante primero una unidad de transfax; eligió para ello un lugar en donde una sección completa del paisaje del planeta apareciera a la vista —montañas heladas, llanos desnudos y rocosos, un brazo de mar grisáceo y lleno de bloques de hielo azotando incesante la playa.

Salieron uno tras otro: Counce primero, luego Amigo, aprensiva pero valientemente, y Falconetta la última. Los dos humanos permanecieron plantados y temblando de frío en medio de un aire más gélido incluso que el de las regiones polares de Regís, pero el ser extraño caminó un poco de manera casi reverente.

Mientras contemplaba la escena, Counce captó la mirada de Falconetta y sonrió; ella asintió con la cabeza a guisa de respuesta y le devolvió la sonrisa. El conversor de lenguaje que había sido perfeccionado hasta hacerlo cómodamente transportable, estaba junto a ella. Counce lo recogió y se dirigió

hacia Amigo.

—Este es el mundo al que vigilasteis desde el espacio durante vuestro último viaje —dijo, y Amigo giró en redondo expresando un asombro bastante humano.

—Pero eso no es posible —exclamó a través del conversor—. Vimos que estaba poblado por seres de tu raza.

Counce pensó en las cosas que habían ocurrido desde entonces. Más tarde habría tiempo para explicaciones más detalladas; por ahora, sería mejor dejar que pareciera todo un acto desinteresado. Escogiendo sus palabras con cuidado, dijo:

—No necesitábamos este planeta. Algunos de los nuestros vinieron a vivir aquí, pero era difícil encontrar qué comer. Por tanto, cuando descubrimos que vuestra raza prefería mundos como este, llegamos a la conclusión de que vosotros sabríais sacar más partido de él. ¿Verdad que no nos equivocábamos?

—¿Lo dices en serio? —Amigo extendió sus miembros anteriores como para abarcar el panorama—. ¡Oh, este es el mundo más hermoso que vi jamás!

Counce frunció las cejas con una expresión sombría; esperaba que Amigo estuviera lo bastante extasiado en el paisaje como para no fijarse en él. Pero Falconetta lo vio y soltó una risita.

Amigo se había lanzado a dar una vuelta de inspección; a pesar del frío, le siguieron y pasaron más de dos horas antes de que volvieran hasta el transfax por el que habían llegado hasta allí. Ya llegaban a la vista del transportador de materia cuando vieron que en la plataforma había alguien escrutando el panorama.

—Perdonadme —dijo Counce—. Alguien nos busca.

Echó a correr y al acercarse más vio que la recién llegada era Katya.

—¡Vaya, estabais ahí! ——exclamó ella—. Desearía que fuerais lo bastante amables como para hacernos saber dónde os vais. Hasta que no hayamos que Amigo y Falconetta habían desaparecido también, no tuvo Wu la inspiración. ¡Maldición, tenemos a la gente buscándote por toda la galaxia!

Counce miró a su alrededor.

—Hemos estado paseando un poco —murmuró—. ¿Qué ocurre ahora?

—¡Sólo que otra nave extraña se dirige a Ymir, nada más que eso! Nos íbamos ya a poner al trabajo de arrancarla de su rumbo cuando Wu dijo algo acerca de que habías cambiado de opinión y eso nos llenó las mentes de preocupación.

—¿Cuánto tardará en llegar hasta aquí?

—De dos a tres días. Tenemos ocho horas para apresarla con el transfax antes de que se nos ponga fuera de alcance.

—De dos a tres días —repitió Counce pensativo—. Está bien, les dejaremos que vengan y cuando lleguen, les daremos una sorpresa al ver que un comité de recepción les está esperando. Base Principal de Regis —ordenó

al robot del transfax y antes de que Katya pudiera replicar había desaparecido.

Counce hubiera dado cualquier cosa por ser telépata cuando la nave describió un círculo para su aterrizaje y los Otros hallaron a uno de su raza esperándoles en aquel extraño mundo nuevo. Le habría gustado mucho saber —en vez de verse limitado sólo a deducir— cuáles fueron las asombradas reacciones. Sin embargo, lo que se veía en apariencia fue suficiente recompensa.

Juntos, por separado, durante las horas precedentes habían hablado con Amigo, suplicándole, impresionándole de lo mucho que podría mantenerse o caer según sus actos. Pero la mitad del trabajo estaba hecho ya y experimentaron mucha confianza mientras aguardaban fuera de la vista entre las rocas que rodeaban el abandonado espaciopuerto. Sólo Amigo quedaba de pie en lugar visible, con un amplificador manual apresuradamente adaptado a su peculiar forma de coger las cosas.

Los oficiales salieron primero, sus pieles grises pintadas con tantos símbolos de autoridad, y recelosamente rodearon al inesperado Amigo. Portaban armas; miraron de reojo a su alrededor como si esperaran un ataque o temieran haber Caído en una trampa.

Amigo les habló largo rato; los cogió y los llevó a que viesen las zonas vecinas —la vacía ciudad que antes se llamara Festerburg, las cosechas moribundas, el ganado abandonado y se volvió y agitó sus miembros para que alguien saliera.

Juntos, desde el lado opuesto del espaciopuerto, Counce y Falconetta salieron a la vista y caminaron sin prisa hacia los recién llegados.

Se detuvieron a razonable distancia. Y Falconetta alzó el conversor de lenguaje que portaba. Amigo les había dicho lo que era mejor para decir; ella lo recitó con cuidado, era una fórmula tradicional de amistad entre los Otros.

Turbados, pero empezando a creer, ellos dejaron a un lado sus armas y uno —presumiblemente el capitán de la nave— se acercó a los dos humanos. Les miró de arriba abajo. Por último señaló el conversor de lenguaje.

Era desconcertante oír la misma voz de Amigo salir de la máquina cuando el nuevo interlocutor hizo su pregunta, pero, claro, aquella era la única voz que el dispositivo podía interpretar.

Se supo que el ser extraño estaba ahora preguntando cómo le habían hablado en su propio idioma. Se lo dijeron. Amigo confirmó sus palabras y comenzó a dar detalles.

—Lamentamos lo que le ocurrió a la tripulación de vuestra primera nave —interrumpió Counce—. Pero ellos nos atacaron cuando nosotros no teníamos intención de hacerles el menor daño y mataron a dieciocho de los nuestros antes de que nos viéramos obligados a contraatacar. —No le pareció prudente mencionar que los dieciocho muertos no les habían costado nada más que perder tiempo, molestias y el gasto de una gran cantidad de energía para duplicar a los fallecidos y dotarles de nuevos cuerpos—. Claro está que eso ya no volverá a ocurrir jamás.

Pensó en lo mal equipados que estaban para comprenderse mutuamente. Aquellas explicaciones, su respiración trabajosa, todo dificultaba la comprensión.

—Creo que nos tenéis miedo —dijo—. Si es así, podéis iros. No volváis nunca. Pero si creéis que podéis aprender a no tener miedo, os regalaremos este planeta para que vuestras gentes puedan vivir en él.

Esperó a que aquel grandullón ser extraño tomase una decisión y les respondiera; en los densos segundos que pasaron, se encontró de repente abrumado, cansado, exhausto. Había llevado a cabo una tarea agotadora; sus esfuerzos por llegar a tal momento habían sido inconmensurables. Pero lo peor de todo eran las fuerzas contra las que tuvo que luchar.

Sorpresa y aprensión llenaban su mente: «Aquí estoy», pensó, «un hombre y regalando gratis un mundo, convirtiéndome en árbitro del destino de mi propia raza y del de otros seres. Jamás existió hombre alguno con tanto poder.»

El capitán extraño había conferenciado con sus oficiales demasiado en voz baja para que el conversor de lenguaje captara sus palabras. Ahora regresaba.

—No tenemos miedo —dijo—. Para demostrarlo, os entregamos nuestras armas.

Counce se encogió de hombros.

—Si ese es vuestro gusto, hacedlo —dijo de manera imprevista—. De todas maneras, no pueden hacernos el menor daño.

Ahora, los otros se adelantaban, un poco dudosos; los seres extraños retrocedieron hasta formar de nuevo un grupo. Pero ya no había necesidad de preocuparse; aquel problema también había sido resuelto al fin. Lo que significaba que sólo un único problema quedaba aún sin solución.

—¡Saïd! —le susurró Wu al acercársele—. Saïd, acaban de recibirse noticias de la Tierra. Bassett ha captado la pista. Ram dice que ayer mandó preparar su nave particular y que desde entonces no se sabe nada de él. Probablemente estará camino de Regis. ¿Estás seguro de lo que te haces?

Counce emitió el fantasma de una sonrisa.

—Más seguro que nunca —dijo con sequedad—. Pero deseadme suerte…

XX

Fue como si la gesta de Ymir hubiera exprimido su vitalidad; estaba cansado, no con fatiga física, sino con algo mucho más profundo. Tenía envejecida su mente. Cada vez que había muerto, habíase apropiado de un cuerpo más joven que el que dejó y la pericia de los técnicos que prepararon y cuidaron los archivos, antes de producir los duplicados, no escatimaron el trabajo, acerca de los efectos de senilidad. Pero el cerebro en sí, los sistemas de pensamiento y memoria, la personalidad, tenían que seguir adelante. Y fue allí donde el efecto de tres siglos de increíble forcejeo por lo que creía era lo mejor habían dejado su marca.

Se hallaba solo en la base de Regis. Ellos necesitaban a todos cuantos pudieran reunir en Ymir, por si acaso algo salía mal. Los robots mantenían la vigilancia, registraban los acontecimientos para su análisis posterior. Le vigilaban a él, pero no podían hacerle preguntas ni interferirle y eso era cuanto necesitaba.

De manera extraña, se sentía avergonzado por lo que se proponía hacer, como si pensara que buscaba una escapatoria cobarde. Y sin embargo, no había nadie en quien pudiera delegar la tarea; sentía que el arquetipo del que había hablado a Wu había tomado posesión de él y ya no actuaba como una persona privada sino como una fuerza, impulsada por algo vasto e implacable.

Conocía el transfax mejor que ningún otro hombre en la galaxia, claro. Probablemente nadie sería capaz de repetir o duplicar lo que estaba haciendo, pero por si acaso alguien pensara equivocadamente echar su cuarto a espadas cuando él se hubiera ido, se tomó la molestia de colocar una docena de pistas falsas. Tenía que apresurarse. Pronto alguien en Ymir se daría cuenta de su marcha y vendría a Regis como el primer lugar elegible evidentemente para iniciar la búsqueda. Era necesario que no le hallasen.

Por último, su trabajo estuvo terminado. Ajustes delicados; extrapolación de datos sacados de la débil estela del «despertar» de una nave espacial, convertido todo en sintonizaciones variables en un robot transfax; la energía controlada dentro de límites que entrando en juego distancias de parsecs hubieran podido parecer increíbles.

Miró por última vez a Regis y entró en el campo del transfax.

Al principio no creyó del todo haber tenido un éxito tan perfecto. Colocarse a si mismo dentro del casco de una nave que viajaba a una velocidad muchas veces superior a la de la luz y a una distancia de más de un parsec, era; difícil de creer. Pero lo había logrado y ahora estaba allí en pie, mirando al juego de ajedrez enterrado en la mesa transparente, a bordo de la nave de Bassett.

No había nadie en la habitación de momento, pero se percibían sonidos de movimiento. Tarde o temprano Bassett regresaría. Prácticamente no tenía otro sitio donde ir en una nave de aquel tamaño. Counce sonrió y rodeó la

mesa para sentarse en el sillón de Bassett y tomar uno de los cigarrillos de su enemigo. La espera sería así más soportable.

Un tercio del cigarrillo se había consumido cuando la puerta se abrió y entró Bassett. Tenía la mente tan ocupada que de momento no reconoció a su visitante y cuando lo hizo se quedó pálido como el yeso. Tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no caer; estaba sin habla de la sorpresa.

Bassett miró frenético en su torno. Pero la puerta se había cerrado tras él de manera automática y probablemente Lecoq no estaría escuchando esta vez como lo estuvo cuando los dos se enfrentaron por primera vez en la misma habitación. Con torpeza, como si temiera que Counce tuviese otras potencias además de su mera presencia física, obedeció.

Counce esperó hasta que la respiración de Bassett hubo recobrado su ritmo normal y su rostro el color de costumbre. Entonces sacudió la ceniza de su cigarrillo y le miró fijamente a los ojos.

—Tenías razón acerca de que Ram Singh fuese uno de nuestros agentes —dijo con calma—. Pero te equivocaste en redondo al creer que habías sido muy listo estableciendo que nuestra base se hallaba situada en un mundo que es desconocido para la masa del público. Le dije a Ram que te diera indicios sugiriendo que ese era el caso. Incluso le dije que se asegurara que tú en persona lo investigarías, aunque estaba yo muy seguro de que no te fiarías de nadie para hacer ese trabajo. Es difícil confiar plenamente en las personas.

—¿Qué, qu... quieres ahora? —dijo Bassett con voz ronca.

—Impedirte hacer lo que deseas, claro. —Counce se inclinó apoyando un codo en la mesa transparente—. Eres un hombre muy peligroso. ¿Quieres que te diga por qué?

Bassett se humedeció los labios; estaba recuperando el dominio sobre sí mismo y miraba a su alrededor en busca de medios para dar la alarma. Asintió con interés, meramente para ganar tiempo:

—Porque a pesar de que eres inteligente y mucho en varios sentidos, algunas veces pasas por alto las cosas más evidentes. Y tienes la fuerza suficiente para hacer que tus errores sean desastrosos no para ti, quizás, sino a la larga para la humanidad.

El amor propio de Bassett estaba herido; repuso rápido:

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Te dije en ocasión de nuestro primer encuentro que querías gobernar la galaxia. Pasaste algo por alto. No están en condiciones de gobernarla. Nosotros sí. La prueba es que «ya» lo hacemos.

—Discrepo de eso —contestó Bassett—. Vosotros sois una sociedad clandestina y medio arrinconada, quizás con influencia, pero no con poder.

—¿No con poder? —los labios de Counce se curvaron—. ¿No es tener poder el ceder un planeta como si fuese un regalo? ¿No es poder el determinar el destino de dos razas, decir que ellas coexistirán en paz y no en guerra?

—¿Dos, dijiste «dos» razas? —repitió Bassett como un eco. Counce asintió.

—Ahora ves hasta qué punto eres un hombre peligroso. Te has convertido en enemigo de la humanidad, porque tu único amigo eres tú mismo.

—¡Embustero, mentiroso! —exclamó Bassett pero con una calma súbita que desdecía sus palabras— Antes, una vez, dije que lo que habías preparado era una fanfarronada. Voy a repetirlo ahora. Nada tengo que perder.

—Cierto —asintió Counce—. Ya tienes perdido incluso tu derecho a la vida.

—¡Lecoq! —gritó.

Counce se levantó del sillón. Los ojos recorrieron las paredes del camarote buscando la línea que anteriormente le indicó el lugar donde una mampara subdivisoria que se quitó al reformar la estancia. Sí, allí estaban los extremos de los compensadores de tensión sin los cuales *la* vibración del motor hiperfotónico rompería en pedazos la nave.

Buscó en el bolsillo la única herramienta que necesitaría, un cortaplumas corriente.

Ahora se percibían sonidos de pies corriendo y la puerta se abrió. Pero Counce había ya metido la hoja de la navaja en la estrecha rendija que rodeaba al primero de los compensadores de tensión y con un rápido movimiento lo había arrancado.

—¡Detenedle! —gritó Bassett—. ¡Nos matará a todos!,

La segunda vez, la navaja se rompió al arrancar de su sitio el compensador. Pero ya bastaba. Se produjo un ruido ominoso de armónicos recorriendo la estructura metálica del casco, haciendo que las planchas se doblaron y temblaran.

La certeza de la muerte estaba en los rostros de los hombres que se agrupaban en la habitación. Pero en la cara de Bassett había una sorpresa creciente y algo triunfal, al ver que Counce no parecía tratar de escapar.

Cuando un momento más tarde las planchas se redujeron a fragmentos y trajeron a Counce el olvido que tanto anhelaba, Bassett se llevó consigo a la muerte la certeza de que su adversario todavía estaba allí.

Frío... y dolor.

Sólo que no debería sentir nada. Nada en absoluto excepto un olvido continuado. Aquella persona llamada Saïd Counce no debía sentir frío o dolor ni nunca nada, nada más.

Consideró por un momento que estaba resucitando de una nueva reencarnación. Pero eso era ridículo. Había sido duplicado cinco veces y eso era un proceso casi instantáneo. Además de todos modos ellos no tenían por qué hacerlo.

Luego descartó también la idea. Porque recordaba la espacionave fragmentándose en pedazos a su alrededor y le era imposible recordar que después de eso se hubiera sometido a una duplicación. Por otra parte, no habla atravesado el espacio con un transfax entre entonces y su muerte. Porque «se produjo» su muerte.

¿Es que no les había dicho bien claro a ellos que estaba cansado de la vida?

Una oleada de débil y ridícula cólera se apoderó de él —ridícula porque no podía hacer nada por evitarlo. Ni siquiera le era posible mover un músculo. Excepto, descubrió de repente, sus párpados. Respondieron cuando los alzó.

Y allí había una carita enmarcada por una rubia cabellera. Unos ojos azules que le miraban.

Dijo interrogador:

—¿Enni Zatok?

—¡Oh, lo... lo logramos! —la voz de ella era trémula y de pronto los azules ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Anty! ¡Anty! ¡Recuerda mi nombre!

El rostro de los ojos azules se apartó a un lado para ser reemplazado por otro más moreno, masculino esta vez.

—Bueno, eso es un milagro —decía una voz.

Counce halló difícil mantener los ojos abiertos. Volvió a refugiarse en la oscuridad.

—¿Qué diablos infernales os proponéis?—dijo.

—Oh, llevamos buscándote cerca de cien años —contestó Enni—. Uno de los navíos de los Otros te encontró y te trajo a Regis. Te congelaste en el espacio cuando estalló la nave de Bassett. No sabíamos dónde podrías posiblemente estar al principio, pero luego pensamos que esa era la respuesta más lógica. ¡Y lo era! —la muchacha acabó con tono triunfal.

—Cien años —dijo pensativo—. No has cambiado mucho, ¿verdad?

—Ni tú —exclamó Anty feliz—. Todo el mundo estaba decidido a duplicar tu última reencarnación, cuando no lográbamos encontrarte, pero les dije que no, ya que si tú habías preferido volar por el infinito con Bassett tendrías muy buenas razones para ello.

—Me comprendiste muy bien —dijo Counce con acritud—. Ahora supongo que vas a reconstruirme hasta que esté lo bastante fuerte para poderme cortar el pescuezo con mi propia mano.

Enni lanzó un grito agudo de espanto.

—¿De veras piensas suicidarte? —susurró—. ¿O es que estás enfadado porque te inyecté hace un momento?

Counce permaneció en silencio unos momentos, luego se humedeció los labios y susurró:

—Contadme lo que ha pasado durante todo este siglo. Quizás si lo habéis hecho bastante bien pueda yo querer volver otra vez —se detuvo—. ¿Quién gobierna las cosas ahora?

—Anty en su mayor parte —dijo Enni, con cierto orgullo al referirse a su amado.

Tras los ojos cerrados de Counce comenzaron a formarse imágenes. Las cosas que podían haber ocurrido en cien años. Seguramente el periodo de descanso había sido lo bastante largo ya para él.

—Está bien —dijo—. Volveré.

FIN